

Reseñas de obras

La sección "Reseñas" está destinada a presentar y a comentar todo tipo de publicaciones antropológicas mexicanas de todas las especialidades de la disciplina —libros, números monográficos de revistas, tesis, reportes, colecciones o series, bibliografías, material audiovisual, bancos de datos en disquet— que han aparecido en años recientes.

*Esta vez se publican en el anuario **INVENTARIO ANTROPOLÓGICO** catorce reseñas de igual número de libros y dos reseñas que comentan dos números monográficos de una de las revistas de antropología más antiguas del país.*

CHENAUT, VICTORIA, *Aquellos que vuelan: los totonacos en el siglo XIX*. CIESAS/INI (Col. Historia de los Pueblos Indígenas de México), México 1995, 320 p., ISBN 968-496-298-3.

La serie "Historia de los Pueblos Indígenas de México" es una coedición del CIESAS y el INI, cuyo objetivo es mostrar las historias regionales de la población indígena y mestiza que otorgan el carácter plural al México actual.

Victoria Chenaut, investigadora del CIESAS-Golfo, logra una acertada reconstrucción histórico-antropológica de la región del Totonacapan. Su trabajo está basado en la compilación bibliográfica —exhaustiva, por cierto— de estudios con temática diversa, recreando la región en diferentes etapas de su historia. A ella le suma información propia, así como materiales nuevos, resultado de las indagaciones hechas en diferentes archivos parroquiales, del Estado, la Nación y notariales.

Define la región a partir de la ubicación de sus moradores, considerados éstos como la población nativa de origen prehispánico: los totonacos, cuya transformación narra a partir del detrimento de la población causado por el control político-militar impuesto por la triple alianza antes del contacto con los españoles. Posteriormente, se refiere a las hambrunas en los siglos XV y XVI y destaca la misma situación durante el siglo XIX a causa de las epidemias, sublevaciones y movimientos de reivindicación étnica, expropiación de sus tierras y un proceso permanente de aculturación.

La obra está compuesta por cuatro capítulos, un apéndice documental, una relación de los recursos naturales, el glosario de términos y la bibliografía. A continuación se hacen algunos comentarios sobre el contenido de cada uno de los apartados.

El espacio vivido

La actual región totonaca se asienta en dos grandes provincias, la de la Sierra Madre Oriental y la de la Costa del Golfo de México. La primera ocupa la zona montañosa de los estados de Puebla y Veracruz; la segunda, la parte costera del Golfo de México. En la exuberante vegetación que la caracteriza se cultivan diversos productos, destacando el de la vainilla y el café.

Refiere la autora que Palerm hace la distinción de áreas naturales en el Totonacapan, a partir de sus características fisiográficas. Acerca de sus límites, diversos autores ofrecen diversos criterios, sin llegar a acuerdo alguno.

La primera división política y territorial realizada en Veracruz como entidad se hizo a través de la ley del 26 de mayo de 1825. De acuerdo con dicha ley, que estuvo vigente hasta 1835, la entidad estaba dividida en doce cantones agrupados en cuatro departamentos. El Totonacapan quedaba incluido en los departamentos de Veracruz y Xalapa.

Chenaut encuentra en el trabajo de Florescano Mayet (1977) que, durante los años de 1836 a 1846, los gobernadores fueron sometidos al poder central, los Estados se convirtieron en departamentos y Veracruz se dividió en distritos, con consecuencias en la demarcación de los territorios, sobre lo cual podemos encontrar a detalle el proceso histórico con respecto al Totonacapan.

La economía de la región estaba sustentada en el producto del uso, manejo y explotación de los recursos naturales como la vainilla, pimienta, zarzaparrilla, hule, copal y cera, entre otros. La abundancia de cosechas, así como los recursos forestales distinguían a la región como altamente productiva.

Desde el siglo XVI, en tierras de la costa, los españoles habían establecido estancias de ganado mayor. Las propiedades de los españoles y sus descendientes en los cuatro cantones con población totonaca, son detalladas por la autora.

Como ella misma lo indica, los reportes de la época en contadas ocasiones mencionan las tierras de los indios. La industria era mínima representada por pequeños trapiches para la producción de piloncillo y aguardiente. La economía indígena se basaba en la producción para el autoconsumo, pero ligada al mercado mundial por la producción de la vainilla y el tabaco. La laboriosidad de los totonacos llevó a que pronto aceptaran otros productos traídos por los europeos como el café y la caña de azúcar, en cuyo cultivo y transformación participan hasta la fecha.

Cotidianidad y existencia étnica

Este capítulo se refiere a los diversos movimientos armados sucedidos en la región del Totonacapan durante el período de 1820 a 1860. Parte del componente étnico de la población, y describe su distribución y los principales centros poblacionales y la interrelación de los totonacos con la gente de razón en la vida política con las nacientes instituciones municipales, religiosas y económicas.

Al respecto apunta Chenaut, que en la región el sistema municipal empieza a funcionar cuando surge Veracruz como una entidad federativa: "En 1825, el congreso estatal emitió un decreto por el que se fijaron las bases de la administración municipal..., disolviéndose las Repúblicas de Indios que era el régimen municipal que había funcionado en los pueblos indígenas durante la época de la Colonia..." (: 71).

Durante el siglo XIX, la población del Totonacapan estaba distribuida en diversos pueblos y rancherías que, en su conjunto, daban origen a los diferentes cantones o subregiones presididas por un jefe político; en su interior podían localizarse los incipientes municipios integrados por su cuerpo edilicio de autoridades de origen étnico y mestizo. Dada la importancia de los pueblos, las cabeceras cantonales fueron fijadas en Papantla Jalacingo y Misantla.

Chenaut describe con habilidad los diferentes cantones, haciendo referencia a sus aspectos demográficos, políticos, económicos y culturales. Otorga gran valor a las fuentes parroquiales, ya que ellas nos permiten conocer el número de matrimonios, bautismos y defunciones acontecidos en el siglo XIX.

Las epidemias jugaron un papel determinante en la reducción de la población. La autora encuentra reportes de epidemias sucedidas en los cantones de Xalapa y Jalacingo en el año de 1828, así como otras en los años de 1828, 1830, y 1841, y la del cólera en 1833.

Bajo el subtítulo "Guerras, motines y rebeliones" describe con precisión y realismo las tensiones sociales, resultados de las pugnas permanentes por cuestiones de ocupación y límites de tierras entre los campesinos y entre éstos y los terratenientes. Los controles comerciales sobre los productos locales y las fuertes presiones que ejercían el Estado y la Iglesia en términos de recaudaciones propiciaron una serie de movimientos armados ocurridos en la región con la participación de la población indígena.

Por ejemplo, en 1813, Serafín Olarte encabezó un movimiento en la sierra de Cuyuxquihui hasta su muerte en 1820. Su hijo Mariano Olarte continuó la lucha hasta la declaración de la independencia de México en una vasta región que trasciende los límites del Totonacapan. Otros próceres hicieron lo propio, como Francisco Osorno en la Sierra Norte de Puebla y Guadalupe Victoria en Misantla y Xalapa.

La autora llega a afirmar que el movimiento indígena durante el período tuvo sus peculiaridades, en el sentido de que su participación no tuvo otra razón que la defensa de su territorio —más que el deseo de construir una nueva nación—. Cada uno de ellos derivó en diversos pronunciamientos que quedaron cristalizados en los Planes de Papantla

(1836), de Amatlán (1845-1849), de Tantoyuca (1848), de Ayutla (1854) y el Nuevo Plan de Tantoyuca (1856).

Tenencia de la tierra y actividades productivas

En este capítulo la autora muestra cómo los movimientos políticos nacionales encauzaron las reformas constitucionales locales y cómo éstas afectaron y transformaron las sociedades indígenas, generando un orden nuevo. Es así como una vez promulgada la constitución de 1857, el congreso veracruzano expidió —en ese mismo año— la constitución política de Veracruz, que definía el estado como “libre, independiente y soberano” (: 115).

A partir de esta fecha y hasta la promulgada el año de 1917, la división política del territorio sufre muy pequeñas alteraciones. La autora destaca en el manejo de las fuentes censales de la época para caracterizar a la sociedad a partir de la información que aportan: las actividades económicas, los hablantes de lenguas indígenas, las migraciones y las epidemias.

La región recibió a nuevos colonizadores provenientes de Europa; así, en 1833 llegaron franceses y en 1857 italianos. Ambos grupos aportaron a la región elementos culturales que, sumados a los existentes, le otorgaron una nueva configuración político-cultural.

Chenaut dedica un amplio espacio para hablarnos sobre la transformación de la tenencia de la tierra y cómo las disposiciones legales afectaron a los pueblos indígenas. En 1869 se emitió un nuevo decreto que ordenaba que aquellos terrenos que no hubiesen sido repartidos en los plazos señalados por la ley de 1856, “serán declarados baldíos y de propiedad del estado, y destinados a la colonización” (: 123). En 1874 se estableció una nueva forma de tenencia de la tierra denominada “conduñazgo”. Eran grandes lotes de propiedad colectiva, y para tener derecho a ellas, los jefes de familia debían ser miembros de la comunidad indígena.

A pesar de la promulgación de diversas leyes estatales sobre las formas de propiedad agraria, no en todo el territorio fueron aplicadas de la misma forma, e incluso al interior de cada cantón se encuentran grandes diferencias. Sobre ello, la obra nos ilustra con diversos casos específicos.

A fines del siglo XIX desaparecieron legalmente las tierras comunales de los indígenas y la hacienda se convierte en la representante de la acumulación de la tierras ocurrida durante este mismo período. Acerca de las actividades económicas de las haciendas la obra nos ofrece una

descripción detallada, pero como bien indica la autora, sobre su funcionamiento económico faltan estudios a profundidad.

En el presente siglo la tenencia de la tierra se ha conformado por ejidos y unidades de producción privada; a éste respecto el trabajo de Velasco Toro (1993) resulta bastante elocuente.

La paz armada

El cuarto capítulo es una revisión general del contenido de la obra en su conjunto, el cual la autora divide en los siguientes apartados.

El primero se refiere a la familia y la sociedad. Presenta diversos paisajes de los diferentes pueblos totonacos de la sierra y de la costa, indicando la diversidad del vestuario indígena influido por el clima, algunas costumbres propias de los pueblos indígenas como la boda, la familia y patrones de residencia, entre otros.

En cuanto al gobierno indígena, se analiza la estructura dada por los españoles a los pueblos indígenas al otorgarles la categoría de "República de Indios" con el pleno derecho de elegir a sus propias autoridades y administrar sus tierras dentro del régimen municipal; posteriormente se estudia sus transformaciones hasta llegar a la época actual.

En cuanto al aspecto religioso, la autora muestra cómo el proceso de evangelización iniciado en el siglo XVI por los misioneros franciscanos, agustinos y el clero secular constituye la base de las diversas formas de religiosidad encontradas en el presente, que son descritas ampliamente por Ángel Palerm e Isabel Kelly así como por Ichon.

El proyecto modernizador de la joven nación propició que los gobernadores veracruzanos tomaran medidas para refinar las instancias judiciales. "En ello incidió la noción en boga de ciudadano, individuo perteneciente a un estado nación, a diferencia de aquél, definido por la pertenencia a una corporación o comunidad" (: 204). El orden jurídico quedó establecido a partir de la promulgación de la Ley Orgánica de los Tribunales de 1873, a la que se agregó la Ley Orgánica de 1897, en las que se definieron las atribuciones de las autoridades judiciales, las cuales estuvieron plenamente vigentes durante el porfiriato.

A partir del estudio de determinados casos, la autora resalta el doble juego en que participaban los indígenas, quienes acudían a resolver los conflictos de la comunidad ante las instancias competentes, pero, aunque no quedan testimonios de la época, la hacen suponer la presencia de un derecho consuetudinario.

En la segunda mitad del siglo XIX los indígenas totonacos se distinguieron por las constantes rebeliones en las que participaron en

distintas partes de su territorio. Muchas de ellas eran catalogadas como guerras de castas que evidenciaban las tensiones sociales existentes entre los mestizos e indígenas, sobre todo por las formas de ejercer el poder político y económico donde los indígenas resultaban constantemente perjudicados, ya sea por las altas contribuciones a las que eran sometidos, ya sea por las formas de fijar los precios de los productos por ellos producidos. Con base en toda esta información podemos darnos cuenta que los diversos pueblos y comunidades totonacos estuvieron sujetos a presiones sociales y políticas que desataban guerras, motines y rebeliones. Muchas de ellas eran solamente de carácter local, pero hicieron patente el desacuerdo de estos indígenas con respecto a las reformas nacionales y estatales que eran contrarias a sus intereses.

En sus "consideraciones finales", la autora enfatiza que el pueblo totonaco no fue un participante pasivo en el desarrollo histórico de la región, sino un actor que supo generar estrategias para la conservación de su territorio y de su cultura.

La obra cuenta con un apéndice documental, en el cual se presentan una serie de documentos históricos que muestran la ideología y demandas de los pueblos totonacos, entre ellos las proposiciones de Mariano Olarte al gobierno, los contenidos de los Planes de Papantla y Tantoyuca, trámites y litigios agrarios, noticias sobre levantamientos armados y el manejo de tecnologías como el del cultivo de la vainilla, entre otros. Un glosario define muchos de los vocablos utilizados durante el siglo pasado y que ayudan a la comprensión del texto.

Comentarios finales

Los diferentes capítulos y partes del libro requieren ser leídos con cuidado para comprender la complejidad del Totonacapan y de sus moradores. Al término de este ejercicio, los lectores podemos imaginar, estudiar y analizar los hechos históricos que explican el desarrollo de la región y la configuración del pueblo totonaco contemporáneo. Creo acertada y novedosa la composición del trabajo: la lectura corrida de cada capítulo nos presenta la secuencia de los hechos acontecidos durante el siglo XIX en esta vasta región; los textos en los recuadros nos remite a testimonios de la época sobre hechos ocurridos en ese momento y relacionados con los totonacos; las ilustraciones terminan por aclarar lo que el lector va imaginando en cuanto a la geografía, localización de los asentamientos, límites de la región, paisajes, actividades económicas y religiosas, así como el prototipo de sus habitantes en el marco de su medio ambiente.

El apéndice documental constituye otro acierto de la obra, porque nos proporciona transcripciones de documentos localizados en archivos, donde se consignan las demandas étnicas, las cuales se asemejan a las demandas de los pueblos indígenas contemporáneos.

Un problema que presenta la obra en lo general es que, aunque en el primer capítulo se habla del Totonacapan como región, a partir del segundo, el contenido se refiere principalmente a la parte correspondiente al actual estado de Veracruz, haciendo algunas referencias a la Sierra Norte de Puebla. Un segundo volumen podría ayudar a completar la obra sobre la región. Esta limitación, empero, no disminuye el mérito de este libro, pues no la considero un defecto, sino una consecuencia de la amplitud y diversidad de este trabajo.

Bibliografía citada:

Florescano Mayet, Sergio

1977 "Las divisiones políticas del Estado de Veracruz, 1824-1917". En: *Dualismo*, v. VI, n. 1.

Velasco Toro, José

1993 *Política y legislación agraria en México: de la desamortización civil a la reforma campesina*. Xalapa: uv.

Sofía Larios León
Instituto de Antropología-uv

FLORESCANO, ENRIQUE, *Etnia, estado y nación: ensayo sobre las identidades colectivas en México*. Aguilar (Col. Nuevo Siglo), México 1997, 512 p., ISBN 968-19-0346-3.

La historia tiene muchas caras. Frente al análisis minucioso de un acontecimiento, la ponderación de los documentos, la descripción detenida de un fragmento de vida, está el gran fresco, la visión global, que ofrece la comprensión, en una dimensión amplia, del despliegue del tiempo. No todo relato histórico permite la comprensión de una época, no cualquier descripción de acontecimientos otorga sentido al decurso temporal. Una historia comprensiva tiene, al menos, las siguientes características:

- Es global. No se limita a un suceso aislado, porque sabe que ninguno puede entenderse sin su relación con los demás; establece, por lo tanto, conexiones, hasta llegar a un todo. Cada elemento adquiere sentido al conectarse con los demás en una totalidad limitada. La visión histórica que nos ofrece Enrique Florescano abarca una amplia totalidad colectiva en el espacio y en el tiempo. A partir de la totalidad se ilumina el sentido de cada elemento.
- Para establecer una conexión entre acontecimientos y estructuras sociales disímbolas, hay que proponer un hilo conductor que ligue todas las partes de un marco conceptual unitario.

El hilo de Ariadna de Florescano es la relación entre dos estructuras sociales a lo largo y ancho de la vida de México: el Estado y la nación. Se trata de entidades íntimamente relacionadas y, a la vez, inconfundibles. La nación —al igual que la etnia— es resultado de una relación de comunicación; está constituida por una cultura y un proyecto de vida comunitarios; el Estado es una relación de dominación; es producto de una situación de poder político, militar e ideológico. Las contraposiciones e identificaciones sucesivas del Estado y la nación, sus confluencias y separaciones nos dan una clave para comprender una totalidad histórica. El libro que comentamos puede verse como un intento por comprender la vida de una colectividad a partir de la compleja relación entre una estructura de poder (el Estado) y una realidad social y cultural (la nación, las etnias).

- Toda verdadera historia —decía Croce— es contemporánea. La historia comprensiva plantea al pasado preguntas que la realidad actual suscita en el historiador. La crisis del Estado-nación, nacido a partir de las revoluciones democráticas y liberales de los siglos XVIII y XIX, es una de las perplejidades de nuestro momento. Esta inquietud se advierte a lo largo de todas las páginas del trabajo de Florescano. Desde la aparición de los primeros Estados, entre los antiguos olmecas, hasta la crisis actual, la historia comprensiva tiene claves que darnos para responder a nuestras preguntas.

Mejor puede responder si ofrece una síntesis en la que sea posible captar, en una sola mirada, la multiplicidad enorme de facetas con que se muestra una realidad histórica. Ya en *Memoria Mexicana*, Florescano nos había presentado un panorama de la diversidad de perspectivas que se dieron sobre el curso temporal de México; ahora no realiza una investigación documental, pero maneja una bibliografía secundaria que podríamos considerar exhaustiva de todo lo que se ha dicho e investigado sobre su tema.

De ese complejo y variado material no se desprende una cacofonía de voces discordantes, sino un concierto de preguntas que exigen respuesta: ¿Cómo se engendra el Estado? ¿Qué relación guarda el poder político con la comunidad cultural? ¿En qué consiste una nación o una etnia? ¿El Estado engendra la nación o la nación, el Estado? ¿Cómo transcurre ese proceso en el caso de México? En último término: ¿Qué es nuestra nación?

Desde la época precolombina pueden empezar a plantearse esas preguntas. Asistimos al nacimiento de los primeros sistemas de poder, a partir de los asentamientos agrícolas primitivos, entre los olmecas, los zapotecas, los mayas. Me pareció particularmente ilustrativo el capítulo dedicado al origen y consolidación de los estados mayas, en el que Florescano toma muy en cuenta las últimas aportaciones a la historia política derivadas del desciframiento parcial de la escritura.

Del estudio de Florescano creo poder desprender una preocupación teórica: la relación entre Estado y nación es ambivalente. Por una parte, el autor muestra cómo las comunidades culturales (etnias o naciones) se configuran en una estructura ideológica, adquieren conciencia de su identidad y se fijan en un sistema social permanente, gracias a la aparición de un poder político.

Es en torno al sistema de dominación como se consolida y define la figura del mundo de un pueblo. El estudio de Florescano nos inclina a

pensar que el Estado es un factor esencial en el surgimiento de una conciencia de nación. Sin embargo, no permite concluir que el Estado coincide con una nación. Todo lo contrario. Con mucha dificultad podríamos llamar "naciones" a las ciudades-Estado olmecas o mayas, cada una en conflicto con las demás; tampoco sería aplicable ese nombre a las extensiones territoriales amplias posteriores, dominadas por los teotihuacanos o por los mexicas. Ni en uno ni en otro caso el poder político, administrativo e ideológico coincide con el ámbito compartido de formas de vida y de instituciones socioculturales en que consiste la nación. En las ciudades-Estado varios poderes locales en competencia participan de una misma matriz cultural (ahora diríamos, que pertenecen a la misma "nación"); en los "imperios" militares, un mismo poder político se ejerce sobre culturas diferentes (diríamos ahora que son "supranacionales").

Tampoco en la Colonia, nos enseña el libro de Florescano, coinciden el poder supremo con las múltiples nacionalidades y etnias, que persisten.

La idea del Estado coincidente con la nación es una concepción moderna de Occidente. Forma parte de una ideología impuesta a la realidad: el nacionalismo. El nacionalismo proclama: a toda nación un Estado, a todo Estado una sola nación. Sobre esa idea se construye en México una "nación imaginada" (Benedict Anderson); se trata entonces de reducir a la fuerza una realidad multinacional y multiétnica a una forma homogénea. Y esa es la misión del nuevo Estado.

En la narración de Florescano, el siglo XIX aparece como una sucesión de hechos de terror, de sangre, de violencia sobre los pueblos enteros, sin término, sin reposo, sin asomo de misericordia. Criollos y mestizos tratan a los indígenas peor que los encomenderos españoles. ¿Y todo eso a nombre de qué? De una idea. De la idea de una patria imaginada, proyectada en la mente de los intelectuales. Ella tenía que encarnar, por la peor violencia si era necesario, en la sociedad real. Salto en lo imaginario, alucinación ideológica, imposición voluntaria.

Se trataba de forjar una patria unida, homogénea, constituida por ciudadanos iguales entre sí, allí donde existía una sociedad disímbola, producto de culturas diferentes, con proyectos y valoraciones a menudo opuestos.

Entre la patria homogénea proyectada y la sociedad real había profundas diferencias. La primera compartía la misma cultura occidental y obedecía a un solo orden legal, la segunda era un mosaico de culturas diferentes y seguía sistemas normativos variados; la nación imaginada era homogénea: una suma de ciudadanos individuales que dejan de

lado sus particularidades; la sociedad real era heterogénea: una multiplicidad de comunidades, pueblos, asociaciones. Aquella consideraba valor fundamental el individuo, ésta, la comunidad; aquella debía ser laica, ésta era hondamente religiosa. En la nación imaginada el ciudadano participa de un poder impersonal, común a todo el país, en la sociedad real, se integra en una red de comunidades locales.

Liberales y conservadores por igual proyectan una patria que coincide con un solo Estado soberano; la mayoría de los pueblos indígenas, en cambio, se reconocen en una "patria especial" —según la expresión de Molina Enríquez—, en una comunidad local, vivida y no imaginada, a la que pueden integrarse.

En este otro cabo de la historia, el estudio de Florescano nos muestra de nuevo una ambivalencia en la noción de Estado nacional.

Por una parte, su construcción crea una condición indispensable para la modernización del país. El Estado nacional acaba forjando una unidad y un orden donde la diversidad hubiera podido conducir a la lucha interna generalizada y al caos. Un poder político unitario era necesario para instaurar paz y progreso material. Su condición era una condición del desarrollo capitalista. Pero ese proceso se logra sólo por la destrucción de las sociedades reales vividas y la imposición violenta sobre ellas de un esquema político y cultural unitario. La violencia interna del siglo pasado tiene una explicación principal: la inadecuación de una estructura de dominación política respecto de la sociedad real.

Como dije al principio, esta visión de más de dos mil años es una historia contemporánea. Es un desafío para comprender mejor una situación actual que nos desasosiega. Porque ése es el milagro de la verdadera historia: en el nacimiento, hace siglos, del primer Estado, en la selva tabasqueña, encontramos un inicio de respuesta a nuestras actuales angustias. Me permitirá entonces Enrique que, a partir de su trabajo, adelante algunas hipótesis propias, para vislumbrar una respuesta a sus preguntas. Tal vez pudiera él mismo compartirlas parcialmente. Me arriesgaré a resumirlas en cuatro rubros.

1. Pienso que el libro de Florescano da lugar a sustentar la no coincidencia en México entre Estado y nación. El Estado es un sistema de dominio que puede ejercerse sobre varias naciones o sobre una parte de una nación; la nación es una comunidad de cultura y de proyectos que puede participar con otras comunidades en un mismo ámbito de poder político. Las etnias son también unidades de cultura que pueden formar naciones. Hay Es-

rados multinacionales y multiétnicos y naciones sin Estado. La idea de la coincidencia entre Estado y nación es el núcleo de la ideología nacionalista. A nombre de ella se han oprimido pueblos enteros, a nombre de ella se han emprendido guerras de destrucción sin cuento. Pero es una idea falsa. Los últimos decenios de nuestro siglo anuncian el fin de su vigencia.

2. Sin embargo, no podemos volver atrás. Los siglos XIX y XX, a través de muchos sufrimientos, lograron construir una nueva identidad nacional: la nación mestiza. Se forjó una unidad real, nueva, que permitió la modernización relativa del país. No podemos volver a la disgregación de esa nación. De lo que se trata es de aceptar una realidad: la multiplicidad de las diversas culturas de cuya relación autónoma nacería esa unidad superior. Frente al Estado-nación homogéneo se abre ahora la posibilidad de un Estado plural que se adecue a la realidad social, constituida por una multiplicidad de etnias, culturas, nacionalidades, comunidades.
3. La historia de México independiente podría verse como la controversia entre dos ideas opuestas de nación. Por un lado, la nación imaginada, unitaria, que responde al proyecto de modernización del país; por el otro, las fidelidades vividas de pueblos diversos, que constituirían un Estado plural. Estas dos ideas se dan desde el principio de la independencia. La primera corresponde a las propuestas del grupo letrado de clase media; es la que triunfa en las constituciones del nuevo Estado. La segunda es la que mueve, en realidad, a las multitudes que siguen a Hidalgo y a Morelos. Sus lealtades son locales, a sus comunidades, a sus pueblos; nada entienden de las repúblicas ilustradas proyectadas por los criollos, ni participan en sus conciliábulo. Pero esa segunda corriente es derrotada.

En la Revolución mexicana las dos corrientes se manifiestan de nuevo, bajo traza distinta. La corriente constitucionalista restaura la idea de nación liberal y el proyecto modernizador, que subsiste hasta nuestros días. Frente a ella, la línea de Villa y Zapata alberga otro sentido de nación, ligado a las comunidades locales, a los pueblos indígenas y mestizos, a la tierra de los ancestros. Estas dos ideas de nación chocaron de nuevo y de nuevo prevaleció la primera. Pero los pueblos originarios subsisten. ¿No se enfrentan aún ambas corrientes en las reivindicaciones crecientes de los pueblos indígenas frente al proyecto imaginado de un Estado "modernizador"?

4. Creo que estamos en un momento decisivo en el que esas dos ideas de nación podrían encontrar una síntesis. El recorrido de varios siglos al que nos invitó Florescano nos lanza un reto: tenemos que diseñar un nuevo tipo de Estado que respete nuestra realidad y termine con el intento alocado de imponerle por la violencia un esquema pretendidamente racional. Tendría que ser un Estado plural, respetuoso de todas las diferencias. Sería un Estado en el que ningún pueblo, ni siquiera el mayoritario, impondría a otros su idea de nación. Pero el Estado plural no renunciaría a la modernización del país, si por ella se entiende progreso hacia una sociedad más próspera y más democrática. Pero la modernidad deseada no consistiría en la destrucción de las estructuras locales y su supeditación a las fuerzas ciegas de un mercado mundial, sino en la participación activa de todas las entidades sociales en un proyecto común de cambio. El Estado se reduciría a coordinar, en este proceso, los proyectos diferentes de las comunidades reales, y a proponerles una orientación común. La sede del poder real se acercaría cada vez más a las comunidades autónomas que constituyen la sociedad real. El adelanto hacia un Estado plural es, así, una vía hacia una democracia radical.

Estas hipótesis, fragmentos quizás del deseo, pero no es la menor virtud de la reflexión de Florescano abrirnos a la posibilidad de vislumbrar un Estado nuevo para México, en el que habría de desembocar toda su historia.

Luis Villoro
Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM

GONZÁLEZ, LUIS, CARLOS BLANCO Y OTROS, *Michoacán a la mesa. El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán/Instituto de Investigaciones Históricas-UMSNH, Zamora 1996, 406 p., ISBN 968-6959-56-4.*

Esta obra es una más de una serie de bellos libros que han venido a enriquecer la bibliografía histórica, antropológica y cultural sobre Michoacán, siguiendo una fórmula institucional semejante: El Colegio de Michoacán, el gobierno del Estado de Michoacán y la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.¹

“El sabroso estilo de este libro es una invitación a gustar platillos michoacanos”, nos dice en su presentación Víctor Manuel Tinoco Rubí, gobernador del Estado de Michoacán. Y en efecto, el libro abre el apetito y provoca el antojo de comer platillos que las fotos ilustran, que las recetas recrean y que los textos citan aquí y allá.

Y se apestece mucho más cuando uno conjuga, como en receta, varios ingredientes como los siguientes:

1. Una fuerte dosis de herencia michoacana: en mi caso, exactamente la mitad por lado materno (de Morelia, de familia proveniente de la Tierra Caliente del medio Balsas, antes Michoacán, hoy Guerrero).
2. Un enorme gusto por la comida (que no por cocinar).
3. Un cierto cúmulo de viajes por diversas regiones de Michoacán, buscando siempre las delicias culinarias locales que a fuerza de asociar viajes, compañía y comida, resultan en gratísimos recuerdos.
4. Un interés académico en los temas que el libro aborda: plantas cultivadas, alimentación, producción agropecuaria... Y como escribe el maestro Luis González: “En la averiguación del origen, la mudanzas y las maneras de ingerir alimentos”.

Con esta combinación de ingredientes, este *Michoacán a la mesa* es un buen banquete, para una buena comensal, muy tragona y golosa.

¹ Una versión previa de este texto fue leído el 22 de febrero de 1997, en la presentación del libro, organizada por la UMSNH y el COLMICH durante la XVIII Feria Internacional del Libro de Minería.

Vale la pena, aunque sea brevemente, platicarles primero cuál es el menú de este libro: por un lado, tenemos un manjar visual que embellece todo su trayecto, y por otro, los 16 exquisitos platillos.

El que hojea o lee este libro queda no sólo maravillado sino terriblemente hambriento. Es casi un tormento. Todas las fotografías son a color, espléndidas, de gran formato, de paisajes, casas y tiendas por dentro y por fuera, de material gráfico antiguo (como mapas y cuadros), de objetos vinculados con la obtención o preparación de los alimentos, pero sobre todo, fotografías de éstos, en pie o en la cazuela, crudos y cocidos, con piel y plumas y pelados, silvestres y domesticados, envasados o a granel, adobados, fritos, al vapor, al horno, sancochados, hervidos, guisados...

El fotógrafo es Carlos Blanco, coautor principal de la obra, asistido por Oscar Zárraga.

El primero de los platillos se debe a la pluma de Brigitte Boehm de Lameiras que es, de hecho, una presentación, muy útil y bien escrita.

Los otros platillos son: seis de Luis González (el que abre y el que cierra el menú, más otros cuatro), dos de Gerardo Sánchez (sobre el café uno y sobre dulces, conservas y postres el otro), uno de Francisco Miranda (sobre el antojo), uno de Raúl Arreola (sobre el pan), uno de la desaparecida Silvia Rendón (sobre la comida tarasca) y uno más de José Napoleón Guzmán (sobre la carne de "la Popo").

La segunda sección del menú tiene fines más prácticos: dos recetarios con un presentación a cargo de América Pedraza. El primero de Livier Ruiz de Suárez, moderno; el otro, un anónimo zamorano del siglo XIX. Se ven deliciosos. Ya los probaremos, aunque en verdad el tamaño del libro no es ciertamente el más adecuado para manejarlo en la cocina, junto a cazuelas, sartenes, ajos y cebollas.

Como el menú ofrece demasiados platillos para una sola sentada, me veo precisada a elegir algunos. Empezaré por uno de los platos fuertes, que así califico al "Para abrir la boca", de Luis González, con el que el libro se inicia propiamente.

Como lo señala con acierto don Luis (p. 34), el estudio de "los placeres de la mesa", la "cultura gastronómica", tan mal visto por los investigadores mexicanos, es ya realizado en Europa "sin castigo, y quizá hasta con aplauso, en el gremio de los estudiosos de las mentalidades".

Aunque ciertamente, no concuerdo con la crítica de don Luis a los investigadores mexicanos interesados en lo que él describe como "denuncia de mártires, iniquidades, miserias, explotaciones, conflictos, azotainas, luchas por la tierra, crisis, abusos, dictaduras, cacicazgos,

desigualdades y otras injurias." Porque don Luis: usted sabe que uno se topa con ello, o lo busca, porque la desigualdad y todo lo enumerado molesta y lastima, además de estar bien presente ¿no? Pero por supuesto que también nos hemos de ocupar de estos otros temas y valores situados "de la cintura para abajo", única manera de hacer una historia que guarde equilibrio, que no oculte o desdeñe unas facetas para ensalzar o privilegiar otras.

Bueno, regresando a la comida y al artículo de don Luis, resalto algunos de sus señalamientos, hablando ya de la comida del Occidente mexicano. Nos dice así que allí se hizo un menú propio, en que la fusión de lo ibérico y lo purhé fue más allá de las simples revolturas, al contrario de las comidas del Sur y del Sureste donde el predominio fue de los ingredientes y modos indígenas, y de la comida llana del Norte... (p. 41).

A la influencia y elementos traídos por los españoles, se agregaron "a finales del siglo XVIII... la revolución golosa que en el pueblo consistió en el uso y abuso del chinguere, y en la crema social, el comer a la francesa" (p. 41). A partir de estas influencias, más la yanqui recientemente, queda que "las clases medias... se sirven de platillos mestizos, instrumentos de cocina de una y otra cultura...".

Sobre la temática del libro todo, don Luis nos aporta "tres recomendaciones", hechas como dice él "con la máxima seriedad de que son susceptibles los asuntos alegres de la vida". Una verdadera agenda para la acción.

- La primera: "hacer estudios a fondo de los temas fundamentalmente de nuestros crudos y cocidos".
- La segunda: "difundir [por todos los medios] lo mejor de la cultura gastronómica del estado de Michoacán entre michoacanos, que por ignorancia o por exiguos recursos, no han tenido hasta ahora la oportunidad de asumir en plenitud los valores propios". La sugerencia me entusiasma: poner al alcance de las mayorías los recetarios que "muchas señoras de clase media practican cotidianamente". Me pregunto: ¿por qué sólo los de clase media?
- La tercera: "introducir en la enseñanza media cursos de educación gastronómica semejantes a los ya existentes de educación sexual. En esos cursos debe insistirse en lo bondadoso de comer bien y sin prisas..." (p. 45).

Y pese al tono festivo del texto introductorio de don Luis, su radicalismo al asumir la defensa del comer bien, del tiempo necesario, los

ingredientes del rumbo y de la tradición vegetariana, me remite al género que critica, aquel practicado por los que denuncian desigualdades e injusticias. Y si no, juzguen ustedes mismos. Dice:

Que no olviden los institutos de educación que una de las obligaciones es hacer frente a los amagos de la barbarie nórdica que es reconocible en el uso de vasos de agua con hielo, la salsa *catsup*, los sandwiches, las hamburguesas, los chocomiles, las salsas *gravy*, la comida de pie y a solas, y otras manifestaciones más sutiles del envilecimiento a que puede llegar el mexicano cuando en el diálogo Norte-Sur se sale con la suya el Norte en asuntos que no sean estrictamente científicos, económicos y técnicos (p. 45).

El segundo artículo de don Luis, llamado "Oferta de crudos", nos introduce de una manera espléndida a los "nueve paisajes" que ofrece Michoacán, "unidad geohistórica" que cuenta con 4 millones de habitantes. En una prosa envidiable, casi desprovista aquí de expresiones sarcásticas, recorreremos el espacio michoacano, recreándolo cuando ya lo conocemos, imaginándolo cuando no. Pero no sólo eso recorreremos. El texto de don Luis va dando cuenta de los estudiosos que conocen y han investigado tal o cual tema y región, ciudad o pueblo michoacano. Es lo que, en el lenguaje académico, suele llamarse un "estado del arte", sobre todo "colmicheano".

Salto ahora al café, sin pasar por la comida todavía. Gerardo Sánchez aborda el tema en su artículo: "El café, del puerto de Moka a la taza de los michoacanos" (pp. 111-133). Nos enteramos así que el café se incorporó a la agricultura y repertorio de bebidas de los michoacanos a partir del primer tercio del siglo XIX. Pero antes está la historia legendaria del grano, allá en Etiopía hacia el siglo XV. De allí pasó a Europa y luego a América, a donde el café arribó hacia 1718, a la Guyana francesa. En Nueva España se sembró hasta 1790, en los alrededores de Córdoba, de semillas traídas probablemente de Cuba; a Chiapas llegó desde Guatemala en 1847.

A Michoacán arribó en 1824, desde Moka (Arabia), de semillas traídas por Mariano Michelena, primer ministro plenipotenciario de México en Inglaterra. De la Hacienda de La Parota dimanaron todos los demás plantíos de Michoacán y los de Colima y Jalisco. El café de Uruapan fue, de todos los michoacanos, el más famoso del siglo XIX, elogiado por muchos viajeros, escritores y poetas. Al maestro Sánchez llaman la atención especialmente, no sin razón, los comentarios que del café uruapense hizo José Martí desde Nueva York, hasta donde le llegaban gracias a sus amigos michoacanos. Con la erudición que le es

característica, don Gerardo nos ofrece citas y comentarios de diversos cronistas que se refirieron al café de Uruapan, especialmente al caracolillo. El siglo XX, especialmente después de la Revolución, vio el declive de su producción, sobre todo por la competencia del aguacate.

Luego de este recorrido por la historia del cultivo, sigue otro que es su complemento: el de la costumbre de tomar café y el inicio de la venta del grano. El primer expendio data de 1554 en Estambul; la cafetería más antigua de Europa se instaló en Venecia en 1615; los italianos abrieron los primeros cafés en París, que ya para mediados del XVIII eran centros de discusión y también por supuesto de conspiración.

En México el primer expendio se abrió en la calle de Tacuba, a fines del XVIII. En Michoacán ocurrió en el XIX, siendo el más famoso el del Hotel de la Soledad. El del Panal le sigue en fama (y a mí me recuerda el tiempo del rectorado del que fuera mi tío, Eli de Gortari, con cuyos hijos, mi padre y mi hermano, fui algunas veces).

De entre las cualidades reales o atribuidas de esta bebida tan socorrida y hoy hegemónica, porque ha desplazado a otras (chocolate, infusiones, té), destacan las de: espantar el sueño, quitar el cansancio, acompañar, con su respectivo "piquete", a los deudos en los entierros, servir para adivinar la suerte... y muchas cosas más.

Con especial gusto don Gerardo también recoge episodios de los "café nicolaítas", costumbre surgida entre los universitarios michoacanos durante la gestión como rector del Dr. Jesús Barriga (hacia 1926-1932). Habla también de una gran adicción al consumo del café en los centros y reuniones académicas. En lo que no se equivoca ciertamente. El artículo también aborda al café como alimento, en la preparación de bebidas: helados, postres, pasteles, dulces. Y nos advierte, para cerrar, de la aparición de los nuevos sustitutos del café: granos de garbanzo o del llamado nescafé. Aprendí mucho de este trabajo, aunque extrañé el tratamiento del cultivo, que como don Gerardo sabe, es un interés común.

El consumo de carne industrializada fue todo un acontecimiento en Michoacán y en todo el país. De esto se ocupa José Napoleón Guzmán en su artículo. La instalación de la Compañía Nacional Mexicana, en Uruapan, ocurrió en 1908, luego de varios años de negociaciones, con capital mayoritariamente norteamericano.

La planta aprovechó el agua del Cupatizio para la instalación de una hidroeléctrica, además, claro, de la ubicación intermedia de Uruapan en terrenos productores de ganado y cercana a dos líneas de ferrocarril (el Nacional Mexicano y el Central Mexicano un poco más lejos). Las ventajas de la carne empacada, se aducía, eran muchas, pero sobre todo se argumentó que era un alimento saludable. Además, se apuntaba

en el prospecto de la compañía: "Si en Estado Unidos y Europa se consumían productos refrigerados, en México podía seguirse la misma costumbre" (p. 284). Pero lo más importante: podía cargarse más carne ya procesada en los carros refrigerados del ferrocarril: en vez de ganado vacuno y cerdo en pie, se llevaban jamones, chorizos y carne procesada (fresca).

La Compañía Empacadora "Popo", como se le llamaba popularmente (el autor del trabajo no nos explica porqué), contó con modernas instalaciones, bien iluminadas y ventiladas. Los animales eran sacrificados en serie, con métodos efectivos, para luego pasar por rieles colgantes a ser destazados. La carne iba luego al enfriador al aire libre y de allí al refrigerador y a los carros refrigerados. El frío se lograba "mediante el método francés", y la maquinaria era capaz de producir 130 toneladas de hielo cada 24 horas.

La empacadora producía además, aceites, mantecas, margarinas, pepsinas, carnes prensadas, ahumados, jamones y chorizos con salsa. Se aprovechaban también los huesos, pieles, pelos, sangre y demás.

La empresa acercó a saber: a productores y consumidores e inició lo que fue toda una revolución en el consumo, la producción y la distribución de productos pecuarios. Porque los embutidos, las carnes saladas y las ahumadas ya existían, pero no la carne refrigerada.

El interesantísimo trabajo de Napoleón Guzmán que he venido reseñando (sin ser textual, que me perdone), aborda asimismo cómo se distribuyeron los productos en la ciudad de México. Al final de la lectura nos quedamos con muchas preguntas, originadas sin duda en el interés que nos despertó éste que es un trabajo poco usual en la historiografía mexicana, que está en la confluencia de la historia de la industrialización, de la alimentación y de las costumbres.

Podría seguir comentando el resto de los artículos, todos interesantes y algunos divertidos y sabrosos, pero debo terminar, no sin recomendar la lectura (visual e intelectual) de imágenes y de textos de este libro. La segunda sección, dedicada a los recetarios y recetas, más vale que además de repasarla con una lectura, la ensayemos en la cocina. Esa sería otra presentación, para ver cómo salieron las recetas.

Teresa Rojas Rabiela
CIESAS-D.F.

GONZÁLEZ DE LA VARA, FERNÁN, *La cocina mexicana a través de los siglos, v. II: Época prehispánica*. Editorial Clio, México 1996, 70 p., ISBN: 968-6932-49-6.

Muchas licencias debo pedir a vuestras mercedes por los tantos atrevimientos de quien esto escribe...

No puedo atribuir la cita, querido lector, a cronista novohispano o misionero letrado, sino a la humilde autora de esta reseña sobre *La cocina mexicana a través de los siglos: época prehispánica*,¹ obra de divulgación que con amplio conocimiento y extraordinaria sencillez, nos ofrece Fernán González de la Vara.

Escribir, comentar y leer sobre comida son actividades estrictamente reservadas para quienes gustan de los placeres de la mesa. No es tema para ascetas ni hombres de frugales costumbres. Tampoco para antropólogos rigoristas que defiendan a ultranza el relativismo cultural y la objetividad científica. La comida es algo muy serio, muy íntimo y, por ende, un elemento subjetivo que combina preferencias, discriminaciones, emociones viscerales y juicios temerarios. Es también, el sustento de la vida social y del quehacer cultural.

Para abrir bocado, la obra presenta aspectos de la simbiosis universal entre comida y religión. "Puesto que la comida es el recurso humano más fundamental, el ofrecerla o abstenerse de ella constituyen formas simbólicas de todas las sociedades para mostrar devoción a los poderes sobrenaturales" (Farb y Armelagos 1983: 152).² Esta cita de la literatura antropológica contemporánea enmarca la explicación detallada, pero amena, que González de la Vara ofrece al lector para comprender los aspectos profanos y sagrados del comer prehispánico. Destaca la prodigalidad de los dioses que brindan al hombre alimento, pero que

¹ La obra reseñada forma parte de una colección (ISBN 968-6932-47X) en diez volúmenes: *México Antiguo, Época Prehispánica, Mestizaje Culinario, La Nueva España, Tiempos de Guerra, La Bella Época, El Pan de Cada Día, Tradiciones Regionales, Comida en Serie, Alta Cocina*.

² Peter Farb es autor de numerosos trabajos escritos desde la perspectiva de que a comportamientos humanos aparentemente absurdos, subyacen explicaciones racionales. Entre ellos destacan *Man's Rise to Civilization* y *Humankind*, ambos publicados por Washington Square Press. Farb escribió el libro citado junto con G. Armelagos, profesor de antropología en la Universidad de Massachusetts, Amherst.

reclaman constantemente un precio a cambio. El hombre mesoamericano paga con ofrendas de primicias, bocados exquisitos y la máxima prueba de reciprocidad: el hombre mismo. A la luz de esta racionalidad, puede el lector lego comprender el sacrificio humano y el carácter puramente ritual de la tan llevada y traída antropofagia mexicana. Equilibrada contraparte resulta la práctica —universal y ancestral— de comer a los dioses y participar de su divina sustancia. Leer cómo formaban imágenes de Tláloc y Huitzilopochtli con harina de bledos o amaranto para luego comérselas, evoca inmediatas asociaciones con el *Tótem y Tabú* de Freud y la eucaristía cristiana. También se hace referencia a la esencia de los alimentos como “fríos” o “calientes”, conocimiento popular que perdura hasta nuestros días. Se explican estas categorías a la luz de la dualidad humana: el ying y el yang, lo masculino y lo femenino. La comida se transforma, entonces, en elemento que compensa y equilibra las dos fuerzas.

Sobresale en este apartado el mito supremo del maíz, eje del mundo y sustancia del hombre. El lector no puede escapar al impacto de una cita del *Popol Vuh* que conmueve: “De maíz amarillo y maíz blanco se hizo su carne; de masa de maíz se hicieron los brazos y las piernas del hombre. Únicamente masa de maíz entró en la carne de nuestros padres, los cuatro hombres que fueron creados” (Recinos 1984: 104). El autor ilustra profusamente el papel central del maíz como punto focal de la cultura prehispánica. A partir de él se explica el cosmos, se trama la urdimbre de la vida cotidiana, se le cultiva con reverencia y se consume como alimento para el cuerpo y sustento para el alma.

El hombre procesa los alimentos y hace de su preparación y consumo una serie de rituales. En toda sociedad humana, y la prehispánica no es la excepción, la división del trabajo y la etiqueta social están estrechamente ligadas al quehacer culinario. Sabemos que el mundo prehispánico era rígidamente estratificado, por lo que no es de extrañar que esa clasificación permeara al núcleo familiar. Tocaba al hombre destacar en la vida pública, hacer la guerra, defender el honor y labrar la tierra. A la mujer, según palabras de Sahagún, le tocaba ser “esclava de todos los de su casa.” Desde el nacimiento se marcaba su destino: moler el maíz en el metate. La mujer mexicana hizo de la cocina su templo y de los platillos su secreto. Por siglos, dice el autor, toda la sabiduría gastronómica del México antiguo fue preservada y transmitida por mujeres de generación en generación.

A lo largo de varias páginas se describen virtudes y conductas asociadas con el comer: generosidad humilde cuando se es anfitrión, prudencia moderada cuando se es invitado, medida en el ritmo y ca-

dencia cuando se come con otros, limpieza absoluta al preparar y consumir los alimentos. Los eventos importantes de la vida —nacimiento, matrimonio y muerte—, así como las solemnidades religiosas se celebraban con ceremonias elaboradas donde la comida y la bebida jugaban un papel crucial.

Puede pensar el lector que si bien cambian elementos y personajes, la trama del juego comida/sociedad es única y universal. Así es, para tranquilidad del científico social que constantemente busca axiomas donde apoyar sus teorías y explicaciones. Al autor no le interesa subrayar lo homogéneo, sino resaltar lo singular, lo diferente. ¿Qué destaca, pues, en esta particular gastronomía? La respuesta es simple y contundente: el maíz.

Tamales y atoles me parece un subtítulo que es rebasado por el mismo contenido del capítulo: abundante en diversidades y una invitación constante al paladar. Aunque el mexicano era omnívoro por excelencia y consumidor de una amplia gama de animales, plantas, raíces y frutas, su dieta básica consistía de tomates, chile, sal, frijoles y maíz. Lo demás era complementario, ocasional o francamente sunuario.

El maíz se consumía en todas sus variedades y a lo largo de todas las etapas de su ciclo. Se asaba, tostaba, molía, remojaba, endulzaba y fermentaba. Se comía tierno, reventado, desgranado. De sus hojas se hacían infusiones, con su caña se procesaban mieles, con las espigas se confeccionaban panes y con los cabellos se estimulaba la diuresis.

González de la Vara subraya, y con razón, uno de los procesos más importantes en la culturización del maíz: la nixtamalización. El remojo y cocción parcial del grano en agua de cal y salitre, lo hace más digerible e incrementa notablemente su valor nutricional.³ La masa de nixtamal se convirtió en la base de la cocina mexicana, la de ayer y, benditos sean los dioses, la de hoy. El adicionar la masa con distintos rellenos, envolverla con hojas de maíz, de mazorca, de platanillo o acuyo, y cocinarla bajo distintos métodos, dio origen a la sofisticada variedad de tamales que conocemos y consumimos: corundas, de ceniza, de frijol tierno, *dzotobichay*, *pib*, zacahuiles, *tzocoyótl*... Algunos se cocían al vapor, otros bajo tierra, unos más a las brasas. Fáciles de comer por venir

³ Véase en la obra citada de P. Farb y G. Armelagos: "Los campesinos en México preparan el maíz para hacer tortillas, remojándolo en agua con cal, práctica que consideramos poco común. Pero estudios han mostrado que esta preparación multiplica el contenido de calcio al menos en veinte veces más que el del maíz original, al mismo tiempo que incrementa la disponibilidad de ciertos aminoácidos, factor importante dado que los campesinos habitan ecosistemas donde la proteína animal es escasa" (p. 12). También puede consultarse el artículo de Katz y otros (1974: 765-773).

ya en recipiente, deliciosos al paladar y exquisitos como tributo o regalo, los tamales eran y son deliciosas sorpresas de fragante envoltura.

Reina de la mesa y señora de la cocina es otro producto del versátil nixtamal: la tortilla. Su forma circular todo lo abarca, todo lo comprende. Amasada con tiernas palmadas y cocinada sobre un comal, la tortilla surge del hogar mismo y contiene todos sus misterios. La descripción de colorido, grosores, texturas y contenidos que nos presenta el autor, sorprende al más ducho en la materia. Plato, cubierto y envoltura, la tortilla abraza infinitos rellenos transformándolos en succulento manjar.

El *gourmet* universal sabe que no hay comida digna sin bebida noble. En las páginas de este volumen el autor nos presenta el pulque, el pozol, la chicha, el tesgüino, el colonche, los tepaches, el regio chocolate. A este último, los botánicos le dieron el más apropiado de los nombres: *Theobroma*, bebida de dioses. Las bebidas embriagantes y sus efectos no eran del todo apreciados por las sociedades prehispánicas. El chocolate, de suyo, era considerado como bebida especial y reservada para grandes señores y grandes ocasiones. En un circunloquio más de los que abundan en esta obra, el autor nos lleva de nuevo al maíz como fuente y origen: el atole que alimenta, satisface, cura, renueva y fortalece. La masa de nixtamal desleída y enriquecida con múltiples ingredientes, fue la bebida cotidiana y más apreciada de los pueblos prehispánicos. Otros atoles se elaboraban con maíz tierno, o tostado y molido. Mezclado con hierbas medicinales era pócima que sanaba, con chile y aguamiel fortalecía al guerrero, acedo duraba semanas sin descomponerse, endulzado con frutas y flores realzaba el sabor de la comida. Muchos que esto leen bebieron de nodrizas fortalecidas por su espesura, curan empachos y dolores con su balsámica textura, calientan cuerpo y alma con su tibieza singular.

El lector minucioso puede satisfacer su pasión por la descripción y el inventario señalando, casi en cada página, elementos exóticos y privativos de esta cocina: gusanos, acociles, quelites, agaves, hongos, chiles, amaranto, *xoloitzcuintlis*, chapulines, iguanas, *axolotls*, escamoles, víboras.

Finalmente, la lectura de esta amena publicación me orilla a diversas reflexiones, de naturaleza más bien epicúrea que académica. En años recientes México ha presenciado dos fenómenos curiosos: el surgimiento de la *nouvelle cuisine mexicaine* (estilo culinario basado en la atractiva presentación de pequeñas porciones de ingredientes frescos, de preferencia exóticos y ligeramente cocinados) y la popularidad (que me atrevo a decir será efímera) de restaurantes que ofrecen

platillos prehispánicos. ¿Cómo interpretar estos movimientos a la luz de la obra que aquí se reseña?

Vuelvo, encarecidamente, a pedir disculpas anticipadas. Sé de antemano que mis juicios temerarios herirán susceptibilidades, pero me consuela la solidaridad que he de encontrar entre los académicos que se precian de tener buen diente. Aunque me parece acertada la aventura de jugar innovadoramente con distintos elementos autóctonos para producir platillos exóticos, considero que los principios de la *nouvelle cuisine* están reñidos con la esencia de nuestra cocina. Cuando el apetito me dicta comida mexicana, quiero un colorido popular, no exquisitos efectos cromáticos. Espero abundancia, no escasez. Deseo contraste, no sutileza. Añoro la sustancia, no la frugalidad. Dice el adagio popular que en gustos se rompen géneros... Pueden los seguidores de esta corriente culinaria seguir comiendo diminutas muestras de color si así lo desean. Sólo pido que no usurpen el rango de una tradición que nos ha hecho lo que somos.

La comida preshipánica se ha puesto en boga: cara, de dudosa procedencia y cuestionable ortodoxia. Quienes promueven su consumo han elegido una selección arbitraria de lo que les ha parecido más exótico y singular. No puedo afirmar que "den gato por liebre", pero sí en muchos casos res por venado, cerdo por jabalí, otros centípedos por gusanos de maguey y similares suplantaciones. Allá quienes quieran vaciar sus bolsillos en aras de "lo diferente." Lo que considero que sí aportan estos sitios es despertar el interés por lo autóctono, por lo verdaderamente nuestro.

No puedo dejar de tener una opinión antropológica sobre el tema de la cocina prehispánica, pilar del arte culinario mexicano. Además de disfrutar su amena lectura, el transitar por sus páginas me llevó a una conclusión contundente: el poderoso arraigo de un rasgo cultural que resistió la violenta imposición del mundo que conquistaba a los hombres que le daban vida. Es evidente, al leer la historia novohispana, que en ningún otro país del continente americano se dio un mestizaje, ni una aculturación más intensa que la ocurrida en México. Independientemente de las explicaciones del fenómeno, los hechos hablan por sí solos. La religión católica y las creencias locales dieron origen a un sincretismo muy particular, pero al fin manifestación híbrida. La fusión genética de conquistadores y conquistados produjo los mestizos que ahora somos. La arquitectura colonial sofocó el diseño indígena. Pero en el comer y el beber, la historia siguió otro curso. Aunque muchos de los platillos mexicanos incorporan ingredientes y técnicas europeos, nuestra dieta básica sigue siendo la misma del pueblo

mesoamericano: tomates, chile, sal, frijoles y maíz. Injustamente calificada como "comida de pobre", su valor nutricional ha quedado científicamente comprobado. Su riqueza radica en la sobria sencillez de sus elementos, su intrínseco valor en el sabroso gusto que le distingue. Podemos ser indulgentes con el extranjero que no come chile, que rehuye lo muy condimentado, que se excusa de no comer lo exótico. Pero nos ofende que desprecie el maíz y desconfiamos del que, habiendo probado una tortilla, no la incluya en su dieta cuando se le presenta nuevamente la ocasión.

Espero haberles despertado el interés por esta breve, amena y bien documentada obra que nos ofrece Fernán González de la Vara. A mí, se me ha despertado el apetito por un plato de frijoles caldosos, una salsa de molcajete y unas tortillas blancas recién echadas al comal. ¡Provecho!

Bibliografía citada:

Farb, Peter y George Armelagos

1983 *Consuming Passions: The Anthropology of Eating*. Washington: Washington Square Press; ISBN: 0-671-43420-9.

Katz, S. H. y otros

1974 "Traditional Maize Processing Techniques in the New World"
En: *Science*, v. 184: 765-773.

Recinos, Adrián (trad. y notas)

1984 *Popol Vuh: las antiguas historias del quiché*. México: FCE/SEP.

Cristina Goddard

GONZÁLEZ MONTES, SOLEDAD, COORD., *Mujeres y relaciones de género en la antropología latinoamericana*. El Colegio de México, México 1993, 273 p., ISBN 968-12-0550-2.

Es relativamente común exponer las dificultades del caminar desde el enfoque de las relaciones de género en el marco de las ciencias sociales; sin embargo, poco a poco el sendero se va andando y no hay que desconocer los avances y las huellas dejadas atrás, sin por ello olvidar el recorrido que queda todavía ante nuestras miradas y bajo nuestros pies.

Entre los esfuerzos realizados en los últimos años por esbozar un recuento sobre el tema en el ámbito de la disciplina antropológica se encuentra la compilación de la Dra. Soledad González Montes, titulada *Mujeres y relaciones de género en la antropología latinoamericana* y editada dentro del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer de El Colegio de México en 1993.

La obra reúne nueve artículos que inicialmente fueron ponencias presentadas a la Primera Reunión Latinoamericana de Antropología de la Mujer, realizada en 1990 como parte de los encuentros preparatorios al XIII Congreso de Ciencias Antropológicas y Etnológicas que tuvo lugar en la ciudad de México tres años después. Contiene a su vez una introducción de la compiladora, que más allá de la presentación del texto en su conjunto, entreteje reflexiones sobre el estado de la cuestión en cuanto a la vinculación de la antropología con los estudios de la mujer y las relaciones de género respecto de varias temáticas, relacionando los estudios que aquí se recogen con los debates internos sobre el tema. Pero quizá lo más sobresaliente es que pone el dedo en la llaga al llamar la atención sobre los problemas, vacíos y las limitaciones del desarrollo de la perspectiva de género en la disciplina en la actualidad y los retos que se abren hacia el futuro para superarlos.

Tres son los apartados del texto que aquí presentamos, el primero de los cuales aborda a las mujeres y las relaciones de género con relación a la clase, la etnicidad y el trabajo. El artículo de Cynthia A. Sarti, "Familia y género en barrios populares del Brasil", trata las relaciones hombre-mujer en las familias pobres urbanas de Sao Paulo. Por su parte, Cecilia Millán reflexiona sobre el género y la etnia en la industria azucarera, en "Relaciones de género y etnicidad en la industria azucarera

dominicana". Finalmente, Loreto Rebolledo, con "Las campesinas y los procesos de transformación en el agro chileno", trata el tema de la participación de las mujeres en los procesos de adaptación al cambio en la agricultura de ese país.

La segunda agrupación temática se centra en la representación social y el control de la sexualidad femenina y cuenta también con tres textos. El primero de ellos, "Las mujeres timbira: control del cuerpo y reproducción social", de María Landeira, muestra unas relaciones de complementariedad entre hombres y mujeres de una sociedad indígena del Brasil, remarcando que la importancia de la mujer viene dada por el reconocimiento de su papel en la reproducción social. El segundo, de Martha Patricia Castañeda Salgado, es sobre la concepción del cuerpo y la maternidad en una localidad de la Sierra Norte de Puebla y lleva por título "El cuerpo y la sexualidad de las mujeres nauzontecas". Por su parte, el texto "Algunas reflexiones sobre la representación social de la sexualidad femenina", de Juan Guillermo Figueroa y Gabriela Rivera, recoge y analiza las opiniones de las mujeres acerca de decisiones sobre su sexualidad y reproducción y los significados y valores depositados en las relaciones sexuales.

La última agrupación temática de este libro versa sobre políticas públicas y movimientos sociales. Cuenta con la aportación de Josefina Aranda sobre la situación de las mujeres campesinas con relación al campo y en el marco de las políticas del estado: "Políticas públicas y mujeres campesinas en México." Estela Grassi realiza en "Redefinición del papel del Estado en la reproducción y cambios en el discurso sobre la familia y mujer en Argentina" un análisis del discurso que pretende hegemonizar la dinámica interna de la familia y su articulación con el conjunto de la sociedad de ese país. El contenido del trabajo de Gloria Ardaya Salinas se encuentra claramente indicado por su título: "Las relaciones de género en las organizaciones políticas y sindicales bolivianas".

Si bien en este conjunto de textos nos dan una idea de las temáticas y enfoques sobre las cuales navegan los estudios de género en la antropología en nuestros días, el artículo introductorio de Soledad González es de obligada consulta y referencia para aquellas personas especialistas en la materia, para quienes trabajen el tema o se interesen en el mismo.

Entre otras cuestiones señala el paso de la antropología de la mujer a los análisis sobre las diferencias entre los sexos desde el enfoque de género en el ámbito antropológico. Subraya la importancia de tener presentes las múltiples dimensiones para comprender en toda su ex-

tensión y profundidad las relaciones de género como una de las formas en que operan las relaciones de poder. Destacan sus reflexiones finales donde apunta la trascendencia de tener en cuenta los distintos acercamientos, tales como el económico, el cultural, el ideológico, el social y el político en el análisis antropológico; asimismo enfatiza la significación de vincular el ámbito privado y el público, la transformación de la naturaleza en cultura, la diversidad de los temas de la identidad femenina más allá del trabajo doméstico y la maternidad. Otro asunto que remarca es, sin desconocer la valiosa aportación de los estudios de caso, la dificultad de superar el aspecto descriptivo. Además, según la autora, es de vital importancia establecer adecuadamente la interrelación de la ideología, la cultura, las creencias y expectativas con las estructuras socioeconómicas. La complementariedad entre el nivel macro y el micro en los análisis complejos es también un señalamiento que hace con relación a que los casos particulares sean referidos a estudios globales. El ubicar los estudios de caso en contextos comparativos más amplios y llegar a conclusiones generales enriquecería, a su vez, estas investigaciones.

Finalmente subraya la necesidad de incorporar la perspectiva de género al conjunto de las ciencias sociales y de tender puentes entre la búsqueda del conocimiento y la posibilidad de su aplicación. Concluimos con González Montes que "por esta razón debemos seguir preguntándonos cuáles podrían ser los aportes de esta forma de hacer antropología, al desarrollo de políticas que beneficien a las mujeres y que contribuyan a la transformación de las relaciones de género" (p. 46).

Anna M. Fernández Poncela
Departamento de Política y Cultura-UAMX

HASLER HANGERT, ANDRÉS, *El náhuatl de Tehuacán-Zongolica*. CIESAS, México 1996, 180 p., ISBN 968-496-304-1.

Hacia una dialectología náhuatl

Ahondar en el conocimiento de una lengua particular implica no sólo dar cuenta de sus aspectos estructurales sino también ubicar las variaciones dialectales y establecer hipótesis en torno a estadios previos al momento de la descripción, relacionando la lengua con el grupo socio-cultural y étnico que la habla. De modo que el trabajo lingüístico realizado constituya un elemento más en la aportación de evidencias, que, aunadas a los hallazgos arqueológicos y a los documentos etnohistóricos, permitan el conocimiento del pasado. Éste ha sido el propósito que guía la investigación que dio como resultado *El náhuatl de Tehuacán-Zongolica*, en el que se ofrece una dialectología del náhuatl de esa región y se establecen posibles explicaciones de carácter histórico de las variedades dialectales. Sin llegar a afirmaciones contundentes en torno a la clasificación del náhuatl de la región, Hasler revisa los postulados que defienden Yolanda Lastra (1986), Una Canger (1980 y 1988) y Juan Hasler (1961 y 1991) para identificar estructuralmente a los diferentes dialectos. Para la primera autora mencionada, el náhuatl de Tehuacán-Zongolica tendría muchos rasgos del dialecto oriental, mientras que para Una Canger —posición a la que se adhiere Cristina Monzón (1990)— la zona ocupa una posición fronteriza entre el área central y la huasteca. En tanto, en la propuesta de J. Hasler el área se concibe como un conjunto heterogéneo de dialectos inestables e innovadores, en donde los que se ubican hacia el norte pertenecen al dialecto oriental y las periferias conservadoras tienen un dialecto central. Este “náhuatl central” —dice Hasler— tiene una profundidad histórica anterior a la hegemonía de los aztecas por lo que las características aparentemente innovadoras en la zona son más bien producto de diferentes oleadas migratorias de dialectos conservadores del centro. La propuesta elaborada por Andrés Hasler coincide con la última al señalar que “las tres zonas conservadoras representan el dialecto nonoalca pero son la puerta de entrada de rasgos del náhuatl central más reciente. La zona norte representa el sustrato del náhuatl del este y la zona centro es una mezcla heterogénea del nonoalca con el sustrato” (p. 174).

Encarar el conocimiento empírico de una lengua, tal como lo hace Andrés Hasler con el náhuatl, arroja necesariamente a una confrontación con la teoría, ya que la realidad misma se presenta de manera tan compleja que no existe cuerpo teórico alguno que satisfaga plenamente la explicación de los fenómenos abordados. Esta situación es —precisamente— la que propicia la superación constante de los paradigmas científicos, ya que la insuficiencia de un modelo exige la aplicación de otro que se aproxime de manera más fiel a la realidad. Por ello, Hasler señala en las páginas introductorias que, aunque el marco teórico de su investigación sigue los lineamientos del descriptivismo americano, el concepto de estructura —como la generalización deseable de la lengua— no se ajusta a la heterogénea situación lingüística de la región Tehuacán-Zongolica. Pero, cabe preguntarse si alguna lengua sí lo hace; porque entre los juicios acérrimos que se hacen al estructuralismo está el llamado *hocus-pocus* de la lingüística, según el cual subsiste la duda en torno a la construcción o descubrimiento de la estructura de la lengua: ¿es la estructura una entidad real que el lingüista sólo descubre en la lengua?, o bien, ¿es la estructura una entidad conceptual que el lingüista construye alrededor de la lengua?

En ambos casos —constructo teórico o realidad empírica—, la exhaustividad de los datos manejados en trabajos como éste permite vislumbrar que más allá de la generalización existe la diversidad y que no es posible considerarla ajena a los objetivos de quien pretenda hacer ciencia. El desencanto provocado por el reconocimiento de los límites del estructuralismo, se supera en el instante mismo en que se admite como inevitable punto de partida.

En tanto los límites geográficos se amplían, la diversidad dialectal se incrementa. Resulta —por tanto— útil hablar de distintos niveles de generalización. Hasler introduce la posibilidad de manejar el concepto de región dialectal, que a diferencia del área dialectal y del mismo dialecto permite una abstracción más alta, sin necesidad de llegar todavía a la consideración de lengua. ¿En dónde queda entonces el sistema: a nivel de dialecto, de área dialectal o de región dialectal? Cuestión todavía no resuelta y que indudablemente involucra diferentes posiciones teóricas; no olvidemos que también el descriptivismo americano utiliza el concepto de inteligibilidad mutua, propone técnicas para su medición y una medida arbitraria para determinar cuándo dos dialectos han dejado de serlo para constituirse en dos lenguas distintas. “En este trabajo —señala Hasler—, la región Tehuacán-Zongolica es un espacio geográfico continuo en el que se hablan variedades de náhuatl con antecedentes históricos comunes y características estructurales

compartidas" (p. 10). Incluye así, el aspecto diacrónico y justifica con ello la constante referencia —a lo largo del texto— de datos que, procedentes de otras regiones mantienen ya sea semejanza estructural, ya sea un claro antecedente histórico.

Es evidente que la búsqueda de Hasler rebasa los límites de una mera descripción de la variante lingüística de una región y en ello está el mayor mérito, puesto que el lector encontrará la intención de corroborar con datos lingüísticos actuales la confirmación de la hipótesis que habla de las oleadas migratorias por grupos de origen diverso; el autor recurre a las fuentes etnográficas y —entre otras— se refiere al códice conocido como *Historia Tolteca Chichimeca* para ubicar los antecedentes prehispánicos de la región. En él se menciona —señala Hasler— al grupo nonoalca llegado a la región procedente de *Tollan*, el cual llegando a *Tenpantzacapan* se divide en tres subgrupos, fundando *Teouacan*, *Cozcatlan* y *Tzoncolihcan*. De las innumerables poblaciones referidas en el códice, Hasler retoma aquéllos que con relativa facilidad puedan asociarse a poblaciones actuales en la región y las enlista, además de presentarnos su ubicación en un mapa, proveniente de la edición facsimilar del mencionado códice. La búsqueda de antecedentes históricos permite ofrecer una explicación plausible a la diversidad lingüística encontrada no sólo en la región ahora abordada por este estudio sino en todo el país en donde grupos de nahuahablantes se encuentran asentados.

El estudio en la región Tehuacán-Zongolica

Recorrer 102 comunidades de 31 municipios, en períodos de trabajo de campo de cuatro meses durante tres años consecutivos (de 1987 a 1989), aplicando un cuestionario de 149 entradas, resulta una tarea ardua, que sin duda habla de la dedicación que un investigador debe poseer para llevar a buen término su trabajo; esta investigación, además, ofreció a algunos egresados de la Universidad Veracruzana la posibilidad de realizar la tesis de licenciatura. La selección de los informantes tomó como criterios el ser oriundo de la población en estudio y tener la característica de ser nahuadominante sin entrar en detalles socioeconómicos que, si bien resultan indispensables para investigaciones de carácter sociolingüístico, pudieron obviarse en este trabajo dialectológico; aun cuando fueron recabados estos datos, no constituían criterios de selección). El material elicitado puede —así— aportar mucho más elementos que los ahora presentados en el texto que nos ocupa. No se hace referencia a cuántos informantes fueron abordados en cada punto geográfico,

ni los criterios explícitos de selección de las comunidades. Sin embargo, se puede deducir la búsqueda de la homogeneidad dialectal como criterio inclusivo cuando leemos: "...dejamos fuera a Santa María del Monte, por tener un dialecto ajeno a nuestro tema de estudio, pero señalamos a Tepetzitzintla que, aunque pertenece a Santa María, tiene una variante del dialecto de Tehuacán-Zongolica" (p. 40).

Los mapas de localización de las comunidades y las variantes lingüísticas encontradas en cada una de ellas se pueden encontrar profusamente a lo largo de todo el texto, lo cual facilita al lector el manejo de la información. No obstante, cabe señalar que la publicación tiene como receptores ideales a los especialistas nahuatlato o, en última instancia, a quienes de alguna manera hemos tenido contacto con la lengua náhuatl.

Resultados

La estructura general del libro nos ofrece en una primera parte, después de la introducción, algunos aspectos generales de la región estudiada que ya hemos comentado líneas arriba, para continuar presentando la información lingüística en el orden de los niveles básicos de la descripción: la fonología, la morfología y las isoglosas léxicas.

Según los resultados de la investigación que a continuación veremos con detalle, se puede apreciar la confirmación de lo que la teoría dialectológica establece: a saber, destaca sobre todo el carácter relativamente estable de la morfología frente a la marcada variación fonética que no llega a alterar el nivel fonológico salvo en algunos casos específicos; llama la atención también el funcionamiento del léxico, el cual parece tener una distribución que permite la delimitación de isoglosas de una manera más evidente. Todo ello coincide con los planteamientos estructuralistas que señalan que los niveles fonológicos y morfosintácticos como parte nuclear de los sistemas tienden a mantenerse constantes, mientras que la fonética y el léxico de una lengua tienden a presentar mayor variabilidad.

Nivel fonológico

En este nivel se puede apreciar una enorme variabilidad en la realización fonética—o incluso fonológica—que no siempre determina variedades dialectales, sino que hace patente la situación de heterogeneidad lingüística en algunas comunidades.

EL SALTILLO MECÁNICO. Afirma Hasler que en el náhuatl de la región Tehuacán Zongolica, la *oclusiva glotal sorda* [?] no tiene carácter fonémico sino mecánico, ya que aparece —automáticamente— en posición final de palabra para indicar que no hay elisión de alguna consonante en esa posición; en otras situaciones (posición intervocálica) sirve para impedir la asimilación de vocales idénticas, o bien enfatiza la delimitación de palabras. Sin embargo —admite Hasler—, en Coyomeapan el *saltillo* adquiere rango de fonema y propicia la presencia de realizaciones fonéticamente ambiguas. No obstante, habría que señalar la ausencia de ejemplos o argumentaciones que constaten el carácter fonológico, ya que rechaza la calidad de fonema del saltillo en otras variantes dialectales. Parece ser —creo yo— que la funcionalidad del saltillo en la delimitación es un paso previo a la total fonologización y que en estos momentos estamos percibiendo este proceso.

EL ACENTO. De manera general, el acento recae mecánicamente en la penúltima sílaba, con excepciones en sílaba final. Un rasgo característico de esta región lo constituye un conjunto bien definido de palabras en las que el acento cae en la antepenúltima sílaba.

LAS VOCALES. Señala Hasler que el sistema vocálico es básicamente el mismo para todas las áreas dialectales y que se presentan similares procesos fonológicos en toda la región. Así, las cuatro vocales con valor fonológico son: /i/, /e/, /a/ y /o/, las cuales presentan la tendencia general a poseer alófonos abiertos en posición final de palabra, ya sea por elisión de consonante final o ante presencia de saltillo mecánico final. Se dan ejemplos de diferentes comunidades con el comportamiento vocálico específico.

LA DURACIÓN VOCÁLICA. Este rasgo prosódico presenta varios aspectos: desde la tendencia universal a alargar la vocal en la que recae el acento hasta el carácter abiertamente fonológico, pasando por la presencia mecánica que es evidencia de una consonante final elidida. Incluso me atrevo a sugerir el posible carácter morfológico de la duración a partir de los ejemplos que presenta Hasler en la p. 52, en los que las formas verbales en singular y plural contrastan fonéticamente por la duración vocálica y el segmento fonético final. Hasler relaciona la presencia del saltillo mecánico —como marca de vocal en posición final absoluta (en la forma base o subyacente)— en contraposición a la vocal larga que es evidencia de la elisión de algún segmento consonántico. Por ello

afirma: "No son posibles el saltillo mecánico final ni una vocal corta final si se ha elidido una consonante final" (p. 54).

ASIMILACIÓN VOCÁLICA. En este apartado, Hasler muestra uno de los procesos más frecuentes en las vocales, la asimilación de vocales contiguas, el cual se presenta de manera homogénea en la región, aunque no siempre coincide con los procesos sufridos por las vocales en otras regiones. Así, *ai* → *i*; *oa* → *a*, en los que la tendencia es la preservación de la segunda vocal. Éste es el principal proceso con algunas excepciones que parecen obedecer a la funcionalidad de la vocal que se mantiene.

En algunos municipios de la región se da la pérdida de /a/ en posición final, marcando con ello un rasgo dialectal que distingue a Asatancinga, Tlaquilpa y Atlahuilco.

CONSONANTES. La presentación de la fonología de las consonantes está dividida por el comportamiento característico que asumen en la región; por un lado, se da tratamiento a los segmentos cuyo comportamiento es homogéneo y, por otro, a aquellos segmentos que permiten el trazo de isoglosas y que por lo tanto, son dialectológicamente relevantes. En el primer grupo se encuentran /p/, /t/, /tʃ/, /s/, /ʃ/, /l/, /m/, /n/, /y/. Para cada uno de ellos el autor nos muestra los alófonos que los realizan así como las distintas posiciones en que suelen aparecer, con sus respectivos ejemplos.

En tanto que, en el segundo grupo se encuentran /k/, /k^w/, /l/, /č/, /h/ y /w/, ofreciendo los siguientes resultados: el fonema oclusivo velar sordo posee —entre otros— alófonos sonoros que nos proporcionan la posibilidad de establecer isoglosas que distinguen a municipios como Tehuipango, Mixtla, Zongolica, Eloxochitlán, Tequila, Magdalena y Tenejapa, además de Coyomeapa y Obatero hacia el sur; el fonema oclusivo velar labializado sufre varios procesos, pero destaca sobre todo la relajación [h], la pérdida de redondeamiento [k], la disimilación y la metátesis de los dos segmentos *kw* → *uk* y la fusión *kwa* → *ko*, porque todos ellos se presentan en aproximadamente los mismos municipios arriba señalados. Para el fonema africado lateral sordo sólo existen dos áreas reducidas donde tiene un comportamiento relevante, en Xala y Xolitla [tl] alterna con [t] a principio de sílaba, mientras que en Mixtla alterna con un alófono oclusivo interdental sordo [θ]. En cuanto a la *fricativa glotal sorda* destaca el comportamiento que tiene en el municipio de Coyomeapan, en los restantes, el comportamiento es homogéneo. La *semivocal redondeada* /w/ presenta variación alofónica en diferentes contextos, específicamente antes de

consonante tienen lugar tres alófonos que permiten el trazo de isoglosas bien definidas; de igual modo, después de /o/ hay un proceso de elisión de /w/ que separa a Teopoxco, Tezcaltzingo, Chilac, Altepexi y Miahuatlán del resto mientras en Coyomeapan además de éste se da el proceso inverso, esto es, la inserción de una semivocal epentética después de /o/. Finalmente se presenta el comportamiento de los grupos consonánticos dobles en los que participa la semivocal.

Nivel morfológico

Ya hemos mencionado el comportamiento relativamente homogéneo de la morfología en esta región dialectal; sin embargo, hay cierta diversidad que Hasler descubre y que permite el trazo de isoglosas más o menos coincidentes. Tal regularidad propicia la elaboración de haces de isoglosas que no resultaban tan fácilmente perceptibles en el caso de la fonología. Así, los municipios de Acutzingo, Soledad Atzompa, Necoxtla, San Juan del Río, Tilapan y en algunos casos Teopoxco se caracterizan por un comportamiento morfológico distinto del resto de la región. Para estos lugares, "usted" (pronombre de 2a. persona singular reverencial) es *tehɬin*, mientras que los restantes es *tehwaɬin*; la forma plural "ustedes" es *amehwan*, alternando con *namehwan* en tanto que en el resto hay mucha variación de la vocal inicial. El morfema de plural ofrece otra posibilidad de delimitación intradialectal, ya que los lugares mencionados se caracterizan por pluralizar con el sufijo *-tin* los sustantivos terminados en consonante; como ejemplo de esto nos presenta *áyoh-tin* (calabazas), mientras que en los restantes se dice *ayoh-meh* (calabazas). Las palabras terminadas en vocal se pluralizan siempre con *-meh* por ejemplo *toto-meh* (pájaros) en toda la región. Nuevamente, otro sufijo, *-el*, diminutivo, mantiene un comportamiento específico en las comunidades antes mencionadas. Esta vez se trata de la reduplicación del sufijo *-ɬin* con pérdida de *n* antes de *ɬ* para indicar la pluralización, de modo que "calabacitas" se dice *ayoh-ɬi-ɬin*. La formación de sustantivos agentivos presenta variación sin que ésta llegue a ser dialectológicamente significativa. En los sustantivos poseídos tiene lugar una variación capaz de establecer delimitaciones dialectales; así, para la segunda persona plural el prefijo *amo-* es usado en Soledad Atzompa, Necoxtla, Acutzingo y San Juan del Río (*amo-kal*, "su casa de ustedes"), mientras que en otros sitios las formas prefijales suelen variar entre *imo-*, *nimo*, *omo-*, *nomo-* y *namo-*. La morfología del adjetivo es relativamente homogénea; presenta sin embargo, una variación dialectológicamente significativa, de modo que la zona norte de Zongolica se caracteriza

por utilizar *yámanki* en tanto que al sur es *yamanik* (suave), o bien *tóto:nki* frente a *totonik* (caliente). La pluralización del adjetivo da lugar al trazado de isoglosas, ya que *-meh* caracteriza a la zona norte, en tanto que otras zonas utilizan la reduplicación de la raíz o bien el sufijo *-tin*, además de diversas realizaciones.

Debo advertir a ustedes, potenciales lectores de esta obra, que en la presente reseña estoy omitiendo selectivamente aquella descripción morfológica que no muestra variación dialectal, sino que parece comportarse homogéneamente; el mismo autor advierte que gran parte del capítulo dedicado a este tema pretende mostrar una descripción morfológica enfocada a la región. Es muy importante, sin embargo, mencionar que además de la clasificación verbal, se ofrece una discusión de algunos de los procesos que caracterizan a cada clase así como de la posible reconstrucción de los sufijos transitivizadores **-wa* y **-ha*, o bien **-ya*, según los distintos autores citados.

Isoglosas léxicas

Hablar de palabras nos resulta indudablemente más atractivo que hablar de morfemas y fonemas; por supuesto, son las diferencias entre palabras las que nos resultan evidentes cuando contrastamos —como hablantes de español— los diferentes dialectos de nuestra lengua. No obstante, para la región Tehuacán-Zongolica es limitada la cantidad de isoglosas léxicas. Una de ellas es la negación, que adquiere dos formas léxicas *amo*, que se extiende por todo el territorio y *mač*, que caracteriza al municipio de San Juan del Río al norte y a Coyomeapan, Tezcaltingo, Teopoxco, Teotitlán, Vigastepec y Obatero, al sur de la región. Otra leía con distribución generalizada en la región es *siwal* (mujer), que coexiste con *tenan* en Tzompoaleja, en Zacatla, comunidades de Astacinga, Texhuacán y Coyomeapan. Además de estas dos formas léxicas, en Eloxochitlán los hablantes emplean también *tonanan*.

La expresión verbal impersonal “hace frío” permite trazar isoglosas bien definidas con una zona de transición bastante amplia; así, en el sur de la región la forma usada es *sewa*, mientras que en la zona nororiental se usa exclusivamente *tlaseseya*, y como es de esperarse, una franja que corre de noroccidente hacia el centro usa ambas formas.

Las lexías para denominar “huevo” también separan el territorio entre norte y sur, ya que se usan *totoltetl* y *tékwsistli*, respectivamente. Sólo Astacinga se muestra como sitio de transición o limítrofe entre ambas variantes.

La expresión verbal “tengo hambre”, representativa de la mayor parte de la región es *niteosiwi*, a excepción de Texhuacán, Soledad

Atzompa y Acultzingo en donde se presentan otras, como *napismiki* o *nimayana*, alternando con *nimayani*; por otra parte, hacia el Valle de Tehuacán ocurre con la primera la forma *nišitlatla*, exclusiva de la zona.

El capítulo final trata de las conclusiones, las cuales son también contrastadas con los resultados obtenidos por otros investigadores. De forma muy sintética podemos destacar algunas afirmaciones concluyentes que hace Hasler: a) existe una zona central heterogénea, en la que abundan los procesos fonológicos-fonéticos además de mayor flexibilidad morfológica; b) se puede delimitar cuatro pequeñas zonas periféricas, de las cuales tres son muy conservadoras, y una más relativamente homogénea pero muy innovadora; c) las tres zonas conservadoras son tan similares entre sí que pueden considerarse como una sola zona discontinua (sur, suroccidente y noroccidente); d) la zona centro y la norte son las innovadoras; e) las características conservadoras pueden considerarse como el reflejo aproximado del náhuatl que los nonoalcas llevaron a la región; los nonoalca-chichimecas serían los portadores de una variante temprana del náhuatl central. Con estas afirmaciones concluyentes, sin embargo, no se pretende cerrar la discusión en torno al origen de las distintas variedades dialectales de la región y sus relaciones genéticas con las áreas dialectales.

Bibliografía citada:

Canger, Una

1980 *Five Studies Inspired by Nahuatl in -oa*. Copenhagen: Travaux du Cercle Linguistique de Copenhague, n. 19.

1988 "Nahuatl Dialectology: A Survey and Some Suggestions". En: *International Journal of American Linguistics*, v. LIV.

Hasler, Andrés

1961 "Tetradialectología nahua". En: Varios autores, *A. William Cameron Townsend*. México: Instituto Lingüístico de Verano.

1991 "De tetradialectología contemporánea a dialectología de elementos traza". En: *Tlácatl*, n. 3: 54-59.

Lastra, Yolanda

1986 *Las áreas dialectales del náhuatl moderno*. México: UNAM.

Monzón, Cristina

1990 *Registro de variación fonológica en el náhuatl moderno: un estudio de caso*. México: CIESAS.

Iraís Hernández Suárez
CIESAS-Occidente

KORSBAEK, LEIF, *Introducción al sistema de cargos* (antología). Universidad Autónoma de Estado de México (Col. Textos y Apuntes 59), Toluca 1996, 319 p., ISBN 968-835-315-9.

Leif Korsbaek ha publicado una antología acerca del sistema de cargos que constituye una aportación para reavivar la reflexión antropológica no sólo en torno a esa institución, sino también acerca de la comunidad india tradicional y sus más recientes transformaciones. El libro está precedido de un prólogo escrito por Andrés Medina que presenta una discusión sucinta, útil, de los diferentes enfoques aplicados por los antropólogos al estudio de los sistemas de cargos.

El tema de esta antología es una institución persistente en las comunidades campesinas de México, indias y mestizas, llamada "sistema de cargos" o "mayordomías", que suele combinar en una sola estructura formas religiosas con formas políticas. La institución está presente también en las ciudades, sobre todo en aquellas en donde la organización por barrios sigue siendo básica. Los sistemas de cargos se extienden por varios países latinoamericanos y han sido intensamente estudiados.

El sistema clásico de cargos asemeja una escala en la que los puestos se suceden, de menor a mayor jerarquía, otorgando diferentes niveles de prestigio a sus ocupantes. Los gastos que se erogan conforme se adelanta en la escala, son mayores y al final del recorrido se puede terminar en la ruina económica pero gozar de un gran prestigio en la comunidad.

En principio, el sistema de cargos está abierto a todos los hombres de la comunidad y por lo menos en teoría, resulta obligatorio. Asimismo, otorga el sentido de completa pertenencia a la comunidad, reforzando su estructura y asegurando la reproducción y continuidad de la organización social. Los cargos tienen un año de duración y se establecen alrededor de un santo católico y sus correspondientes festividades. Toca a los miembros del sistema de cargos sufragar todos los gastos de dichas festividades. Un puesto dentro de la escala recibe el nombre de cargo y carguero quien lo ocupa. Se comienza de acuerdo con la edad en los cargos más bajos para ir ascendiendo conforme en los grados de edad se va pasando de una condición a otra hasta llegar al matrimonio que marca el estado adulto.

Aquellos hombres que han pasado por todos los cargos de la escala o sus combinaciones dentro de la jerarquía cívico-religiosa, son reconocidos como los mayores, los pasados, concentrando prestigio y poder. Por lo general adquieren privilegios tales como no participar en los trabajos comunales, no pagar impuestos a la comunidad y conformar el grupo real de poder, el que toma las decisiones que afectan a la vida de todo el grupo.

Lo usual es encontrar un alto número de ocupantes en los cargos de abajo, número que va disminuyendo conforme se asciende en la escala hasta llegar a sistemas que sólo admiten a un ocupante en la cima del mismo. Por supuesto, ningún cargo tiene remuneración.

Como indiqué, un individuo se inicia en el sistema desde pequeño ocupando los cargos más bajos de la escala. Tales cargos consisten en mantener limpia la iglesia y ser mozos de los cargos superiores y, si se trata del Ayuntamiento, se sirve como recadero y mandadero. En general, este cargo recibe el nombre de *topil*.

La participación de las mujeres en los sistemas de cargos cubre una amplia variedad de situaciones según casos concretos, desde sólo auxiliar a los hombres en sus tareas hasta su plena participación en el sistema con los mismos privilegios y obligaciones. Cuando esto sucede, ocurre que las mayordomías se suelen organizar por sexo y las mujeres se agrupan alrededor de las vírgenes y los hombres, de los santos.

En la medida en que un individuo va adquiriendo edad, recibe mayores responsabilidades comunales. Existe la posibilidad de que alguien sirva sólo en los cargos menores de la escala y no llegue a completar el recorrido. El número mismo de cargos varía significativamente de comunidad a comunidad, dependiendo ello de varios factores que van desde la plena vigencia del sistema de cargos hasta las crisis económicas que afectan el desempeño de los mismos. En todos los casos un hombre que ha completado el ciclo de la escala se convierte en "principal" o "pasado".

Dadas las exigencias de los cargos tanto en el ámbito religioso como en el público, quien lo está desempeñando se apoya en la familia. No es, por tanto, equivocado señalar que de hecho los cargos recaen en las familias, mismas que movilizan todos sus recursos humanos y materiales para cumplir lo mejor posible y obtener el beneplácito de la comunidad. Por ejemplo, en el caso de los mayordomos, las mujeres se esmeran por cocinar lo mejor posible y arreglar sus casas, para evitar las críticas de los asistentes a la festividad. En mucho, el éxito que un hombre tenga en el desempeño de su cargo, se debe al esfuerzo familiar.

En el momento de discutir las interpretaciones antropológicas del sistema de cargos, Korsbaek acierta en atribuir al antropólogo norteamericano Sol Tax la paternidad de la interpretación que propone una función niveladora del sistema de cargos. Esta fue la interpretación que se difundió ampliamente en México, tanto en los trabajos escritos de los antropólogos como en las aulas de las escuelas de antropología del país. Según esta opinión, el sistema de cargos impide el surgimiento de las diferenciaciones sociales al interior de la comunidad, nivelando a todos sus miembros y otorgando prestigio al modo legitimado de ejercer el poder y la autoridad. Prácticamente todos los antropólogos mesoamericanistas sostuvieron esta interpretación hasta la publicación de la obra de Frank Cancian, otro antropólogo norteamericano, que trabajó en Zinacantan, Estado de Chiapas, y de Guillermo Bonfil, quien estudió Cholula, Estado de Puebla.

El trabajo de Cancian "muy minucioso, por cierto" en Zinacantan mostró que en términos de las relaciones internas de la comunidad, el sistema de cargos estratifica socialmente a la población y es un instrumento para pasar por aceptable la diferenciación económica operante de la comunidad. Debe remarcarse que la explicación ampliamente aceptada hasta hoy acerca de los sistemas de cargos, es que se inscriben en una economía de prestigio integradora de la comunidad y funcionan como instrumento para garantizar la continuidad de la cultura y como cerco eficaz para preservar la identidad étnica. Para algunos, estos sistemas son funcionales a la nivelación económica de la comunidad, evitando así la estratificación social. Desde el trabajo de Cancian (1965), también se ha difundido la idea contraria: el sistema de cargos provoca y mantiene la estratificación social, mostrando la inexistencia de la comunidad igualitaria.

En mi opinión las mayordomías muestran actualmente una tendencia a desaparecer o transformarse diversificándose. No es sólo la crisis económica lo que ha provocado esta situación, sino la aparición de fuentes alternativas de prestigio en la comunidad y el avance de la alteridad religiosa a favor de varias iglesias distintas de la católica, además de grupos o sectas y aun iglesias no reconocidas ni como católicas ni como evangélicas. El sistema de cargos o mayordomías, de claros orígenes coloniales y de naturaleza sincrética, se encuentra en un período de rediseño, como de hecho lo están las comunidades indias mesoamericanas, buscando sus mejores opciones de articulación con las sociedades nacionales.

La antología de Korsbaek constituye un valioso instrumento didáctico para discutir las cuestiones apuntadas. Incluye cuatro ensayos

del propio Korsbaek, quien además preparó la bibliografía que cierra el volumen, más trabajos clásicos para seguir el tema sistemáticamente como el ensayo pionero de Sol Tax al que acompañan firmas antropológicas de reconocido prestigio como F. Cámara, M. Nash, E. Wolf, I. Buchler y M. McKinlay y B. De Walt. En total, diez ensayos más la espléndida introducción de Andrés Medina.

Debido al valor del volumen me parecen pertinentes las siguientes observaciones:

1. El nombre correcto del Presidente de Guatemala durante el período democrático previo al golpe de Estado que encabezó el coronel Castillo Armas en ese país centroamericano es Juan José Arévalo y no Arreola, como aparece en la página 40.
2. Existen párrafos que no se entienden. Por ejemplo: "...pero en toda su producción científica Eric Wolf ha insistido en relacionar conscientemente el nivel miope ('micro'), que es la especialidad y la fuerza de la antropología..." (p. 41).
3. En la página 159 aparece cambiado el nombre de una revista que es decana de las publicaciones de las universidades estatales en México: *La Palabra y el Hombre*, editada por la Universidad Veracruzana que en el texto se enuncia como "*El hombre y la Palabra*".
4. En la nota 24 de la página 65, se confunde el apellido Harry Tshopick por Taschopick.
5. En el índice, ya que se trata de una antología, conviene escribir el nombre de los autores de cada ensayo. Por ejemplo, el artículo inmediatamente después del prólogo no tiene firma en ningún lado. Supongo, por el estilo y las ideas, que es del propio Korsbaek.
6. En la bibliografía, que según Korsbaek es exhaustiva, faltan trabajos que han aportado ideas básicas para la discusión del sistema de cargos. Enuncio los más sobresalientes:
 - Bonfil Batalla, Guillermo, *Cholula: la ciudad sagrada en la era industrial*. UNAM, México 1973.
 - Covarrubias, Miguel, *El Sur de México*. INI, México 1980.
 - Fábregas Puig, Andrés, "Notas sobre las mayordomías zoques de Tuxtla Gutiérrez". En: *Revista ICACH*, 1970-1971, n. 2-3: 1-12 (*Segunda Época*).
 - Foster, George M., *Cultura y conquista: la herencia española en América*. UV, Xalapa 1985.

- Kuroda, Etsuko, *Bajo el Zempoaltépetl: la sociedad mixe de las tierras altas y sus rituales*. CIESAS-IOC, México 1993 [1984].
- Millán, Saúl, *La ceremonia perpetua*. INI, México 1993.
- Thomas, Norman, "Mayordomía: Continuity and Change". En: *Kroeber Anthropological Society*, 1962, n. 27.

En general, es necesaria una revisión de las fichas para corregir errores en apellidos, nombres, etc., tanto de las referencias que aparecen en las notas como en las del final del volumen.

Existen en el libro abundantes erratas de edición "que no son responsabilidad de Korsbaek" y es justo que, para una segunda edición, el texto sea sujeto a una corrección de estilo profesional, como sucede en todos los casos en que se da a la imprenta un texto para publicación, para evitar una sintaxis errática y palabras inexistentes en castellano como egalitario que debe ser igualitario.

Andrés Fábregas Puig
El Colegio de Jalisco

MATOS MOCTEZUMA, EDUARDO, COORD., *Museo del Templo Mayor: 10 años*. INAH, México 1997, 157 p., ISBN 970-18-0671-9.

El Museo del Templo Mayor, dependiente del Instituto Nacional de Antropología e Historia, cumplió en 1997 diez años de existencia. Por esa razón, se editó un libro conmemorativo que comprende el trabajo realizado por las diversas áreas que lo conforman. La estructura organizacional, la labor de investigación, los proyectos académicos, la difusión, la conservación, el acervo cultural con que cuenta, la museografía y la curaduría, las exposiciones, así como la atención a visitantes, sus sistemas de seguridad y custodia, su estructura administrativa y de servicios de mantenimiento, son temas abordados por cada uno de los titulares de esas áreas encabezados por Eduardo Matos Moctezuma, director desde 1987.

El museo tiene un acervo de más de 1,843 lotes que comprenden cerca de 7 mil piezas arqueológicas en piedra verde, roca volcánica, alabastro, obsidiana, cristal de roca, arcilla, concha, hueso, resinas, madera, cobre y oro; cuenta con un gran muestrario de porcelanas chinas, cristales, hueso y metales de origen colonial, todo rescatado en un área de excavación de 12,900 metros cuadrados. Igualmente, tiene bajo su resguardo diversas piezas arqueológicas rescatadas en las excavaciones del metro, en los trabajos del Programa de Arqueología Urbana y en los trabajos realizados en la zona chinampera de Xochimilco. Todo este acervo ha tenido que pasar por un proceso de conservación y restauración, a cargo de especialistas en la materia que laboran en el Departamento de Restauración del propio Museo y quienes mantienen en constante vigilancia todos los materiales arqueológicos.

Con este impresionante acervo, durante los últimos diez años se organizaron más de 50 exposiciones de Pieza del Mes, más de 12 exposiciones temporales, 25 exposiciones nacionales y 18 participaciones internacionales. Además, el museo mantiene itinerante una importante muestra que recorre varias ciudades de la República.

El Museo del Templo Mayor fue construido por el Arq. Pedro Ramírez Vázquez, y Miguel Ángel Fernández tuvo bajo su cargo el trabajo de museografía, utilizando básicamente vidrio y piedra volcánica. El museo está dividido en dos alas dedicadas a las principales deidades

adoradas en el Templo Mayor, Tláloc y Huitzilopochtli, conforme al guión de Eduardo Matos Moctezuma. La museografía está enriquecida con cédulas, dioramas, maquetas, esquemas, planos, etcétera, que van modificándose conforme las investigaciones avanzan.

En los diez años que tiene de fundado el Museo del Templo Mayor, son más de 6 millones de personas quienes lo han visitado: nacionales, extranjeros, escolares, visitantes especiales y visitantes con discapacidad. 9 mil de ellos —en promedio— son atendidos anualmente por el Departamento de Guías y Servicios Educativos en visitas guiadas diurnas y nocturnas. Este departamento imparte, además, cursos diversos, talleres infantiles de verano y semanas culturales; además ofrece los programas “Templo Mayor te invita” y “Templo Mayor te visita”, así como el especial para discapacitados: “Una nueva opción para tus sentidos”, todo lo cual es apoyado por material didáctico.

Difusión Cultural trabaja con otras instituciones para conjuntar esfuerzos en ciclos de conferencias, exposiciones, música, danza, títeres y organiza diversas actividades como el “Festival de Día de Muertos” y los “Programas Comunitarios” que visitan reclusorios y dan capacitación a los menores infractores. Este departamento apoya al museo en la elaboración de material de difusión como trípticos, carteles, etcétera, y establece la relación con los medios de comunicación impresos y electrónicos.

La Subdirección de Seguridad cuenta con modernos sistemas de detección de intrusos, sistemas de intercomunicación, planta de luz, programas relacionados con incendios, sismos y rutas de evacuación, control de visitantes, y tiene en práctica un comité de protección civil así como diversos programas de capacitación.

Los Servicios Generales del Museo han tomado diversas acciones para la remodelación y ampliación de ciertos espacios con miras a buscar un mejor funcionamiento y mantienen en óptimas condiciones todas las instalaciones y servicios.

Durante los últimos diez años, el Museo ejerció poco menos de 3 millones de pesos de gastos básicos de operación, aproximadamente 2 millones en proyectos específicos y 506 mil pesos como aportación de terceros.

En el Museo del Templo Mayor laboran 102 personas entre administrativos, técnicos y manuales, investigadores, arquitectos-restauradores y mandos medios y superiores, planta laboral que se ha ido modificando conforme a las necesidades.

Por otra parte, la Zona Arqueológica de Tlatelolco es, a partir de 1987, parte de la estructura administrativa y de investigación del

Museo del Templo Mayor. A partir de entonces la labor de restauración, consolidación, exploración e investigación de sus edificios ha sido muy fructífera. Ahora Tlatelolco cuenta con diversos servicios, sistemas de seguridad, visitas guiadas y material de divulgación, todo lo cual da mayor dignidad a ese importante sitio arqueológico.

Por su parte la Asociación de Amigos del Templo Mayor, A.C. colabora económicamente o en especie con diversos programas de investigación científica; promueve servicios al público participando en cursos, publicaciones, exposiciones, talleres y conferencias; fomenta el intercambio cultural con otras instancias y apoya, en términos generales, a todas las áreas del museo. Cuenta con más de 45 instituciones privadas y personas físicas que de una u otra forma han hecho aportaciones económicas al museo.

El Museo del Templo Mayor, a diez años de haberse fundado, presenta este volumen como una memoria de su trabajo¹ y es resultado de un proceso de autoevaluación con la finalidad de que los años subsiguientes puedan ser mejores.

Lourdes Cué
Museo del Templo Mayor-INAH

¹. Coordinación fotográfica: Salvador Guilliem Arroyo; fotografía: Salvador Guilliem, Saturnino Vallejo, Germán Zúñiga y Michel Zabé; diseño: Bertha Mendieta.

MORA VÁZQUEZ, TERESA, *Nduandiki y la sociedad de Allende en México: un caso de migración rural-urbana*. INAH (Serie Antropología), México 1996, 278 p., ISBN 968-29-5235-2.

La obra que nos presenta Teresa Mora, investigadora de la DEAS del INAH, es el resultado de una investigación realizada en torno al papel de la migración rural-urbana definitiva en los procesos de "reproducción-destrucción-transformación" de las comunidades rurales. Si bien el trabajo se centra en el estudio de la migración, el problema de investigación de inmediato nos remite al análisis de las condiciones actuales que hacen posible la reproducción económica, social y cultural de las pequeñas comunidades rurales.

El fenómeno masivo de la migración forma parte de un ciclo de largo plazo que culmina con la integración de las pequeñas comunidades rurales a una economía globalizada. Es un tema que pone a la discusión un conjunto de problemáticas que se vinculan con la conceptualización en torno a la comunidad rural, con los procesos de identidad, con la territorialidad, e incluso, con el carácter mismo del campesinado. Como señalara F. Cancian: "La producción de subsistencia ya no es la principal actividad de la mayoría de las personas a las que se conoce con el nombre de campesinos, de modo que nos enfrentamos a un problema de definición: el término 'campesino' está siendo utilizado para identificar a personas muy diversas que empezaron siendo campesinas ..." (1991: 226), pero que han pasado ya por diversas transformaciones: desde su incorporación a una economía de mercado, hasta la venta de su fuerza de trabajo como una actividad fundamental en su reproducción.

El libro de Teresa Mora nos aproxima a esta discusión, toda vez que la migración es vista por la autora como parte de un proceso que articula, por un lado, la inserción de las comunidades rurales en los procesos de acumulación de capitales y, por otro, como un factor que determina la permanencia e incluso la existencia misma de las comunidades rurales.

Un conjunto de preguntas motivaron la investigación, entre ellas: ¿Por qué, pese a una precaria producción agrícola que obliga a la mayor parte de sus habitantes a cambiar de residencia, estas comunidades aún no han desaparecido? Y, en tales condiciones ¿cómo logran los campesinos reproducirse en sus comunidades? ¿Qué papel desempeña la migración en estos procesos?

El libro consta de ocho capítulos que buscan dar respuesta a lo anterior. Estos se agrupan en dos partes. En la primera, se ofrece un marco teórico e histórico que permite ubicar a la comunidad rural en la formación social mexicana y como un segmento integrante de una economía globalizada e incorporada a una nueva división internacional del trabajo. Tal incorporación tiene su fundamento en las formas que adopta el proceso de valorización del capital en nuestro país y la ubicación de las comunidades como parte la reserva mundial de una fuerza de trabajo que procede básicamente de la superpoblación relativa.

De esta forma, la comunidad rural deja de ser vista como una entidad aislada y con pocos vínculos hacia el exterior. Por el contrario, se ubica integrada plenamente a los procesos de acumulación. Así, las comunidades rurales "...distan mucho de ser comunidades autárquicas o de autosubsistencia presentes en otras etapas de su historia; su existencia actual está en función de su ubicación en la esfera de la circulación, a través de la venta de sus productos y de su fuerza de trabajo" (p. 24).

En esta primera parte del libro, también se abordan aquellos aspectos teóricos e históricos que permiten entender el papel desempeñado por los migrantes rurales en la reproducción comunitaria, tanto en sus lugares de origen como de destino. Esta perspectiva macrosocial se enlaza con un estudio de caso a través del capítulo titulado "La comunidad campesina y la migración", en donde la autora nos presenta los conceptos operativos que guiaron el análisis de un estudio de caso.

La segunda parte del libro aporta un conjunto de datos etnográficos que inician con un breve recorrido por la mixteca oaxaqueña, para referirse a su caracterización geográfica, ecológica, económica, política, demográfica y sociocultural, así como a la dinámica migratoria de la región. Esta información se complementa con un apéndice referido a los aspectos históricos de la mixteca.

Esta segunda parte se sustenta en información de campo adquirida tanto en el lugar de origen como en el de destino de los migrantes. Así, el trabajo presenta una visión de la vida social de los habitantes de Chalcatongo de Hidalgo, Oax., y de la ranchería de Allende, lugar de origen de los migrantes y de Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México, lugar de arribo de los mismos.

Al centrarse en el estudio de Chalcatongo, la autora aborda los aspectos relacionados con la tenencia de la tierra, las condiciones ecológicas y económicas, infraestructura y la importancia de la migración en la reproducción comunitaria. Asimismo, analiza las diversas instituciones sociales comunitarias, las cuales serán uno de los hilos conductores para analizar las relaciones que los migrantes establecen con su comunidad de origen.

Las instituciones son el eje de su análisis y se muestra que es a través de ellas, que la comunidad genera un conjunto de relaciones específicas, expresadas en diferentes aspectos de la cotidianidad social. El trabajo etnográfico muestra la continuidad de la vida comunitaria más allá de sus fronteras territoriales, toda vez que los migrantes mixtecos mantienen un conjunto de relaciones institucionalizadas de intercambio de bienes materiales y simbólicos con los miembros de la comunidad de origen. Las instituciones comunitarias tales como la familia, las fiestas patronales, la gueza, el tequio, los sistemas de autoridad, la organización del trabajo colectivo y las comisiones vecinales, son las que permiten la reproducción comunitaria.

Entre las diversas instituciones analizadas está la familia, concebida como un espacio de socialización por medio de la cual se transmite la cultura y la lengua. Con la migración las relaciones de parentesco tienden a producir ciertos cambios, como es el caso del matrimonio, donde la endogamia tiende a debilitarse al abrirse paso ante nuevas relaciones sociales. Pero además, el grupo familiar tiene a su cargo la reproducción de la fuerza de trabajo, tarea que con la migración tiende a transformar los medios de vida y las tareas asignadas a cada uno de sus miembros.

Los contingentes que llegan a la ciudad reproducen las pautas comunales y les otorgan nuevos significados. Pero también contribuyen a la transformación comunitaria, como se muestra en el interés que la comunidad tiene en otra institución: la escuela. Ésta es altamente valorada por migrantes y no migrantes, pues a través de ella, la comunidad busca capacitar y socializar a las futuras generaciones para que éstas puedan incorporarse al mercado de trabajo en mejores condiciones.

Los migrantes permanentes participan y contribuyen al ciclo ceremonial de su lugar de origen; aportan recursos que le permiten a la ranchería de Allende introducir nuevas tecnologías y bienes materiales, que a su vez son símbolos de progreso. Estos elementos posibilitan a la ranchería reproducir sus procesos de identidad y diferenciarse del centro de Chalcatongo, donde se asienta el poder político local.

Así como los migrantes aportan recursos para la realización de obras de uso colectivo, también participan de las decisiones políticas que afectan a su comunidad.

Por otra parte, los migrantes tienden a crear nuevas instituciones comunitarias. Una de ellas —y tal vez la más importante— son las asociaciones de residentes integradas con el propósito explícito de apoyar el desarrollo de su comunidad de origen. Pero ¿cómo se da este proceso?

La autora acuña el concepto de "sujeto comunal" (p. 71-72) para referirse a aquellos migrantes que radican fuera de su localidad de origen, pero que a la vez forman parte de la comunidad. ¿Quién es el sujeto comunal? Mora señala que los sujetos comunales son aquellos emigrantes susceptibles de ser interpelados por un discurso de unidad, al que responden con acciones que contribuyen a la "reproducción-destrucción-transformación" de su comunidad, proporcionándole algunos recursos para mejorar las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo. Por otra parte, indica que los emisores de los diferentes discursos interpelativos son los dirigentes de cada institución; los receptores son todos y cada uno de los nativos de la comunidad. La expresión más acabada del papel promotor de los sujetos comunales —señala la autora— se da en el momento en que los migrantes se organizan en asociaciones. Finalmente, el sujeto comunal es parte de una conformación sociocultural, producto de un conjunto de normas que permean cada uno de los papeles desempeñados por los campesinos, sean o no migrantes.

La autora observa también que es innegable que las relaciones sociales ciudadanas influyen en la comunidad rural, reforzando por otro medio la interpelación comunal.

Los migrantes inician su procesos de proletarización y con ello obtienen un salario que les permite colaborar económicamente para el sustento de quienes radican en sus lugares de origen. Concluye la autora que el trabajo migratorio es definitivo para lograr la reproducción del grupo social comunitario. Pero lo más importante de todo, es que el trabajo migratorio es un elemento fundamental con el que cuenta la comunidad para asegurar su reproducción económica, social y cultural, esto es, su existencia como tal.

Si bien la investigación se centra en el estudio de los procesos migratorios rural-urbanos, su contenido rebasa dichos propósitos. La lectura del libro nos abre un conjunto de sugerencias que nos permite profundizar en el conocimiento de la comunidad indígena contemporánea. A través de la migración, la comunidad extiende sus fronteras más allá de sus límites territoriales, ya sea por medio de la incorporación de sus miembros al trabajo estacional en campos de cultivo agrocomercial, ya como migrantes temporales hacia las urbes, cuyos desplazamientos están regidos por el calendario agrícola de su localidad, ya sea a través de la migración permanente.

El estudio viene a enriquecer el campo de conocimiento de la antropología en torno a las comunidades indígenas y se incorpora a la discusión que pone en cuestión la idea de la comunidad mesoamericana

como una unidad corporativa cerrada, descrita por Eric Wolf (1981) hace cuatro décadas.

La comunidad se ha venido transformando en la medida en que sus miembros se han incorporado a los procesos de acumulación de capitales a través de su creciente dependencia de recursos provenientes del exterior, ya sea por medio de la compra de insumos para el trabajo agrícola o de la venta de sus productos, ya sea a través de su incorporación masiva como asalariados para un mercado de trabajo flexible.

Los resultados de la investigación presentan similitudes con otras investigaciones que abordan el tema de la migración a partir de aprehender a la comunidad. En efecto, se observa que la comunidad de origen constituye el referente a partir del cual los migrantes, desde los lugares de atracción y actividades a las que se incorporan, les permite reconstruir sus identidades (Kearny 1996, Sánchez 1995). En ese sentido, el libro presenta un conjunto de elementos sugerentes para profundizar en la investigación sobre la comunidad rural, la migración y los procesos de identidad social y étnica que se reproducen y recrean extra-territorialmente.

Bibliografía citada:

Cancian, Frank

- 1991 "El comportamiento económico en las comunidades campesinas". En: Stuart Plattner, ed., *Antropología económica: 177-234*. México: CNCA/ Alianza Editorial (Col. Los Noventa).

Kearney, Michael

- 1996 "La migración y la formación de regiones autónomas pluriétnicas en Oaxaca (versión preliminar)". *Coloquio sobre derechos indígenas en el marco de la Consulta Nacional a los Pueblos Indígenas (ponencia)*. Oaxaca (mimeo).

Sánchez, Martha Judith

- 1995 *Comunidades sin límites territoriales: estudio sobre la reproducción de la identidad étnica de migrantes zapotecas asentados en el área metropolitana de la ciudad de México*. México: COLMICH (tesis de doctorado en Ciencias Sociales).

Wolf, Eric

- 1981 "Comunidades corporativas cerradas de campesinos en Mesoamérica y Java Central". En: J.R. Llobera, comp., *Antropología económica: estudios etnográficos: 81-100*. Barcelona: Anagrama [original inglés: 1957].

Cristina Oehmichen
Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM

PARÉ, LUISA Y MARTHA JUDITH SÁNCHEZ, COORDS., *El ropaje de la tierra: naturaleza y cultura en cinco zonas rurales*. IIS-UNAM/Plaza y Valdés, México 1996, 471 p., ISBN 968-856-448-6.

De la productiva zona agrícola del Valle del Yaqui al bosque tropical húmedo del sur de Veracruz, pasando por los valles centrales de Oaxaca, la meseta purépecha y los bosques templados del Estado de México y Michoacán que albergan a la mariposa Monarca en su estancia migratoria por nuestro país, el libro coordinado por Luisa Paré y Martha Judith Sánchez (ambas investigadoras del IIS-UNAM) es una invitación a un recorrido de paisajes, experiencias y reflexiones de nueve autores que analizan, a partir de ocho estudios de caso y bajo diversas perspectivas, aquellos elementos que se tejen, entre la trama y la urdimbre, para conformar lo que acertadamente da título a esta obra: *El ropaje de la tierra*.

¿Cómo se ha confeccionado este vestido en cada una de las regiones de estudio? ¿Cuáles son los procesos, ocultos a simple vista, que le otorgan a cada una sus características ambientales específicas? ¿Quiénes han sido los principales actores involucrados en este tejido socioambiental en diferentes momentos de la historia reciente? ¿Cómo, en fin, se entretajan la cultura, la ecología, las condiciones sociales, económicas y políticas en cada caso, y cuyo resultado más visible se expresa en procesos de deterioro, conservación y/o gestión de los recursos naturales? Todas estas, entre otras más, son las preguntas que guían la discusión en los ocho trabajos que reúne este libro, convirtiéndolo así en un espacio de reflexión crítica, a la vez que propositiva, sobre la problemática ambiental que aqueja a las zonas rurales.

Si bien los estudios de caso son la materia prima de los distintos trabajos reunidos en esta obra, su aporte principal, a más de documentar rigurosamente los hechos, consiste en presentar al lector un conjunto de propuestas teórico-metodológicas desde las ciencias sociales, para analizar una intrincada red de relaciones que hacen del medio ambiente una construcción social, un paisaje humanizado, "... algo que se construye a partir de relaciones sociales e intervenciones políticas según los intereses de diferentes actores, quienes hacen de él un campo de acción social", según las palabras de Estela Martínez en su trabajo sobre la Reserva de la Mariposa Monarca (p. 415).

Esta idea es, sin lugar a dudas, el eje central que recorre el libro a lo largo de los ocho trabajos que aquí se nos presentan. Bajo este ángulo, el deterioro, la conservación y la gestión de los recursos, según sea el caso, dejan de aparecer a nuestros ojos como meras relaciones lineales de causa-efecto, para presentárenos como el resultado de diversos procesos que a su vez son producto de la interacción entre lo nuevo y lo viejo, lo propio y lo ajeno, lo objetivo y lo simbólico, en las diferentes esferas que conforman la realidad social y biofísica en las cinco regiones de estudio.

Dividido en tres secciones, los trabajos se agrupan en torno a lo que se podría considerar como los grandes tópicos de las ciencias sociales: la cultura, la producción y reproducción social y la política, lo que en última instancia nos remite a la relación sociedad-medio ambiente desde una perspectiva amplia; esto, a mi juicio, constituye uno de los grandes aportes del libro en su conjunto.

Ciertamente el estudio de la relación sociedad-naturaleza no es un tema nuevo en la investigación social; la tradición antropológica, al menos, cuenta en este campo con un valioso acervo de investigaciones y reflexiones teórico-metodológicas que han ido acompañando al desarrollo mismo de la disciplina desde el siglo pasado; sin embargo, la magnitud de la crisis ambiental de la que hoy somos testigos, demanda con urgencia nuevos enfoques que permitan, por un lado, hacer inteligible el fenómeno y, por otro, encontrar ciertas vías de solución acordes a las condiciones específicas que se presentan en cada caso. A este doble reto, científico y sociopolítico, es al que hoy se enfrentan los estudios socioambientales, y es precisamente en esta corriente donde se inscribe el libro que aquí reseñamos.

Leído en su conjunto, el libro nos remite a cuatro grandes temas en la discusión de la problemática socioambiental actual, a saber: 1) el deterioro de los recursos naturales; 2) el uso y control interno sobre éstos; 3) las políticas de conservación y desarrollo; y finalmente 4) la participación social en el manejo y conservación. Cabe destacar aquí, que si bien cada autor retoma alguno o varios de los puntos señalados bajo una perspectiva específica, los enfoques lejos de ser contradictorios resultan complementarios y sugerentes en el análisis de una realidad tan vasta y compleja como la de las regiones rurales que aquí se analizan.

Con respecto al primer tema, el deterioro y la pérdida de los recursos naturales se nos presenta como un aspecto que ya resulta imposible eludir al estudiar las zonas rurales de nuestro país. No es para menos. En tan sólo la mitad de este siglo, tal y como lo reporta Rosa María

Nuño, la Meseta Purépecha en Michoacán ha perdido cerca del treinta por ciento de sus bosques, conservando 170,000 hectáreas, de las cuales 110,000 están dañadas; la Sierra de Santa Marta, en Veracruz, cuyo estudio es abordado en cuatro de los trabajos que conforman este libro, contaba en 1991 con sólo el 45.2% del total de selva que registraba en 1967, según nos lo indica Luisa Paré; Martha Judith Sánchez, por su lado, nos refiere el caso de San Martín Tilcajete y de San Bartolo Coyotepec, ambos pueblos ubicados en los valles centrales de Oaxaca, en donde la desforestación altera de manera importante la producción artesanal, fuente directa de ingresos, al grado que en el primero de estos poblados se ha agotado por completo la materia prima utilizada por los artesanos.

Los trabajos, sin embargo, más allá de constatar los hechos, se cuestionan sobre los factores y procesos a ellos asociados: ¿Cuál ha sido el papel del Estado a través de las políticas de desarrollo agropecuario? ¿Qué relación hay entre el cambio de uso del suelo y las condiciones del mercado de los productos agrícolas? ¿Qué incidencia tiene sobre los recursos la introducción de nuevos modelos productivos? ¿Qué cambios se han operado en la organización social interna de las comunidades, trayendo como consecuencia una modificación en las prácticas de apropiación y manejo de los recursos? ¿Cómo, en fin, se relaciona el deterioro del entorno físico con la pérdida de instancias organizativas comunitarias?

A través de estas últimas interrogantes los estudios abren la discusión al controvertido tema del uso, control y acceso de los recursos, rompiendo de entrada con las posiciones radicales que, o bien conciben a las comunidades campesinas indígenas en perfecta armonía con su entorno, o bien argumentan en contra de la propiedad comunal calificándola de depredatoria en sí misma y plantean, por tanto, la privatización como única vía para la conservación. La posición de los autores en los distintos trabajos no recae en ninguna de las dos vertientes señaladas. Si bien explícitamente se pronuncian a favor de la propiedad social, como un recurso que puede permitir la construcción de alternativas al problema del deterioro y la gestión adecuada del medio ambiente, los artículos no plantean que el tipo de tenencia de la tierra sea la única variable en juego. El acceso, manejo y uso de los recursos naturales en las sociedades rurales están íntimamente relacionados con la organización social de las mismas y, como ésta, también expuestos a modificaciones. Los trabajos del libro que aquí nos ocupa, indagan a través de los diferentes estudios de caso cuáles han sido estas modificaciones, qué fuerzas internas y externas las han provocado, pero también qué elementos tradicionales permanecen como mecanismos

de resistencia que les permiten a las comunidades —como se dice en la introducción al libro— “asirse y luchar contra la depredación y el uso irracional de sus recursos” (p. 7).

Un ejemplo interesante de esto último nos lo proporciona el trabajo de Martha Judith Sánchez, “Utilización de los recursos naturales y estrategias de reproducción: estudio de caso en dos comunidades de los valles de Oaxaca”, en el que compara dos poblados oaxaqueños con características muy similares entre ellos: en ambos los habitantes combinan una serie de actividades económicas como mecanismos de subsistencia y reproducción: actividades agrícolas, trabajo asalariado, confección y venta de artesanías; en ambos también, anota la autora, se aprecia un serio proceso de deterioro ambiental, expresado fundamentalmente en la deforestación de sus áreas arboladas, y que incide directamente sobre la producción artesanal, ya que en uno de ellos, San Martín Tilcajete, dedicado al tallado de figuras de madera, la materia prima está por entero agotada. El otro poblado, San Bartolo Coyotepec, conocido internacionalmente por la fabricación de figuras y enseres de barro negro, resiente asimismo la escasez de leña a causa de la deforestación de sus bosques por la explotación que de ellos han hecho grandes compañías madereras. No obstante las similitudes, al analizar el uso de los recursos en vinculación con las concepciones culturales que los rodean, Martha Judith Sánchez encuentra que la principal diferencia entre ambas comunidades estriba en que mientras en la primera el tallado de madera se introdujo de manera reciente como actividad económica y, por lo mismo, ha sido causa directa de la depredación forestal, en San Bartolo, la producción de cerámica de barro negro proviene de una antigua tradición vinculada a concepciones mágico-religiosas. El barro es un recurso comunitario, no una mercancía; los habitantes de la comunidad pueden disponer de él, pero no venderlo o comprarlo, lo que ha garantizado que no se produzca una sobreexplotación del mismo. La organización comunitaria controla de esta manera el acceso a este recurso, pues finalmente su uso está vinculado con “las formas de vida tradicionales que han garantizado su reproducción” (p. 159).

Los habitantes de San Bartolo han visto extinguirse sus bosques y hoy sienten una nueva amenaza ante una posible expansión de la mancha urbana de la ciudad de Oaxaca; esto ha provocado, según indica la autora, que surja en la comunidad una “conciencia ecológica” que se manifiesta en el deseo de reforestar las tierras comunales que podrían ser invadidas. Ciertamente el deterioro ambiental ha influido en esta percepción de la problemática y la búsqueda de alternativas; sin embargo, como se indica en el texto, a diferencia de lo que ocurre en San

Martín, en San Bartolo el uso de los recursos naturales se asocia de manera directa con formas de organización social, política, religiosa y cultural que, al mantenerse vigentes, propician que la comunidad se movilice y luche por mantener el control interno de sus recursos.

El trabajo arriba reseñado, así como el de Alejandro Figueroa, el lamentablemente fallecido director anterior de la ENAH, "Los yaquis, tradición cultural y ecología", nos remiten así a casos en donde la estructura comunitaria tradicional no ha sido del todo erosionada, propiciando por ello una cierta resistencia de las comunidades hacia la depredación; lo que no significa, sin embargo, como lo marcan los propios autores, que en las comunidades indígenas prevalezca y domine una concepción tradicional integral del uso de los recursos y de su relación con el medio ambiente esto aludiría más bien a una idea romántica en la que la cultura se coloca como el elemento central que mantiene la armonía con el entorno natural. La posición de los diversos trabajos de *El ropaje de la tierra* no persigue corroborar esta tesis.

Alejados de un enfoque que mitifica a las sociedades indígenas, colocándolas como conservadoras de la naturaleza *a priori*, y concibiéndolas por tanto como formaciones puras e inalteradas, distintos trabajos reunidos en *El ropaje de la tierra* se interrogan más bien por las condiciones de cambio y las transformaciones de las instancias organizativas tradicionales; las preguntas giran en torno a los factores externos que inciden sobre las comunidades y su entorno físico, así como también sobre los aspectos internos que favorecen los cambios: realidad socioeconómica de la población, estrategias de sobrevivencia, estructura de las unidades domésticas, tenencia de la tierra, control y acceso a los recursos, grupos de poder local, etcétera.

Según se documenta en diversos artículos de esta obra, existen una serie de fuerzas externas e internas que provocan modificaciones en los patrones culturales de apropiación de los recursos, así como pérdida del control sobre éstos. Así, por ejemplo, Rosa María Nuño (IIS-UNAM) discute a lo largo de su estudio cómo el proyecto modernizador impulsado en México desde los años cuarenta, rompe las estructuras comunitarias que controlaban la explotación del bosque en una comunidad de la meseta purépecha, para sujetar la producción forestal a las modalidades del mercado tanto nacional como internacional, ya fuera a través de la fabricación de durmientes para el ferrocarril, cajas de embalaje para los productos agrícolas o bien para la manufactura de muebles rústicos. Si bien, remarca la autora, todas estas actividades propiciaron en su momento la generación de ingresos a la población, su impacto sobre el medio ambiente fue decisivo ya que condujo tanto al abandono

de la agricultura diversificada como a la sobreexplotación del bosque para extraer materia prima.

Otro ejemplo interesante al respecto es el que nos proporcionan los trabajos de Elena Lazos (IIS-UNAM), "La ganaderización de dos comunidades veracruzanas: condiciones de la difusión de un modelo agrario" y "Dinámica familiar y el inicio de la ganadería en tierras campesinas del sur de Veracruz", escrito éste último en coautoría con Lourdes Godínez. En el primero de estos trabajos la autora concluye diciendo que la apropiación individual de las parcelas, que otrora fueran de acceso común, ha sido uno de los principales motores de la ganaderización (y por tanto, de desforestación) en las comunidades estudiadas. No obstante, esto es sólo el resultado visible de un proceso más amplio en el que confluyeron factores externos tales como la drástica disminución de los precios del maíz, la falta de créditos y mercados agrícolas regionales, el fomento a la ganadería ejidal a través de las instituciones oficiales, así como condiciones internas, entre las que destaca el acaparamiento de tierras por parte de algunos ganaderos locales vinculados a los grupos de poder regional, el debilitamiento de las estructuras políticas tradicionales, la pobreza y falta de alternativas económicas, la escasez de mano de obra necesaria para las labores agrícolas y la imitación de los otros y el deseo de adquirir el estatus que confiere la posesión de ganado. Su análisis, sin embargo, no termina ahí, sino que es profundizado en el siguiente artículo en donde se explora minuciosamente la relación que existe entre la dinámica de las unidades domésticas y el cambio de actividad productiva. En este trabajo las autoras hacen de las unidades domésticas su principal objeto de estudio, definiéndolas como "una red de procesos". Esta manera de conceptualizarlas las lleva a romper con el esquema tradicional que las estudia como instancias pasivas que son transformadas por fuerzas externas, explorando más bien cuáles son las características internas que favorecen los cambios hacia afuera. Indudablemente esta nueva aproximación ofrece al lector una interesante perspectiva de análisis de la intrincada relación sociedad-medio ambiente en donde las lecturas lineales deben ser suprimidas.

Como podrá apreciarse en la lectura del libro, el ropaje de la tierra se ha ido confeccionando de manera específica y diversa en cada región; en su tejido ha involucrado elementos y relaciones distintas y heterogéneas; los recursos físicos y humanos constituyen la trama, mientras que las relaciones sociales, políticas, culturales y económicas aparecen como los hilos de la urdimbre que van tejiendo los procesos de control, acceso, uso, aprovechamiento y sobreexplotación del entorno.

Pero esta visión no sería completa sin considerar en ella lo relativo a la gestión de los recursos y a la conservación de los mismos. En la tercera y última sección de esta obra, los trabajos de Luisa Paré, sobre la Sierra de Santa Marta en Veracruz, y de Estela Martínez Borrego, que aborda el caso de la Reserva de la Mariposa Monarca, atraen la atención del lector hacia estas otras puntadas del brocado en donde la conservación y el desarrollo cruzan sus hilos.

Manteniendo el tono crítico presente a lo largo de todo el libro, los últimos artículos llevan la discusión hacia el tema de la conservación y el manejo de las áreas naturales protegidas, analizando aquí las contradicciones, las limitantes así como las posibilidades de un manejo adecuado de las mismas a través de la participación social.

¿Cómo se ha desarrollado la política de conservación en México? ¿Qué enfoques teóricos la han influido en diferentes momentos de la historia reciente? ¿Bajo qué criterios se crean las áreas naturales protegidas? ¿A qué intereses responde su creación? ¿En qué marco político se inscriben los decretos? La principal crítica que hace la autora está puesta en el hecho de que las áreas naturales protegidas en general, y la de la Mariposa Monarca en particular, se decretan y planifican sin un conocimiento previo de las relaciones sociales y los diversos intereses que imperan en su interior, lo que provoca fuertes contradicciones entre la conservación y el aprovechamiento de los recursos, pues normalmente la población local queda excluida de los programas y proyectos que les incumben directamente.

Las reflexiones de Luisa Paré en su trabajo "Experiencias de gestión municipal y comunitaria de los recursos naturales en el sur de Veracruz", donde analiza el caso de la Reserva Especial de la Biosfera Sierra de Santa Marta, apuntan en la misma dirección.

Tras un análisis de las condiciones sociales y ambientales de la zona en donde se busca explicar el deterioro a partir de la interacción de diferentes procesos que se han gestado u operado en la zona en las últimas décadas, el Proyecto Sierra de Santa Marta, coordinado por la propia autora desde 1990, plantea no sólo un estudio de la problemática, sino la intervención directa en ella buscando "... junto con las personas y grupos de las comunidades, alternativas de manejo de los recursos naturales que logren mejorar las condiciones de vida de la población, propiciando la conservación y el mejoramiento de las bases materiales de desarrollo, es decir, de los recursos naturales" (p. 366).

Su artículo nos remite así a dos experiencias de gestión en la zona en las cuales participó el Proyecto Sierra de Santa Marta junto con la población local. La primera de ellas se refiere a un intento de regular el uso

de los recursos naturales a nivel regional a través del Programa de Desarrollo Integral de los Tuxtlas, en los años de 1991 a 1993, promoviendo un trabajo intermunicipal e interinstitucional en el cual participaban instituciones oficiales de los tres niveles de gobierno, la población y el equipo académico. La segunda nos habla de la planeación y gestión municipal de los recursos naturales a partir de la creación de una Comisión Municipal de Ecología en el municipio nahua de Pajapan.

Retomando los aciertos y los errores de ambas experiencias, la autora nos conduce hacia una reflexión sobre las dificultades para la gestión colectiva del medio ambiente, interrogándose acerca del peso de la tenencia de la tierra o del tipo de propiedad; la relación de las comunidades con el Estado y las responsabilidades de ambos en materia de conservación; el papel del municipio como instancia de toma de decisiones y la autonomía relativa del mismo; finalmente, sobre la gestión de los recursos en el marco de una nueva territorialidad en donde se cruzan las concepciones y prácticas ancestrales de apropiación con los intereses y necesidades de los nuevos colonos.

Si bien la participación social se considera hoy día como un requisito indispensable para la conservación y gestión adecuada de los recursos, objetivarla en la práctica no depende de un acto de voluntarismo o de soluciones técnicas, sino de consideraciones de orden social y político; el trabajo que nos presenta Luisa Paré intenta llamar la atención sobre ello, cerrando de esta forma el conjunto del libro y, paradójicamente, abriendo nuevas perspectivas de reflexión. Esto último parece ser la intención de todos los autores que a lo largo de ocho artículos tejieron en una combinación de técnicas y colores *El ropaje de la tierra*.

María Fernanda Paz Salinas
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-UNAM

RODRÍGUEZ, ROBERTO Y EDUARDO GÜEREÑA, *Plática con Roberto Rodríguez*. El Colegio de Jalisco, Zapopan 1997, 70 p., ISBN 968-6142-97-5.

El inicio de la serie "Testimonio" publicada por El Colegio de Jalisco ha sido sin duda todo un acierto. Particularmente por el hecho de rescatar en sus primeros números a tan diversa humanidad jalisciense: testimonio zapopano, testimonio israelita y su última entrega, testimonio vallartense.

El rescate de los relatos respecto a la vida y el trabajo de los habitantes de un estado en acelerada transformación como lo es Jalisco, bien merece el esfuerzo que emprendan las instituciones que tienen a su cargo el quehacer académico y el cuidado de mantener sistemáticamente la memoria histórica local, preciado crisol de la transformación económica y del cambio social contemporáneos.

Me atrevería a decir incluso que dicha tarea es quizá la mayor de las responsabilidades que las instituciones estatales tienen de cara al gran público, ese "juez" configurado por miles de singulares y anónimos rostros, que no por anónimos son menos críticos del trabajo de historiadores y especialistas en disciplinas sociales que se atreven a mostrarles los resultados de sus pesquisas.

El testimonio vallartense que hoy nos ocupa es un relato biográfico singular: el que nos hace don Eduardo Güereña, actor entusiasta e impulsor apasionado de la actividad pesquera en Bahía de Banderas, cálido y precioso regazo de la hoy pujante ciudad turística de Puerto Vallarta.

A través del testimonio de don Eduardo Güereña se muestra al gran público dos tipos de oficios muy distintos: el que ha descubierto, practicado y repertoriado entre 1930 y 1960 Eduardo Güereña, pionero de la pesca artesanal bien conocido por sus paisanos, y el que despliega su interlocutor, Roberto Rodríguez, un experimentado etnógrafo y antropólogo social.

El testimonio de Güereña es riquísimo en tanto única muestra publicada —hasta el momento— tanto de la geografía de la pesca y de la calidad y cantidad de especies capturadas durante aquéllos años en la amplia región litoral jalisciense, colimota e incluso nayarita, como de los usos de la población local al desplegar dicha actividad, aspectos

muy poco conocidos o escasamente valorados por los propios paisanos no costeños.

La gente se movía con vela y remo, no había nada con motor. Se pescaba con anzuelos y redes, pero sobretodo con redes. Aquí era un pueblo de pescadores. Éstos andaban con su palanganita, vendiendo su pescado, haciendo sonar su canaleta con un cuchillo, para anunciar que venían con pescado. Con el puro golpe al canaleta salía la gente. Vendían el pescado por pieza, no por kilo.

Nosotros seguíamos a los peces por todas partes. Nos movíamos a distintos puntos; por ejemplo, nos íbamos a Chamela y pescábamos por todos esos lugares donde había playas. En un lugar con esteros, que se llama Agua Dulce, y en sus alrededores, había mucho pez y muy gordo, por la abundancia de comida que había allí. En la Punta de Tehuamixtle había tortugas en abundancia; allí también había mucho "pescado" de fondo porque hay muchos arrecifes (p. 39).

El libro de Roberto Rodríguez tiene dos grandes méritos igualmente relevantes, cada uno de naturaleza muy distinta. Uno es el de ser un vehículo eficaz para rescatar conocimientos perdidos por miles de pescadores contemporáneos de la región litoral de referencia respecto al pasado reciente de la actividad pesquera y a las consecuencias —que se revelan hoy en día— de la manera en la que se practicó aquélla actividad. Otro es el de mostrar con detalle los diferentes aspectos de la actividad para hacer comprensible a propios y extraños un hecho fundamental, pero que a menudo se olvida: la actividad pesquera no consiste solamente en capturar especies (captura que exige de los pescadores el pasar por todo un complejo proceso de aprendizaje), sino también en "transformarlas" para su venta, e incluso embarcarlas hacia su destino final, la mesa del consumidor:

Acampábamos en un lugar próximo de donde nos poníamos a pescar. En ese lugar comíamos, procesábamos el producto y descansábamos. Empezábamos a trabajar por la mañana, hasta las dos de la tarde. Luego comíamos, descansábamos un poco y a las cuatro nos daban un arroz con panocha y leche, para regresar a pescar nuevamente. Regresábamos pardeando, oscureciendo. Se prendían quinqués para trabajar en el procesamiento del pescado. Se terminaba de salar a las diez, once de la noche...

Al día siguiente, muy temprano otra vez a trabajar. Los pescadores llegaban con las palanganas de pescado y, sobre una especie de mesa rudimentaria, lo procesaban; lo abrían, en un lugar de la playa donde hubiera

sombra; donde no había, construían una ramada, una palapa. Unos abrían, otros descabezaban y otros sajabán, eran varios. Era un trabajo constante, no paraban... Una vez descabezados y abiertos, los pescados se lavaban y se colocaban en una vara para que se estilaran. Entonces, los que ya habían abierto y sajado el pescado, empezaban a salar. Otros a lavarlo y salarlo, hasta que terminaban. Era un trabajo bastante duro (p. 42).

Después de dos, tres días, se revisaba el producto para ver si había una cortadita sin sal, si era así se le echaba. Ya que el pescado estaba bien revisado se dejaba secar unos ocho días más, para que se secara bien y pudiera embarcarse... En ese entonces [1930-1940: acotación de Graciela Alcalá] el pescado se transportaba en canoas, de los lugares de captura al puerto donde se embarcaba; pues no había caminos... (p. 43).

Al parecer, la actividad se llevaba a cabo sin más interés que el de enriquecer a los empresarios de la pesca, Eduardo Güereña entre ellos. Sin embargo, don Eduardo no era solamente empresario pesquero: también era pescador y es quizá por esta razón, y porque él se identifica más con este oficio que con el de empresario, que entiende mejor la dureza del trabajo y que admira y alaba la calidad de los buenos pescadores y es capaz de reconocerlo:

Mi compadre Cayetano Rodríguez fue el mejor patrón... era un muchacho analfabeta; era indito. Yo logré que aprendiera las letras, los números y con eso fue suficiente para que fuese capitán de barco. ¿En qué te basas tu —le preguntábamos a Cayetano— para navegar en la noche, que no hay luces?... Me guió por las estrellas, respondía. Era un conocimiento a raja tabla.

Cayetano siempre tuvo mucha suerte y el único que fue muy buen patrón. Si para el camarón, como cuando fue a Mazatlán, era el que traía más en su barco. Siempre destacó sobre los demás. Cayetano navegaba por las costas de México, iba a Guaymas, Mazatlán, La Paz, Salina Cruz; conoció bien la costa de Jalisco. Cuando se fue a entregar el barco a Guayaquil, él fue el patrón. Él trazó el rumbo, navegó y entregó el barco... Yo admiraba mucho el conocimiento que tenía Cayetano (pp. 49, 50, 51).

Pero no sólo maravillas de la pesca y de los pescadores nos cuenta don Eduardo. También reconoce, con dolor y tristeza, que la depredación de las especies y el decaimiento de la actividad pesquera son un hecho ya desde fines de la década de 1960. La primera especie que empezó a escasear fue el tiburón; luego los ejemplares grandes de peces de alto valor comercial en las localidades y para la venta al mercado nacional. Para él, la decadencia de la pesca se debió a "la sobreexplotación" de las especies, y ésta al aumento desmesurado de la población.

Por su parte, Roberto Rodríguez nos muestra su oficio al transcribir y ordenar las horas y horas de grabación de sus conversaciones con don Eduardo. Un oficio arropado por el más clásico estilo de la etnografía que, por desgracia, está siendo poco valorada por los propios antropólogos sumidos, muchos de ellos, en la discusión de teorías y en la publicación de "ensayos metodológicos" que poco aportan al conocimiento de los habitantes de este México nuestro, cada día más diverso y complejo.

Sin embargo, por la riqueza del material y por el conocimiento que Roberto Rodríguez tiene de las diferencias que existen entre los pescadores de varias regiones litorales del país, hubiésemos deseado que la pureza del rescate del discurso de su entrevistado hubiese estado respaldado por planos, croquis o mapas que nos acercaran al escenario del relato de una manera más "objetiva", así como por figuras—hechas incluso de manera muy artesanal— de las artes de pesca y de los distintos tipos de embarcaciones que don Eduardo y Roberto conocen tan bien.

Para terminar, permítaseme felicitar tanto al entrevistado como al entrevistador y al Colegio de Jalisco por la entrega de este testimonio vallartense que estaba haciendo mucha falta para "completar", diversificando, ampliando, la estrecha visión de Jalisco como un estado "de tierra adentro".

Graciela Alcalá
Centro de Demografía y Desarrollo Urbano-COLMEX

RUZ, MARIO HUMBERTO, *Gestos cotidianos: acercamientos etnológicos a los mayas de la época colonial*. Gobierno del Estado de Campeche-Universidad Autónoma del Carmen-Instituto Campechano-Instituto de Cultura de Campeche, Campeche 1997, 261 p., ISBN 968-7364-14-9.

Gestos cotidianos debe su existencia a la generosa colaboración de cuatro instituciones: la Universidad Autónoma de Campeche, la Universidad Autónoma del Carmen, el Instituto Campechano y el Instituto de Cultura de Campeche.¹ Felicito en verdad a sus directivos por este esfuerzo conjunto. Es un libro bien y limpiamente editado, aunque extrañé algunas ilustraciones. ¡Espero que pronto veamos la segunda edición!

Los siete "ensayos"² que componen el libro, abordan, desde temáticas diversas, "los afares cotidianos de los mayas del pueblo común a lo largo de la época colonial", de ahí su subtítulo "Acercamientos etnológicos a los mayas de la época colonial".

Debo comenzar diciendo que esta clase de acercamientos a lo cotidiano de la vida social, no es ciertamente un género muy socorrido en la historiografía sobre los pueblos indios de nuestro país. La arqueología, quizá por el tipo de evidencias que maneja (restos materiales de casas, viviendas y de obras hidráulicas, cerámica, artefactos y otros muchos objetos empleados en toda clase de actividades: caza, pesca, recolección, agricultura, tejido, molienda, rituales, las artesanías) le han hecho más caso a lo cotidiano.

Por muchos años, estudiosos de la historia de los pueblos originarios, estuvieron fuertemente influidos, sea por las grandes teorías sociales como el evolucionismo y el marxismo, sea por el culturalismo y por una tradición muy cercana al "anticuarismo", esa que en mi tiempo de estudiante se describía como "la etnografía del guarache y el huipil". La tradición culturalista, de fuerte arraigo en México, se ha interesado en conocer las características y rasgos de un huipil pero no en los problemas de las mujeres y la sociedad que producía, usaba y comercializaba esa prenda femenina, o por la importancia de ésta prenda en el universo simbólico de la cultura en que se tejía, o en su significado económico en

¹ El texto es la versión revisada de la presentación del libro realizada el 24 de abril de 1997 en Ciudad del Carmen y el 25 de abril en Campeche.

² Sus títulos son: Los rostros de la resistencia; Bajo el peso de la rabia; Vocabularios indígenas coloniales; De lanzas, flechas, trampas y tambores; Del quetzal a la tafeta; Caracoles, dioses, santos y tambores; Del Xibalbá, las bulas y el etnocidio.

la cadena productiva, o en la evolución social. La corriente culturalista norteamericana se ha preocupado mucho también (y como bien lo señala Ruz) por las "persistencias" y por destacar los rasgos "prehispánicos" presentes en las comunidades contemporáneas, a las que suele concebir como entes fosilizados (p. 19).

Por el contrario, las grandes teorías evolucionistas, incluida la marxista, han hecho poco caso y hasta desdeñado las "cosas menudas" de la vida individual y cotidiana, al considerarlas de poca trascendencia para el análisis de los grandes procesos económicos, políticos y sociales. ¿Qué importancia pueden tener para el análisis de los modos de producción, el conocimiento de, por ejemplo, cómo se nombró a las nuevas plantas y animales traídos por los europeos, o cómo se transformaron las concepciones sobre la muerte de los indios coloniales?

En tiempos recientes, nuevas corrientes teóricas de la antropología y la historia, han vuelto sus ojos a los "gestos cotidianos", como les llama Ruz, a esas pistas que permiten conocer el transcurrir de la vida diaria, las mentalidades y la religiosidad de los individuos y de las colectividades, en el pasado y en la actualidad. Me refiero especialmente a la historia de las mentalidades, a la etnohistoria y a la antropología histórica, que han incidido tanto en un cambio de los objetos de estudio y como en las formas de analizarlos y han producido una renovación de los estudios sociales y culturales.

Es en este marco en donde podemos situar al libro que aquí comentamos. Los espacios que privilegia son los cotidianos y los sujetos que estudia son los mayas del común. Deja a un lado a los grandes señores prehispánicos de las estelas, que tanto fascinan a los epigrafistas y a no pocos ilustres y laureados arqueólogos e historiadores. La época que le interesa tampoco es la del esplendor, sino la colonial, esa que por desdén y prejuicios, ha sido tan poco atendida.

Historiar los titubeos de los mayas en la escritura del castellano, usando el alfabeto de los nuevos señores o las formas en que cazaban pájaros para adornar sus atavíos, son el tipo de problemas que llaman la atención de Mario Ruz. Para él, estas evidencias significaban la posibilidad de "leer en las actitudes [de los mayas] coloniales un código de estrategias inteligentes para perdurar pese a los invasores" (p. 9).

Esta antología nos permite conocer algunos de los resultados de Ruz como etnólogo-etnohistoriador, en el campo del conocimiento de lo que realizaban cotidianamente los pueblos mayas, esbozo apenas del "amplio abanico" que dicho campo ofrece y que por su vastedad, requeriría de varios volúmenes y de muchos autores. En los trabajos aquí comentados se privilegia lo "etnográfico" (entre comillas) de la vida de

los mayas coloniales, sin desdeñar las comparaciones, sean diacrónicas (con lo prehispánico o con lo actual), sean regionales.

Pero su aporte está lejos de alimentar la llamada "visión de los vencidos". En los procesos que analiza ve a los pueblos mayas de la época colonial integrando elementos del pasado con otros de su presente hispánico, para construir un tiempo y un espacio étnicos propios donde hallaron cobijo distintivo: un espacio y un tiempo que no era ya el prehispánico sino uno nuevo. El precio que pagaron por permanecer fue el de adaptarse al cambio, al dramático cambio que supuso la dominación hispana.

En los textos reunidos encontramos reiterada, la negativa del autor a aceptar como válida esa visión culturalista según la cual las etnias mayences actuales son una especie de fósiles prehispánicos y la Colonia un tiempo en que los mayas "hibernaron en espera del conjuro antropológico que vendría a resucitarlos, descubriendo lo inalterado de sus tradiciones" (p. 19).

En una posición que no deja lugar a dudas, el Dr. Ruz reivindica, con justa razón, el papel de los mayas "como sujetos históricos del cambio social" (p. 19), en donde "el indio no es un mero resultado cultural sino un sujeto histórico-político, no sobrevive culturalmente sino vive en la historia, la crea y la recrea a través de su conciencia individual y colectiva; que ...colabora en la reelaboración de su identidad" (p. 19).

Para demostrar sus dichos, el autor "decodifica" (en el sentido de ordena, clasifica, interpreta) un conjunto de informaciones procedentes de fuentes muy diversas, así como investigaciones de otros estudiosos. Trata de mostrar y de demostrar las formas concretas en que se expresó el proyecto histórico de los pueblos mayas durante la era colonial así como el proceso de conquista, al que entiende "como lento, prolongado y continuo proceso de transculturación..." (p. 24).

En los dos primeros ensayos (que ocupan más o menos un tercio de la obra), titulados "Los rostros de la resistencia: los mayas ante el dominio hispano" y "Bajo el peso de la rabia: el dominio hispano", se presenta un cuadro interpretativo del cambio cultural en cuatro ámbitos de la vida maya colonial: la cotidianeidad, la violencia, la religiosidad y la reflexión histórica (propia). En ellos se presenta lo que califico como un importante acercamiento metodológico a la comprensión del cambio social y cultural en la situación colonial.

Veamos cómo los expone:

Lo cotidiano. En la vida cotidiana los mayas desarrollaron mecanismos de resistencia (etnorresistencia) como los siguientes:

- 1) huida de los pueblos y de los nuevos asentamientos hacia las montañas y la selva, como remedio contra el contagio de enfermedades y para eludir el trabajo forzado;
- 2) descuido voluntario de las labores agrícolas con el fin de no producir excedentes para alimentar a los hispanos;
- 3) resistencia a contraer matrimonio según la normal occidental, así como contra la regulación de las actividades sexuales impuesta por la moral cristiana;
- 4) impresión de motivos aborígenes en los nuevos atavíos indígenas;
- 5) resistencia a la imposición del modelo de resistencia patrilocal, al sistema de parentesco consanguíneo, a los patronímicos y a la disolución de la organización comunal.

Otras formas de resistencia fueron caminar o hacer las tareas encomendadas lentamente (lo que hoy llamamos tortuguismo), destruir o hurtar las herramientas de trabajo y otras por el estilo.

La violencia. La conquista del área maya se concluyó hasta 1550, con excepción el señorío *chol-lacandón* y el *itzá*. Si bien hubo pequeños movimientos de rebeldía, no fue sino hasta el último siglo colonial cuando emergieron "movimientos mucho más amplios y estructurados" (p. 40). En éstos, nos dice Ruz, "la reivindicación cultural" fue elemento central aglutinador. En el cuadro de la página 42 enumera aquellos movimientos que dejaron huella documental: 121 desde el siglo XVI (de Guatemala a Yucatán), analizando con detalle cinco de ellos: el de los quichés de Quetzaltenango, 1569; el de *Tekax*, Yucatán, 1610; el de Chiapas, 1712; el de Jacinto *Canek*, Yucatán, 1761, y el de Anastasio *Tzul*, Totonicapan, 1820.

En ellos encuentra una característica común: la reivindicación económica y política, gestada en torno a un complejo religiosos, "que en ocasiones dio origen a la formación de nuevos cultos y que incluso... llegó a cristalizar en la emergencia de verdaderas iglesias autónomas" (p. 51). Otra observación de importancia se refiere a que "muchos de los movimientos surgen durante catástrofes naturales... que, al menguar sus resistencias, exacerbaban en el indio la toma de conciencia de su situación de explotado" (p. 51). La conclusión, no por conocida menos dramática es que: "ninguno de tales movimientos... logró victorias a largo plazo..." (p. 51).

Lo sagrado. En lo religioso hubo numerosas influencias recíprocas entre lo antiguo y lo nuevo, pero el fenómeno no se limitó al sincretismo,

generándose no pocos procesos que Ruz llama de etnorresistencia. Es sabido que la religión indígena “fue tenazmente perseguida en sus manifestaciones más visibles: dioses, adoratorios, ritos y creencias...” y que sus expresiones, antes públicas, pasaron al lenguaje cifrado, la oración clandestina, la creencia subterránea, el rito oculto. Los ritos populares, ante el aniquilamiento y combate a los ritos oficiales, adquirieron nuevo impulso, al lograr su transfiguración: ante el monoteísmo impuesto, “el santoral cristiano vino en ayuda del indígena”; ante el despojo de los espacios sagrados, los mayas privilegiaron el espacio natural, único que aun les quedaba (p. 57). También acudieron las danzas prehispánicas “cristianizadas”, a las cofradías y a otros espacios de manifestación permitidos o al menos tolerados.

La reflexión de la experiencia histórica. Otro de “los frentes en que se gestó y continúa gestando la resistencia de los pueblos mayas”, ha sido el de la reflexión sobre su experiencia histórica. Esta reflexión hizo hincapié “en las consecuencias inmediatas del encuentro”, en “la denotación del presente (ignominioso) o bien en la recreación del pasado” (p. 72).

Así, en los libros del Chilam Balam, la llegada de los europeos la invocan como un cataclismo total (p. 72): “tiempo nefasto en que se buscó borrar para siempre la antigua memoria de las cosas” (Crónica de *Chac Xulub Chen*). Tiempo en que se desmoronaba “un mundo milenario”, pero también nacía “una renovada identidad”, que se resume en este pasaje del *Chilam Balam de Chumayel* (Libro de la Serie de los Katunes): “*Once Ahau* se llama el *Katún* en que se cesaron de nombrarse mayas. Mayas cristianos se nombraron todos” (p. 80).

Ante el cataclismo, los mayas idealizaron un pasado y “buscaron en las nuevas concepciones llegadas de ultramar nuevos asideros para enraizar su temporalidad y asegurar al mismo tiempo su continuidad” (p. 80). Ajustaron también sus registros históricos a la nueva realidad, “modificando las tradiciones ajenas para encontrar cabida en ellas, ... legitimando su propios discurso a través del empleo del discurso del dominador” (p. 81; ver p. 83).

Los mayordomos mayas “proyectaron incluso su futuro por los canales de la nueva visión del mundo, cuya base era la pretendida universalidad del cristianismo” (p. 85). En este nuevo reinado, los extranjeros eran los que habían desviado el recto camino: “De Anticristo es el rostro del Señorío” (dice el *Chilam Balam de Chumayel*, Libro del vaticinio). Pero los mayas confiaban en un futuro reordenamiento: “nadie podrá

evitar que en los días de los grandes soles se deje ir sobre ellos la palabra de los sacerdotes mayas. Es la palabra de Dios" (p.86).

La que considero la segunda parte del libro se refiere a los estudios temáticos, muy vinculados con un tipo de documento muy socorrido por Ruz: los vocabularios coloniales en lenguas indígenas. El primer ensayo se refiere a estos antiguos diccionarios como fuente para hacer nuevas lecturas y otra historia; los otros tres estudios están consagrados a la caza en los vocabularios mayas, al atavío y comercio en Chiapas, las expresiones musicales y los mayas ante la muerte.

En este bloque, como en el anterior, está presente la preocupación del autor, que es casi obsesión, por cerrar la brecha de casi 400 años entre el maya prehispánico y el actual, ese aparente vacío histórico, "espacio en blanco" (p. 91), que lo es por falta de trabajos: "Bastante sabemos sobre quiénes son los chamulas, los zinacantecos o los lacandonnes; casi todo lo ignoramos sobre lo que fueron" (p. 91).

Como bien lo señala Ruz en estos ensayos, hacer esta historia presenta grandes dificultades, en primer lugar porque los textos con los que se cuenta, fueron escritos casi en su totalidad por quienes conquistaron a los mayas. Pero la tarea aunque difícil, no es imposible, si se cuenta con un método adecuado, con fuentes suficientes y con una forma de lectura pertinente (p. 91). La clase de historia que Ruz se propone, es la de lo vivido, "y no tan sólo la historia de lo pensable en la mente de quien la crea".

Nuevamente el sujeto es el maya campesino en su vida cotidiana; el método empleado, el etnológico. Las fuentes: los vocabularios. En su *Copanaguastla en un espejo: un pueblo tzeltal en el Virreinato* (1985), Ruz ya nos mostró con maestría la generosidad de esta fuente cuando se le interroga bien.

Volvemos a encontrar este tipo de acercamiento en el ensayo "Vocabularios indígenas coloniales: otra lectura, otra historia" (1989). Para ilustrarlo a ustedes tomemos una muestra: el algodón y los textiles. Ruz nos advierte que los textos son ricos no tanto en lo que toca a las técnicas de cultivo del algodón, sino en cuanto al trabajo textil, respecto al cual se mencionan casi todos los pasos, los agentes que intervenían y los productos que se obtenían.

Pero la gente de Copanaguastla, además de sembrar y tejer algodón empleaba su tiempo en cazar y pescar. Cazaban venados, aves y jabalí, con redes, lazos, cerbatanas y flechas con punta de pedernal. También usaban silbatos para atraer mamíferos y aves, sustancias pegajosas, luces que encandilan y trampas para capturar volátiles, a algunos de los cuales se procedía a quitar las plumas y dejar en libertad (p. 105).

Para su acercamiento a la caza entre los mayas, Ruz emplea once textos lingüísticos diferentes, que le permiten incluir a grupos de medios contrastantes: cakchiquel, tzeltal, pokomam, pokomchí, choltí, maya yucateco y huasteco.

Nos enteramos así cómo los distintos grupos cazaban los cérvidos, felinos y otros animales y cómo atrapaban las aves.

(Mientras leo el libro, desde mi estudio de Tlalpan, escucho, yo afortunada en medio de la inmensa ciudad, el canto de unos pájaros, pero me estremece no saber cómo se llaman y cómo son). Leo: "Había perdices de varios tipos", "muy perseguidos [eran] pericos, guacamayas y papagayos...", palomas, quetzal..., y cómo cogían a los pájaros quel o chocoyuelos que comen milpas: "Pélanle las alillas y lo atan en un arbolillo o pie de maíz, y ponen liga alrededor, y acuden los demás y se pegan a la liga y allí los cogen" (chakchiqueles).

Y uno se pregunta: ¿y para qué todo esto? Ruz nos contesta:

la revisión nos permite comparar las variaciones en el conocimiento que posibilitaron formas específicas de adaptación al medio en que tales pueblos vivían, además de auxiliarnos en la comprensión de campos semánticos y categorías clasificatorias, tales como las de los taxa localmente empleados para agrupar a los animales (p. 148).

En lo personal, algo que me pareció especialmente fascinante en este trabajo fue el del parentesco que descubre entre ciertos animales, tal como entre el conejo y la liebre (el segundo, hermano menor del primero), y luego cómo estos lazos "se hicieron extensivos a los animales aportados por los europeos": así, jabalí y puerco, venado y borrego, guajolote y gallina, conejo y asno, danta y caballo resultaron emparentados.

De las aves pasamos a las plumas y a los atavíos, que se abordan en el ensayo "Del quetzal a la tafeta: atavío y comercio en la alcaldía mayor de Chiapa". En realidad el comercio es la vía que Ruz toma para llegar al atavío, la envoltura corporal, como hilo conductor de los cambios aparentes, y de cómo el comercio ultramarino "de géneros" y de ideas, incidió en la vestimenta, el gusto y la economía de los habitantes de una pequeña región de América (p. 153).

No puedo abordar los otros artículos, pues ya me extendí mucho. Sólo quiero rematar diciendo que agradezco esta relectura de una obra que nos será muy útil a todos los que nos hemos interesado por los procesos de cambio cultural y social de los pueblos mesoamericanos y por la vida cotidiana y el impacto de la colonización.

Como sucede con los libros interesantes, éste tiene algunos bemoles y áreas poco desarrolladas. Caben las preguntas: ¿En verdad conservaron (conservan) una conciencia histórica como mayas?

¿En verdad, esta visión que se nos presenta, no es una visión de los vencidos? ¿No es acaso más bien una visión de los trasculturados, de los colonizados, de los occidentalizados?

Teresa Rojas Rabiela
CIESAS-D.F.

OTTO P., ERWIN STEPHAN, COORD., *Segundo Seminario Internacional de Investigadores de Xochimilco*, 2 v. Asociación Internacional de Investigadores de Xochimilco, A. C., México 1995 (mimeo).

Agradezco la invitación que me hiciera el Dr. Erwin Stephan Otto para comentar esta publicación,¹ muy justamente dedicada a la memoria del maestro Nicolás Aguilera Herrera, con el que compartimos el interés y la pasión de Xochimilco y su problemática ambiental y cultural.

El Segundo Seminario Internacional de Investigadores de Xochimilco volvió a congregarse, en el mes de noviembre de 1995, a un nutrido y heterogéneo conjunto de estudiosos, ahora convocados por la nueva Asociación Internacional de Investigadores de Xochimilco.

Ante la imposibilidad de comentar los 44 trabajos presentados en las ocho mesas, me centraré en algunos de los que tocan problemas cercanos a mis intereses.

Antes de ocuparme en ellos, cabe mencionar que de los trabajos que la publicación recoge, e independientemente de la temática y disciplina desde la que se examina determinada problemática, pueden agruparse en tres grandes tipos. El primero está conformado por artículos de síntesis que presentan panorámicas muy generales y que no cuentan con el aparato y la formalidad de las referencias de apoyo, quizá porque tuvieron una función didáctica en el curso del seminario. Es el caso de algunas de las conferencias magistrales. El segundo conjunto está constituido por los artículos que presentan resultados de investigaciones en curso (o pasadas pero no dadas a conocer), cumpliendo con los requisitos de seriedad y rigor del caso, léase referencias a las fuentes de información, sean experimentos, pruebas, encuestas, documentos, objetos y otras que le sirven de sustento. Muy a mi pesar debo decir que un tercer grupo de trabajo, no reúne las características mínimas de rigor académico, además de contener serias omisiones y errores. Haría un llamado a los editores y organizadores de estos eventos para que se establezca un mayor nivel de calidad, tanto para participar, como para publicar.

Las contribuciones del primer y segundo bloque permiten vislumbrar los avances que se han logrado en una serie de problemas científicos y prácticos que atañen a la zona. Quiero referirme a cuatro de ellos.

¹ El texto es la versión revisada de una presentación hecha en la Casa Universitaria del Libro, ciudad de México, el 16 de mayo de 1997.

1. Muy importante para la reconstrucción de la historia ambiental del sistema lacustre del sureste de la Cuenca de México son los resultados presentados (v. 1: 12-26) por cuatro investigadores: Margarita Caballero, Socorro Lozano, Beatriz Ortega y Jaime Urrutia del equipo del Laboratorio de Palinología y de Paleomagnetismo de la UNAM, respecto a "los análisis de susceptibilidad magnética, contenido de diatomeas y polen de los sedimentos de un núcleo... extraído en la planicie lacustre de Chalco... [que] permite reconstruir las condiciones pasadas del Lago de Chalco, así como su entorno, durante los últimos 45,000 años". Qué nos dicen estos análisis? Pues varios hechos fascinantes como los siguientes: a) "Los cambios más importantes ocurrieron hace cerca de 23,500 años, cuando el lago pasó de ser un pantano de aguas alcalinas-salinas a ser un lago de aguas dulces, y la vegetación denominada casi exclusivamente por bosques de pino cambió a bosques mixtos de pino-encino y pastizales". b) En otro momento, hacia 10,000, se vuelve "a establecer en Chalco un pantano de aguas alcalinas-salinas, [y] se desarrollan en la zona los bosques de oyamel". c) En un tercer momento, situado hace 5,000 años, Chalco presenta ya las condiciones climáticas modernas, con un estanque de aguas dulces ligeramente alcalinas. "Después de esa fecha se registra una marcada reducción de los bosques... en particular de los bosques de pino, que se asocia al establecimiento de la actividad [humana] en el área."

De mucho interés es la vinculación que los autores establecen entre la ocupación humana de la zona, conocida a través del trabajo de los arqueólogos Niederberger, Lorenzo y Mirambell, sobre todo, aunque este episodio ocupa sólo una pequeña parte del artículo.

2. El capítulo de Ernesto Jáuregui (v. 1: 27-37) sobre *las variaciones climáticas en la Cuenca de México* de 1575 a 1990, es muy sugerente pero breve y somero en extremo. Sin duda valdría la pena recoger muchas otras referencias que las fuentes históricas contienen sobre el tema, y con ello presentar un aporte mayor en este campo, que nadie que yo sepa, ha abordado sistemáticamente. Es una especie de versión en miniatura de lo que sería un trabajo sobre el tema.

3. En esta ocasión, la arqueología está presente en tan sólo dos artículos, el primero debido a María Esther Guzmán y Guillermo Pérez Esparza, del Patronato del Parque Ecológico de Xochimilco (v. 1: 38-46). Se trata de un avance de los resultados de una investigación de tesis, hecha en el sitio Pax 15, situado en el extremo noroeste del ejido de Xochimilco, ahora Laguna de Regulación Ciénaga Grande. El sitio ocupaba 1.5 hectáreas y estaba formado por dos plataformas de habitación.

El objetivo fue la reconstrucción de *una cronología para definir las fases de ocupación del sitio* a través de la clasificación y análisis de materiales culturales, básicamente de cerámica, lítica y obsidiana. Es un trabajo muy cuidado, sistemático, de pequeña escala, pero que sumado a otros de su tipo, está permitiendo conocer estos sitios del área chinampera que desde hace muchos años se habían identificado y que por fortuna se ha podido estudiar antes de ser "borrados" por la expansión urbana y la destrucción definitiva.

La conclusión preliminar que los autores nos presentan es que el sitio fue "habitacional doméstico" y que muestra "por lo menos una ocupación durante el período en que se desarrolló la cerámica característica de la fase Coyatlatelco" (p. 45). Esta fase se ubica entre el 750 y el 950 d. C. y por lo tanto "presenta restos de la ocupación más antigua hasta ahora localizada en la parte norte del antiguo lago de Xochimilco". La exploración de la posible procedencia de la obsidiana es muy interesante. Así nos enteramos que la más abundante es la verde y que procede probablemente de la Sierra de las Navajas en Hidalgo, y la gris y negra de Ozumba, México. Los autores concluyen que el sitio fue ocupado después del período Clásico, luego de un detallado análisis de los materiales.

4. Personalmente, uno de los artículos que más me interesó es el debido a Eduardo Corona M. (del Laboratorio de Paleozoología del INAH), sobre *la fauna doméstica hallada arqueológicamente en un sitio chinampero de Xochimilco* conocido como "El Japón", situado en las cercanías del antiguo canal de Chalco (v. 1: 47-53). Nos enteramos que este sitio fue ocupado durante el período azteca tardío y "al menos los primeros 70 años de la Colonia", según lo propone el arqueólogo Carlos González. También que contiene "evidencias cerámicas y de restos arquitectónicos que fueron pequeñas villas habitacionales" (p. 47).

El trabajo de Corona expone los resultados del análisis de 2013 restos faunísticos, de los cuales se identificaron dos *phyla*, 6 clases, 14 órdenes, 20 familias, 29 géneros y 24 especies. De la fauna doméstica en cautiverio distingue la nativa y la introducida por los europeos: perro, caballo, puerco, borrego y ganado vacuno, además del guajolote y la gallina. Casi el 80% del total de los restos pertenecen a este grupo doméstico, y de éste, 48% es una fauna introducida y 52% nativa. Los animales más abundantes de los nativos son el guajolote y el perro, y de los introducidos, la gallina y la vaca. El otro 20% de los restos de la muestra, eran animales silvestres, principalmente patos, que serían cazados en la temporada invernal.

Los resultados son fascinantes: a) El perro aparece en “una producción superior a la que se documenta”; b) la proporción entre animales domesticados nativos y los introducidos es de casi 1 a 1 (sólo habían pasado unos 70 años desde la Conquista).

Pocas investigaciones como ésta constatan realidades que sólo se conocerán de manera cualitativa a través de las fuentes históricas. Ojalá tuviéramos muchos estudios como éste. Felicito al autor por este iluminador trabajo científico.

Teresa Rojas Rabiela
CIESAS-D.F.

VARIOS AUTORES, *Poder y género*. (*Nueva Antropología*, v. XV, marzo de 1996, n. 49, 188 p.; coordinadora del número: Patricia Ravelo Blancas).

Desde hace más de dos décadas investigadoras académicas, feministas, instituciones gubernamentales y ONGs principalmente, han realizado estudios sobre las condiciones de vida de las mujeres en sus muy diversos ámbitos. Desde diferentes perspectivas, estos trabajos han recorrido líneas alternas de explicación, explorando nuevos paradigmas, construyendo interesantes modelos y diseñando creativas metodologías de investigación para dar cuenta de una realidad heterogénea y compleja.

La diversidad de lo femenino es cada vez mayor conforme las mujeres acceden a mayores niveles de educación, se adentran en nuevos espacios de trabajo y de participación social. En la actualidad nos encontramos frente a nuevos sujetos sociales, por lo que es necesario continuar investigando desde nuevos enfoques que expliquen la realidad. Las diferencias en los estratos sociales, contextos étnicos, geográficos y culturales nos remiten a varios tipos de mujeres, mujeres que ahora se perciben diferentes, se construyen diferentes y educan diferente a las nuevas generaciones.

Las investigaciones sobre las relaciones de género han avanzado indudablemente, casi a la velocidad con la que se van presentando los fenómenos; sin embargo, aún existen lagunas en el plano teórico que dificultan entender ciertas prácticas culturales y percepciones personales surgidas como respuestas a las condiciones de vida de algunos sectores de mujeres. Tal es el caso del poder como categoría teórica. El encasillamiento en el que se ubicó la condición de subordinación femenina, inhibió la posibilidad de investigar los espacios de poder que a lo largo de la historia las mujeres han tenido en diferentes sociedades. Ciertamente este poder carecía de valor por encontrarse fuera de las relaciones de producción, de los espacios públicos y vinculado a lo familiar y doméstico, de ahí su exclusión del análisis social. Pero en la actualidad, hay mujeres que se encuentran en nuevos espacios laborales en posiciones de poder, con una gran capacidad de liderazgo, de toma de decisiones y de mando, o al menos, tales espacios se encuentran en proceso de cambio y construcción.

Los estudios de género tardaron en tomar de frente la cuestión del poder. Por ello la aparición del número monográfico de *Nueva Antropolo-*

gía constituye una aportación importante a la investigación antropológica al considerar el género y el poder como la línea central de análisis. Retomando ocho estudios sobre mujeres en México, las autoras y autores abordan, discuten y proponen retomar la identidad y la vida cotidiana de las mujeres desde la perspectiva del poder. Nos remiten a experiencias concretas que muestran cómo se entretajan relaciones entre mujeres, con las instituciones y consigo mismas, mostrándonos puntos comunes de discusión, originalidades y también algunas discrepancias. Son estudios que revelan el interés de la antropología por conocer y explicar la realidad de las mujeres y nos muestran también su interés por contribuir con los estudios de género.

En su conjunto, los artículos rescatan la resignificación de algunos espacios de poder de las mujeres fuera del hogar, muestran cómo existen estrategias femeninas tradicionalmente privadas que se han trasladado a espacios públicos y también se refieren a cómo en los espacios de trabajo y participación social las mujeres construyen estrategias de control. En este número monográfico de *Nueva Antropología* se exponen las vivencias de algunos grupos de mujeres que son protagonistas de cambios importantes en los que se comparten posiciones y relaciones de poder con otras mujeres y con hombres. Este hecho ha traído como consecuencia reelaboraciones culturales sobre sí mismas y frente a los demás, con lo que nos encontramos con nuevos sujetos que reconstruyen cotidianamente su identidad como mujeres, como trabajadoras, como madres y como ciudadanas.

Hoy día muchas mujeres se encuentran en una situación de control no sólo de sus vidas con un proyecto propio, sino que también ejercen un control sobre los demás: como lideresas de asociaciones rurales y urbanas, como jefas de hogar, como empresarias, como directoras de corporaciones comerciales, como dirigentes de instituciones gubernamentales o como representantes de partidos políticos. Muchas de ellas se encuentran en jerarquías de poder, pero de un poder construido desde lo femenino.

El primer trabajo de este número monográfico es "Protagonismo y poder: sindicato de costureras '19 de septiembre'" de Patricia Ravelo Blancas (CIESAS-D.F.). Ravelo analiza la construcción de la identidad colectiva de mujeres sindicalizadas. Observa y expone la organización del trabajo y las acciones entre agremiadas, lideresas y asesoras del sindicato, además de analizar las relaciones existentes con ONGs y otras instituciones vinculadas al sindicato. En su estudio muestra cómo se entretajan las relaciones de poder en las que se configura una nueva identidad como trabajadoras organizadas y como mujeres. Las reflexiones teóricas

de Ravelo nos conducen a repensar los anteriores esquemas de percepción de lo femenino en un espacio de trabajo tradicionalmente de mujeres pero en el que ahora se presentan nuevas estrategias de organización y control construidas por las mismas mujeres en diferentes y desde diferentes espacios de trabajo.

Las ONGs influyeron en cierta medida en la toma de conciencia de las mujeres para transformar su situación. El papel de las lideresas hizo posible la reconfiguración de la organización del trabajo y la dirección de las demandas centrales de las agremiadas en el sindicato. En el camino, la asesoría de militantes feministas y académicas universitarias influyó decisivamente en la dirección del movimiento social al igual que en la conformación de una nueva identidad colectiva. Es interesante ver cómo las relaciones de poder entre mujeres adquieren connotaciones relevantes cuando son producto de los intereses comunes, pero sobre todo cuando existen diferencias que llegan al conflicto. El conflicto se convierte en el motor de nuevas prácticas de poder femenino. Para estas mujeres "el poder, el lenguaje, lo simbólico, las acciones, son el medio de manifestarse y de comunicarse" (p. 27). Ravelo concluye proponiendo cuatro factores que deben tomarse en cuenta para no repetir en el futuro los errores y dificultades a los que se enfrentaron las costureras.

El segundo artículo, "Las demandas de la mujer indígena en Chiapas", es de Rosalva Hernández (CIESAS-Sureste) y Héctor Ortiz (CIESAS-D.F.). Este trabajo nos habla de la función de la legalidad en la legitimación de los sectores hegemónicos en sociedades desiguales. Los autores examinan el papel productivo de la ley en el que se crean nuevos espacios de relaciones sociales y de acción política que a su vez suponen la creación de nuevas identidades colectivas. Proponen que los discursos autonómicos de las organizaciones indígenas y del Ejército Zapatista de Liberación Nacional confrontan el discurso oficial sobre la composición pluricultural de los mexicanos, pero presionándolos a discutir y trabajar por el reconocimiento de su identidad, el control y gobierno de sus territorios.

Respecto a la posición de las mujeres indígenas, Hernández y Ortiz afirman que ellas coinciden en respaldar su derecho colectivo a la diferencia cultural, por lo que no desean perder su lengua materna, su esencia étnica y su forma de pensar y percibirse como grupo y género. Sin embargo, señalan que las reivindicaciones de las mujeres indígenas "no parten de una visión culturista y acrítica de la costumbre y la tradición" (p. 37), con lo que para las mujeres indígenas se observa una asimetría en las relaciones de género y de poder al interior de sus propias comunidades. Las campesinas indígenas han empezado a

reflexionar sobre sus derechos específicos como mujeres y han desarrollado un discurso contestatario con lo que se tendrán que redefinir la tradición y la costumbre para alcanzar el control de sus decisiones respecto a su vida.

Elsa Muñiz (UAM-A) y Adriana Corona (UPN) nos hablan en "Indigenismo y género: violencia doméstica" sobre la violación de los derechos humanos de los grupos étnicos y concretamente sobre las repercusiones de ésta en la vida de las mujeres. Las autoras cuestionan la ausencia de una perspectiva de género en las políticas oficiales; la existencia de tal perspectiva implicaría aceptar que las mujeres indias son capaces de reconocer sus formas de vida y cuestionar su propia cultura. En este trabajo la violencia intrafamiliar es retomada como un ejemplo claro de la falta de interés que las políticas públicas muestran hacia las mujeres indígenas. Señalan atinadamente que el indigenismo no toma en cuenta las denuncias de las indígenas y que en no pocos casos el maltrato a las mujeres es concebido como costumbres y prácticas sociales con lo que la connotación de violencia se diluye. Su situación de pobreza extrema las deja fuera de los espacios autonomía y control necesarios para integrarse de manera menos lastimosa a la sociedad nacional.

Magdalena Villarreal (CIESAS-Occidente) analiza en "Secretos de poder: el Estado y la mujer campesina" las relaciones entre el Estado y las mujeres integradas a unidades agrícolas e industriales para la mujer campesina (UAIMs). Propone el análisis de la interacción cotidiana entre el Estado y las mujeres organizadas en espacios de trabajo colectivo en donde se construyen relaciones de poder a partir de los vicios tradicionales de las políticas dirigidas al campo, del conflicto interno entre socias, las autoridades e instituciones involucradas. Identificando los errores cometidos por el Estado en los que el paternalismo y el machismo han repercutido negativamente al reproducir tradicionales esquemas de subordinación de las mujeres, propone, retomando a Latour, que el poder "debe ser negociado mediante el enrolamiento tanto de personas como de entidades naturales y recursos simbólicos en un proyecto específico" (p. 64).

Reconoce que en la apropiación de una nueva identidad que contemple el poder como parte integrante del trabajo colectivo, la experiencia UAIM ha contribuido como "punto de pasaje obligatorio" (p. 64), a pesar del control que el estado ejerce sobre las campesinas a través de la reglamentación y de la influencia que instituciones y promotores tienen sobre ellas. Señala que el momento de traslación más importante en el ejercicio de poder por parte del estado tal vez sea la movilización y la construcción de redes/actor, las cuales se convierten en redes de

poder en las que se observa una constante lucha entre las mujeres y las instituciones. Para consolidar las UAIMS las mujeres deben llegar a percibirse como empresarias y desligarse de tradicionales prácticas culturales que las atan a lo doméstico y a la comunidad en una posición de desventaja.

Griselda Martínez (UAM-X) y Rafael Montesinos (UAM-I) presentan "Mujeres con poder: nuevas representaciones simbólicas", un artículo que nos habla de la incorporación de mujeres a un espacio de trabajo tradicionalmente masculino. Ellos abordan uno de los temas menos reconocidos por las académicas feministas y estudiosas del género: el poder de la mujer. Retomando el mundo de las ejecutivas, Martínez y Montesinos realizan un sugerente e interesante análisis sobre cómo las mujeres que tuvieron acceso a educación profesional y a nuevos puestos de trabajo, han escalado las jerarquías de poder, con lo que se promueve la conformación de nuevas estructuras simbólicas en las que el trabajo del hombre ya no es el único capaz de centralizar esta relación de control sobre los demás. Socialmente, el único poder con el que han contado las mujeres ha sido el que se ejerce al interior del hogar, espacio privado en el que el control femenino se encuentra devaluado por realizarse fuera de las relaciones del mercado.

Lo más trascendente de este trabajo es su afirmación respecto a la construcción de nuevas identidades, proceso de transformación social en el que se generan cambios en las estructuras de poder. En este punto centran su reflexión teórica. Afirman que "el poder no tiene sexo" (p. 95), ya que este tipo de mujeres han logrado la transformación de la subjetividad femenina y en general la conformación de un imaginario colectivo más acorde con los tiempos modernos, en los que hombres y mujeres están creando una nueva forma de percibirse a sí mismos y mutuamente. Este fenómeno se extiende en la actualidad a otros grupos de mujeres como empresarias, funcionarias, y lideresas estudiantiles, sindicales y populares.

En "Obreras y liderazgo sindical: el poder en una maquiladora", Sergio Sánchez Díaz (CIESAS-D.F.) realiza un análisis sobre la participación sindical de un grupo de obreras y de obreros pertenecientes al nuevo proletariado del norte. Estudia los rasgos que asumió el poder en un sindicato de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) en las maquiladoras de la ciudad de Chihuahua. Plantea de inicio rescatar las formas de "hacer política" (p. 101) de las mujeres, donde la democracia, por principio, parece ser bien recibida. El se pregunta si la participación de las mujeres en los sindicatos sólo se presenta en su papel de víctimas o como mujeres capaces de ejercer formas de poder diferentes a las tradicionales.

Sánchez señala la importancia del liderazgo femenino y la función protagónica de una mujer. Esta lideresa logró consolidar una posición de poder gracias a su carisma y fuerte personalidad. Con una gran fortaleza inició una lucha sindical de amplia protección a las mujeres, pero para ello recurrió a la formación de clientelas para lograr el control del sindicato. Los beneficios sindicales cubrían sólo a sus seguidores, entre los que se encontraban hombres. Este control de las reglas del juego la llevaron a corrupciones, manipulaciones y otras viejas formas de liderazgo conocidas por el *alter* género desde los inicios de las luchas sindicales. Con esto, el autor concluye que la democracia tampoco es del dominio femenino y que más bien las lideresas sindicales "pueden reproducir la cultura autoritaria del sindicalismo oficial de nuestro país..." (p. 115).

El siguiente trabajo es "Negociando espacios domésticos y sociales: género y poder en la Nicaragua posterior a 1990" de Florence E. Babb (U. de Iowa). En este ensayo se ofrece un panorama general de las condiciones a las que se enfrenta Nicaragua desde hace casi diez años. En este contexto nos habla de los movimientos sociales de resistencia a la política neoliberal a la que el país se ha visto sometido y por los que algunos sectores de la población se muestran decididos a defender la construcción de sus propios espacios. En esta lucha con el nuevo sistema surgen demandas económicas, de derechos humanos y de políticas que contemplen una perspectiva de género.

La autora analiza concretamente los cambios de un grupo de mujeres que trabajan en la pequeña industria y comercio de la ciudad. Ella percibe aquí un desarrollo estimulante para mujeres de clase media y de sectores populares quienes están tomando posesión de un espacio político y cultural. Su apreciación es optimista en la medida en que algunas minorías están forjando identidades colectivas y movilizándose por un cambio. Las mujeres madres también se integraron a la lucha por espacios de participación social, con lo que la población femenina llegó a integrarse más activamente en organizaciones de diferentes sectores. Para Florence Babb, nuevos espacios están aún por abrirse en Nicaragua.

Para concluir con las investigaciones cuyos resultados se ofrecen en este número monográfico de la revista *Nueva Antropología*, nos referiremos al trabajo presentado por Vania Salles (COLMEX), "Hogares de frontera". El hogar, la urbe fronteriza y las relaciones de parentesco, son las bases que Salles retoma para tejer un análisis sobre la vida de los "hogares populares" (p. 134) de la ciudad de Matamoros. Su preocupación nace al considerar la situación de desigualdad en las que viven muchos sectores de las ciudades fronterizas en las que las industrias

maquiladoras crecen a tal velocidad que los proyectos urbanistas no alcanzan a cubrir las necesidades más elementales de las familias de escasos recursos.

Frente a este desarrollo caótico de la ciudad de Matamoros, Salles encuentra que el impacto sobre la calidad de vida de las familias de los sectores populares se deteriora a tal grado que se presentan cambios culturales de gran importancia en la organización de las familias en las que se observan principalmente nuevos comportamientos en los roles femeninos y masculinos. Tal es el caso de las familias binacionales, las "familias nucleares aisladas"—sin familia de origen que las apoye— (p. 140) y las familias monoparentales cuyo jefe es generalmente una mujer. La autora observa las modalidades de la convivencia intergénero y generacional, en las que se identifican reglas asimétricas y simétricas. Analiza los patrones de residencia y los comportamientos generados a partir de estas nuevas formas de organización familiar.

En la sección de "Documentos" de este número 49 de *Nueva Antropología* encontramos "Remembranza de Gonzalo Aguirre Beltrán", un homenaje de Virginia Molina Ludy a la trayectoria de don Gonzalo dentro del indigenismo en México y en la antropología académica mexicana. Erwin Stephan-Otto escribe "*Nueva Antropología: su origen*" en donde reconoce el esfuerzo de grandes profesionales de la antropología para alcanzar lo que ahora tenemos en nuestras manos.

Por último, este número monográfico sobre *Poder y Género* nos presenta reseñas de libros. En "Perpetuando las diferencias", Emanuel Orozco Núñez describe el contenido de *A Passion for Difference: Essays in Anthropology and Gender*, de Henrietta Moore. Sergio Sánchez Díaz nos habla en "Mujeres al final del milenio" del libro compilado por Anna Ma. Fernández Poncela, *Participación política: las mujeres en México al final del milenio* (PIEM/COLMEX, México 1995). Y Anna M. Fernández Poncela reseña en "Mujeres, trabajo y familia en México" el libro de Brígida García y Orlandina de Oliveira, *Trabajo femenino y vida familiar en México* (COLMEX, México 1994).

Gina Villagómez
Unidad de Ciencias Sociales-UADY

VARIOS AUTORES, *20 años: una visión retrospectiva.* (*Nueva Antropología*, v. XV, febrero de 1997, n. 51, 162 p.; coordinador del número: Héctor Tejera).

Introducción

Agradezco la invitación que se me ha hecho para comentar el número 51 de nuestra revista *Nueva Antropología* y agradezco asimismo a los editores y autores por la publicación de este espléndido número.

Menudo susto me llevé al creer erróneamente que estábamos celebrando otro quinquenio de la revista, aunque recordaba, por otra parte, que no hacía mucho tiempo que nos habíamos reunido en la ENAH para festejar otro aniversario. Ya exclamaba ¡cómo se pasa la vida tan callando! cuando caí en la cuenta de que se trataba de una publicación sobre los veinte años de la revista que hace dos años celebró su vigésimo aniversario.

El propósito de este número fue, como se explicita en el editorial, preguntarse y responderse sobre ¿Qué ha pasado en la antropología mexicana en los últimos veinte años? ¿Qué problemas han tenido mayor presencia en la discusión antropológica de nuestro país? ¿Cuáles han sido los avances en algunos de esos problemas? A partir de estas preguntas surgió la idea de organizar el seminario “Veinte años de antropología en México”, con el propósito de realizar un recuento de algunas líneas de investigación antropológica y un balance del papel que ha jugado *Nueva Antropología* en esas discusiones.

Trataré, por mi parte, de comentar los trabajos presentados haciendo una lectura de cómo los autores dan cuenta de lo que sucedía en la antropología mexicana a través de *Nueva Antropología*. Comentaré 8 de los 9 trabajos, pues el último, de Jacinta Palerm, se sale de la temática central del número 51.

Los trabajos

1. *Esteban Krotz*: “La antropología mexicana actual y futura: tres puntos críticos”. Su artículo, por demás interesante, no toca directamente el tema, aunque se puede rastrear algo en el primer punto, “La organización social de la Antropología Mexicana”: 1. Oposición académicos-

no académicos; 2. El tipo de eventos académicos; 3. Evaluación de la actividad académica impuesta desde fuera; 4. ¿Una comunidad antropológica? Estos problemas, sin embargo, no aparecen en *Nueva Antropología* sino para el mismo Esteban Krotz en los números 43 y 48.

2. *Jorge Alonso*: "La antropología política y las elecciones en México". En su artículo reseña 14 artículos aparecidos hasta 1995, que se pueden agrupar en los temas de procesos electorales, cultura política, democracia emergente: n. 5: María del Rayo Mesa; n. 25: Silvia Gómez Tagle, Moisés Jaime Bailón, Jesús Tapia; n. 27: Jorge Alonso; n. 31: Silvia Gómez Tagle, Roberto Varela; n. 35: José Antonio Crespo; n. 38: Roberto Gutiérrez, los Adler-Lomnitz, Esteban Krotz, Pablo Vargas (omitió extrañamente un artículo de Guillermo de la Peña); n. 41: Jaime González Graf; n. 48: Jorge Alonso.

Parece que la antropología política y especialmente los procesos electorales en México están muy bien representados en la revista. Concluyo con palabras del mismo Jorge Alonso:

Los estudios antropológicos de lo electoral han empujado a tratar de tener una mayor intelección del estado, del poder, de las élites y las masas, de los movimientos sociales, regionales y cívicos; han lanzado el reto de conseguir una teorización acerca de lo público y lo privado, del autoritarismo, de la representación, de la democratización, de la cultura política. (...) No obstante, esta visión de los aportes desde la antropología a las investigaciones electorales quedaría incompleta si no se apuntaran también limitaciones. No pocas veces los estudios antropológicos sobre comicios locales, regionales y aun nacionales se circunscriben a dar sólo cuenta del caso escogido. Abundan los estudios concretos que no van más allá. Resta una ardua labor de síntesis teórica y metodológica, que sólo puede emprender un equipo de alto nivel académico. Mientras esto no se realice, existe el riesgo de que simplemente se haga más de los mismo, y de que no se trascienda lo ya logrado (pp. 41-42).

3. *Alicia Castellanos*: "La cuestión étnica en *Nueva Antropología*". Quizá esta temática sea la más frecuentemente tratada por los autores que han escrito en la revista, pues la autora nos dice en la nota 1 de su artículo:

Durante los veinte años de existencia de la revista se publicaron alrededor de 50 artículos sobre el tema y 15 documentos sobre programas de organizaciones indígenas de América Latina y de organizaciones políticas y religiosas sobre la cuestión étnica, declaraciones de antropólogos en apoyo

a las luchas de los pueblos indios de nuestro continente, además de las reseñas de libros sobre el tema. Las editoriales, en más de una vez y con motivo de eventos y números especiales dedicados a la cuestión étnica, expresaron su punto de vista académico y político (p. 43).

Me parece que se destacan cuatro grandes temas: la controversia teórico-política entre indigenistas, etnicistas y marxistas; la revolución sandinista; la otredad y la identidad étnica; los derechos de los pueblos indios.

Con toda razón Alicia Castellanos afirma, ante las polémicas recientes sobre los pueblos indios, que “los derechos humanos sólo pueden ser ejercidos en forma colectiva” (p. 55) y de que “El ejercicio de ciertos derechos depende de la vigencia de otros” (p. 57). Concluye que

Nueva Antropología, aun con sus limitaciones y omisiones, ha sido un reflejo fiel de los principales avatares en torno a la cuestión étnica, lo que ha significado un esfuerzo cuyo mérito debe reconocerse (p. 58).

4. *Luisa Paré*: “Tendencias en la investigación sobre temas rurales en los últimos 20 años”. En su artículo nos habla de 44 textos que aparecieron en la revista de 1976 a 1986, y de nueve más desde la última fecha hasta 1995. La temática privilegiada de la primera etapa fue la de movimientos campesinos, los trabajos teóricos sobre el campesinado y sobre la familia y las mujeres.

Apunta los cambios en el país que en buena parte explican algunos de los nuevos intereses de investigación de los autores:

En general, la segunda década de los ochenta y la de los noventa se caracterizan por situaciones de transición, no de lo campesino a lo proletario, sino de borramiento de límites entre lo rural y lo urbano, la fragmentación y discontinuidad de los espacios sociales, expresiones políticas más plurales, un mayor protagonismo de las organizaciones de la sociedad civil frente a las de carácter partidista (p. 66).

Encuentra los nuevos intereses:

- Estrategias de sobrevivencia de la familia campesina vistas en su dimensión metodológica o como adaptaciones a los cambios económicos, en particular en los mercados de trabajo.
- Los nuevos mercados de trabajo y la mujer del campo.
- Migración y etnicidad.

- Estudios sobre el campesinado.
- Identidades, organizaciones y movimientos campesinos y políticos.

La autora propone como nuevos retos a *Nueva Antropología* estimular estudios "relacionados con el conocimiento campesino, o sea, la sabiduría desarrollada en un sistema cognitivo de intercambio simbiótico y simbólico con la naturaleza" (p. 68).

5. *Eduardo Nivón*: "La ciudad vista por Nueva Antropología". Registra en su artículo 29 artículos (según mis cuentas se trata de 31) que aparecieron en la revista hasta el número 48: de 294 artículos que se publicaron en total en la revista, un 10% nada despreciable fueron sobre temas urbanos. Siguiendo a Richard Fox, agrupa los estudios en tres rubros: antropología del urbanismo, de la pobreza urbana, de la modernización.

El autor se pregunta cómo encontrar unidad en los estudios y se contesta que: "todos ellos, desde mi punto de vista, dialogan de manera fundamental con el proceso de modernización, pero han fincado, de una manera muy original, una visión fresca y crítica sobre los alcances del mismo" (p. 74).

- Antropología de la urbanización. Los temas estudiados han sido migración, sistemas de mercados y estrategias de adaptación.
- Antropología de la pobreza urbana. El tema fundamental ha sido el de la informalidad al que se le dedicó el número 37.
- Antropología de la ciudad. Destaca que

la gran mayoría de los estudios urbanos toman la ciudad como un contexto. Lugar donde se migra, donde se realizan determinados procesos adaptativos, donde se lucha por servicios, etc. Al carecer de contenido sustantivo, la antropología urbana se enfrentó al vacío de sus planteamientos, a la falta de contenido sobre sus apreciaciones sobre la ida urbana, a la carencia de sentido propia de este espléndido invento cultural que es la ciudad (p. 78).

6. *Eduardo L. Menéndez*: "Antropología médica: espacios propios, campos de nadie". Oportuno el título del artículo, pues desde el primer párrafo el autor constata en la revisión que hace de los últimos diez años de la revista un hecho preocupante:

Me refiero a la ausencia de toda una serie de temáticas referidas al proceso salud/enfermedad/atención, en trabajos realizados dentro de los campos

religioso o político o en los estudios organizados en torno a los géneros o a los derechos de los pueblos indígenas o de cualquier grupo social. Dicha ausencia de referencias contrasta con la significación que la enfermedad o la muerte tienen para problemáticas estudiadas dentro de estos u otros campos y sujetos antropológicos (p. 83).

Espacios propios, campos de nadie. Eduardo reseña tan sólo 9 artículos de *Nueva Antropología*, siete de los cuales por María Eugenia Módena: n. 28: Módena, Ulate y Keijzer, Yarzabal; n. 30: Módena; n. 34: Módena; n. 39: Módena; n. 41: Módena; n. 44: Módena; n. 45: Módena.

7. *Carlos Garma*: "Perspectivas en la investigación de la religión". En el artículo se reseñan 16 trabajos aparecidos en la revista y que se pueden agrupar en tres grandes rubros.

- Religión y política (n. 31: Kirk; n. 35: Tejera; n. 37: Higgins; n. 38: De la Peña; n. 45: Pastor, Fortuny).
- Religión, identidad y cultura (n. 43: Boege; n. 44: Castaingts; n. 45: Hernández Castillo, Garma).
- Clérigos, líderes y los investigadores científicos (n. 1: Guerrero; n. 9: Bernabé y otros; n. 41: Machuca; n. 45: Ortoll).

El autor señala lagunas en la revista:

Lo más notable es la ausencia de investigaciones sobre los rituales de la religiosidad popular que está tan ampliamente difundida en México. Éstos serían las fiestas, procesiones, peregrinaciones, sistemas de mayordomías, creencias en milagros y sanciones, etc.

Un campo que sería importante incluir en el futuro sería el análisis de los materiales que los grupos religiosos producen para sus miembros y además con propósitos proselitistas (p. 114).

8. *Elsa Muñiz*: "De la cuestión femenina al género: un recorrido antropológico". El artículo da cuenta de tres números de la revista que abordaron el problema de las mujeres. Curiosamente parece que se escribe sobre estos temas cada 10 años: 1977, 1986, 1996:

- n. 8: Escamilla y Vigorito, De Gortari y del Val, Viezzer. La atención es puesta en las mujeres y el trabajo.
- n. 30: Arizpe, De Barbieri y de Oliveira, Goldsmith, Harris, Lamas, Radkau (a quien cita por el nombre de pila [Verena] en

vez del apellido), Rapold, Rubin, Sánchez Bringas, Spindel. Un número de suma importancia por el esfuerzo de construcción teórica.

- n. 49: Babb, Corona, Hernández Castillo y Ortiz Elizondo, Martínez y Montesinos, Ravelo, Salles, Sánchez Díaz, Villarreal. El tema del número fue "poder y género".

Tenemos así que se han publicado 21 artículos en la revista: pareciera que *Nueva Antropología* está bien representada en esta temática.

Conclusión

Me parece que los autores hicieron un buen ejercicio para rastrear la respuesta a la pregunta inicial sobre hasta dónde se podía uno dar cuenta de lo que sucedía en la antropología mexicana con la lectura de *Nueva Antropología*.

Me parece que el resultado fue positivo. Felicitaciones a *Nueva Antropología* y a los autores de las reseñas.

Termino esta reseña con dos notas finales. La primera sería sugerir la pertinencia de rastrear la historia de la antropología mexicana en el contexto de la antropología mundial. ¿No sería atractivo para una buena tesis de licenciatura o de posgrado el investigar qué hemos estado leyendo los antropólogos mexicanos durante estos últimos veinte años?

Con la segunda quisiera plantear el problema de hasta dónde es posible darle mayor direccionalidad a la revista cuando se trata de una asociación voluntaria...

Roberto Varela
Departamento de Antropología-UAMI

VÁZQUEZ OLVERA, CARLOS, *El Museo Nacional de Historia en voz de sus directores* (Presentación de Teresa Franco). INAH/Plaza y Valdés, México 1997, 232 p., ISBN 968-856-506-7.

El Museo Nacional de Historia en voz de sus directores, de Carlos Vázquez Olvera, es una mirada a las vivencias y las reflexiones de cinco personas que dedicaron algunos años de su vida a difundir aquello que podríamos llamar la historia patria. Tarea siempre compleja para sus hacedores, al mismo tiempo sus intérpretes, pues; quién puede definir lo nacional sin plasmar su subjetividad y particulares preferencias, quién puede abordar y cumplir el gran reto de escribir la historia total, sin esquivar las visiones fragmentarias o parciales de la realidad, y quién puede cumplir este intrincado compromiso de narrar la historia patria sin sustraerse de las características propias de su tiempo y contexto? De ahí que hablar de memorias objetivas, asépticas, totales, fotográficas, esencialistas y neutrales resulte un absurdo, pues es precisamente esa subjetividad, ese punto de vista personal, esa perspectiva individual y única la que interesa al historiador, artífice de los recursos creativos de la memoria, incapacitada para reproducir fielmente lo ocurrido pero facultada, afortunadamente, para representarlo y enriquecerlo con la imaginación propia de su tiempo. Esto explica que, para realizar su oficio, el historiador transite de lo individual a lo colectivo, de lo personal a lo familiar, de lo privado a lo público.

Seguir entonces las entrevistas de Carlos Vázquez Olvera implica, para su mejor comprensión, no perder de vista el hilo narrativo del que recuerda y el hilo analítico del que pregunta, pues es precisamente a partir de este ir y venir, como se reconstruye la dialéctica individuo-sociedad que constituye la historia. Hecha la advertencia, los actores y sus palabras adquieren sentido dentro de éste, el inmenso relato que supone el Museo Nacional de Historia.

Los profesionales entrevistados, me refiero a Silvio Zavala Vallado (1946-1954), Felipe Lacouturey Fornelli (1977-1982), Miguel Ángel Fernández Villar (1982), Amelia Lara Tamburrino (1983-1990) y Salvador Rueda Smithers (1990-1992), representan un conjunto de individuos con antecedentes familiares, académicos, laborales y generacionales distintos, que conviene tomar en cuenta para entender la orientación que dio, cada uno de ellos, a su administración.

Silvio Zavala Vallado es yucateco, graduado en derecho y especializado en historia, reconocido profesor de El Colegio de México e investigador de fama internacional, autor de importantes y numerosas publicaciones sobre el período colonial de México y América Latina y miembro de la Academia Mexicana de la Historia, así como de diversos e importantes círculos intelectuales de prestigio mundial. Rescatar sus experiencias como director del Museo Nacional de Historia es de suma importancia, pues de esta etapa de su vida profesional nadie se había ocupado.

Salvador Rueda Smithers es un capitalino, hijo de una mexicana descendiente de inmigrantes norteamericanos; por su formación como historiador, Salvador se acerca a Silvio Zavala, pero por edad representa a otra generación y corriente de historiadores más jóvenes, familiarizados con la nueva teoría de la historia; es, además, conocedor de la revolución mexicana, particularmente del zapatismo y practicante de la metodología de la historia oral.

Felipe Lacouture Fornellies veracruzano de ascendencias francesa e italiana, arquitecto, especialista en museología, es decir, en los aspectos teóricos del museo orientados, por un lado, a analizar la relación del museo con el contexto social y su sentido dentro de la sociedad y, por otro, a definir los criterios generales de organización, sistematización y funcionamiento de las diversas áreas y tareas que integran un museo, ya sean las correspondientes a los asuntos administrativos, docentes o a las propias actividades de la conservación, el estudio y la exhibición de las colecciones. Como museógrafo distingue los niveles prácticos que envuelven la materialización y la realización de los postulados teóricos de la museología. En este sentido, se puede decir que se centra en la planeación, la coordinación, el diseño y la elaboración de las exposiciones dentro y para los museos. Asimismo, resulta pertinente recalcar la experiencias de Lacouture en torno a los ecomuseos regionales.

Miguel Ángel Fernández es cubano de ascendencia española, de formación filósofo, arqueólogo y museólogo. Sus trabajos sobre los museos nacionales constituyen, como lo sugiere Salvador Rueda, una fuente de consulta obligada para los interesados en este campo, así como para los que se inician en la dirección de museos sin experiencia previa. Si bien su paso por el Museo Nacional de Historia fue de apenas seis meses de duración, sus experiencias no se perdieron gracias a los libros que escribió, pues para él la transmisión del conocimiento es la piedra fundamental para crear una escuela museográfica mexicana, que por desgracia no existe ni ha existido nunca. El hecho es que los

maestros guardan celosamente sus conocimientos que con tanto trabajo adquirieron, y por ello mismo se niegan a socializarlos.

Por último, Amelia Lara Tamburrino es veracruzana, de antecedentes italianos, de profesión publicista y ahora mujer de negocios. Con capacidades para organizar equipos, establecer relaciones con la iniciativa privada y vender proyectos culturales logró hacer del Museo Nacional de Historia una empresa rentable. Dada la importancia de los museos como grandes centros de difusión y divulgación de la historia y la cultura nacionales, las estrategias promocionales de la licenciada Lara imprimieron un giro moderno al Museo, cambio indispensable para mantenerlo a flote, frente a las embestidas de las políticas culturales más radicales, que restringen el apoyo del Estado neoliberal a los proyectos de alcance social.

Los perfiles tan variados de los exdirectores, así como las diferencias generacionales entre ellos, obligan a descubrir los puntos de unión en un continente tan heterogéneo. No obstante la diversidad esbozada, se puede decir, sin temor a equivocarse, que el propósito común de estos actores, como ellos mismos lo declararon en sus entrevistas, fue el hacer de la historia nacional —concretamente del Museo Nacional de Historia, ubicado en el antiguo Castillo de Chapultepec, antes Colegio Militar— un discurso vivo, cuyos vestigios no fuesen fantasmas del pasado sino estructuras con sentido para el visitante anónimo, nacional o extranjero, que rastrea en el pasado identidades y tradiciones. Si bien nunca ninguno de los entrevistados pretendió imponer unilateralmente una lectura cerrada de ese patrimonio, todos los involucrados se abocaron a la comunicación de la historia. Además, las estrategias discursivas variaron en función de las herramientas personales de cada protagonista, de las políticas del Estado y de los períodos de las gestiones de cada uno de ellos. Aunque los problemas del Museo Nacional de Historia siempre fueron los mismos, las originales estrategias de sus directores para enfocarlos, jerarquizarlos, atenderlos y superarlos, constituyen, desde el punto de vista de la historia oral, el aspecto más interesante del trabajo. Repasar los *modi operandi* de los protagonistas de esta historia, informar al lector sobre la dialéctica individuo-sociedad, así como de las prácticas sociales de un grupo, aspectos, todos ellos, que interesan no sólo a la historia oral, sino a la nueva historia, preocupada por devolver al hombre y a la mujer sus lugares como sujetos de la historia. Ciertamente, revivir el pasado es una operación histórica imposible, pero narrarlo, interpretarlo y ponerlo en valor es la función de la memoria para su uso dentro de la sociedad.

En efecto, los obstáculos descritos por los entrevistados representan los problemas típicos de cualquier museo, pero en el caso concreto del Castillo de Chapultepec se multiplican, sobretodo, cuando el respaldo financiero es mínimo y siempre limitado, a pesar de la importancia de las tareas y los compromisos pendientes; cuando la planta laboral es exigua, poco o nada especializada y sin posibilidades de superación por estructuras sindicales absurdas; cuando la infraestructura de apoyo material es deficiente y anticuada; cuando las políticas culturales son erráticas, por no decir inexistentes; cuando el inmueble es enorme pero con un pequeñísimo gasto de inversión disponible para su mantenimiento, remodelación y prevención contraincendios, independientemente de su importancia como símbolo político, cultural e histórico; cuando el acervo de colecciones cuenta con problemas para ser conservado, acrecentado, inventariado, exhibido, y principalmente para ser respetado como una unidad no desintegrable; cuando la investigación, la comunicación y la difusión se encuentran, por falta de presupuesto, constantemente a la zaga del volumen de las necesidades cotidianas; cuando las normas elementales de la restauración y de la conservación de monumentos frenan la demanda inminente de intervenciones pragmáticas y funcionales en el edificio histórico adaptado para museo y, finalmente, cuando el potencial problema de la falta de seguridad amenaza, como una bomba de tiempo, el destino de las colecciones y los tesoros depositados y exhibidos en el museo. En efecto, el inventario de problemas que representa el museo es largo y complejo, pero el establecimiento de las prioridades y las soluciones retrata a una época, a una sociedad y, lo más importante, insisto, pinta a sus directores a partir de sus vivencias, inquietudes, inclinaciones, preferencias, experiencias personales, formaciones, teorías de la historia y contextos particulares.

Efectivamente, Silvio Zavala reflejó, durante su gestión, al México de los años 40, estable políticamente, con una burguesía nacional en desarrollo y, lo más importante desde el punto de vista de la cultura, con un programa más o menos consciente de esclarecer la naturaleza o ser de nuestra realidad. La meta de este programa sería, según Luis Villoro (1992: 255), la de "construir una cultura original y, a través de ella, acceder a la universalidad".

Leopoldo Zea planteaba entonces la posibilidad y la tarea de elaborar una "filosofía americana" acorde con nuestra circunstancia. Ubicar a México en el concierto de las naciones era la meta, y para ello, Zavala fomentó la visita de extranjeros al museo y promovió el contacto con organismos internacionales. Cabe señalar que el espíritu de apertura,

promovido por Jaime Torres Bodet como Secretario de Educación y, posteriormente, como director de la UNESCO, estimuló el conocimiento por las cosas de México y, a su vez, resultó de gran beneficio para los nacionales que ansiaban aprender de otras experiencias y derivar de ellas posibles enseñanzas para adecuarlas al contexto mexicano. Por supuesto, Zavala no descuidó la educación del mexicano, pues era la época, como él mismo afirmó, de la gran efervescencia cultural que vivía el país, sobretodo con la llegada de los intelectuales españoles que fundaron la Casa de España, conocida después como El Colegio de México. El país había transitado del México bárbaro al México de las instituciones culturales.

En cuanto a la distribución temática del museo, el doctor Zavala aprovechó los dos pisos del edificio para presentar la historia nacional a partir de dos planos distintos. En la planta baja dispuso la cronología de la historia de México, comenzando por la historia colonial, ya que lo prehispánico había quedado en el Museo Nacional de Antropología, para terminar con al revolución mexicana. Este recorrido fundamentalmente didáctico permitiría, por un lado, guiar las circulaciones y rituales simbólicos del visitante dentro de este centro cívico, por cierto uno de los más visitados de América Latina, y, por otro, lo ubicaría en relación con las coordenadas espacio-temporales de la historia nacional. En la planta alta, este director decidió exhibir una historia de la evolución de la cultura en México. En esta sección se mostraron los vestidos, las joyas, las monedas, las pinturas de una época; de tal suerte, explicó Silvio Zavala, "que todo el mundo comprendiera que la historia no es sólo una cronología política, sino que también son manifestaciones de cultura y de vida". Cabe señalar que el director había realizado varias visitas al Louvre en Francia y a otros museos del mundo no sólo para conocer la museografía de éstos, sino también para enterarse de los métodos de conservación, catalogación e intercambio de colecciones.

Pero volviendo a la preocupación de don Silvio Zavala por hacer del museo un espacio vivo, interesante para grupos de distintas generaciones y educación, este director procuró mostrar el patrimonio del museo como las huellas de la cultura material de la sociedad mexicana a lo largo del tiempo. Precisamente por esos años, los museos europeos, alentados por las nuevas teoría del arte, entre otras por las del Ministro de Cultura de Francia, André Malraux, autor del libro *Las voces del silencio* (1978), renovaban sus conceptos museográficos y abandonaban la vieja práctica de exhibir sus colecciones como simples inventarios o muestrarios de tesoros antiguos reunidos como botines de guerra, intercambios, regalos o despojos hechos a las naciones colonizadas. El

descubrimiento de las manifestaciones artísticas consideradas como exóticas y primitivas así como el desarrollo de las artes gráficas despertaron, dentro del público en general, el interés por el patrimonio artístico del mundo y crearon una amplia demanda por información, comentario y crítica. En su libro, Malraux no sólo discutió el impacto de estos grandes cambios, sino que al hablar del "museo sin muros", vislumbró o se anticipó al museo contemporáneo, el que gracias a la nueva tecnología electrónica y audiovisual se halla al alcance de todo el mundo en formato de audiocasetes, videocasetes, cd-roms, enciclopedias de multimedia, internet y mañana, quién sabe.

El caso es que Silvio Zavala trataría de contar la historia nacional con las colecciones del museo, incompletas para los períodos de guerra y abundantes para las épocas de paz y, por supuesto, sin descartar las manifestaciones populares. Los episodios desprovistos de referencia o mal documentados se complementarían con nuevas adquisiciones. Sin embargo, por falta de presupuesto este proyecto no sería posible en todas las ocasiones. Para representarlos, Zavala ideó entonces una estrategia original que él mismo calificó de propia, y que consistió en apoyarse en las posibilidades de la pintura mural; de ahí que el Museo del Castillo cuente con murales de José Clemente Orozco y de Juan O'Gorman. De esta manera, Silvio Zavala se entregaba a narrar, desde adentro y con elementos propios, la historia nacional. Parafraseando a Enrique Florescano (1995: 522), se podría decir que en el México moderno "el pasado del país se repensaba y reescribía, pero ahora bajo la compulsión de crear una memoria histórica fundada en valores reconocidos como propios por la nación independiente".

Felipe Lacouture, arquitecto con un gran sentido estético, reflexiona en su relato sobre el problema de comunicar la historia, de educar y transmitir valores, aun cuando todas las tradiciones están revestidas de mitos y falsedades. El hilo conductor de su testimonio es la queja constante contra las mentiras que han permeado los imaginarios de los usuarios del museo. La gente, dice Lacouture, espera encontrar la recámara de Carlota, los jardines de Porfirio Díaz, sin dudar de estas promesas, cuando en el fondo se sabe que toda tradición es inventada. Pero la verdad es que esos mitos representan esas leyendas que nos hacen vivir o que animan los espacios de ensoñación que alojan las identidades. Cierto es que Felipe Lacouture dirigió el museo a mediados de los años setenta, después del 68, cuando los mitos nacionales se habían resquebrajado y, por eso mismo, los museos ya nada tenían que decir a los visitantes. También es cierto que, en Europa, los grandes paradigmas y relatos se habían perdido, el marxismo, sus leyes y sus

promesas se cuestionaban. Nuevos aires tocaban a la historia y, por ello mismo, Lacouture deseaba representar esos aspectos humanos que contradicen a las versiones oficiales de los poderosos, tan distantes de aquello que para Lacouture significa "la realidad de las cosas". Tal vez se puede decir que este director, en su afán por despertar la curiosidad en el visitante y motivarlo a ampliar sus conocimientos al salir del museo, se inclinaba por un verismo que nada tuviera que ver con esa historia escrita por los vencedores y para los vencedores, siempre plagada de mitos y gestas increíbles.

Como para el arquitecto Lacouture la comunicación era lo más importante, su tarea como museógrafo comenzaba por definir el mensaje que se deseaba transmitir, así como los medios para hacerlo de una manera clara y formalmente atractiva. Lacouture criticaba las ideas mitificadas de la historia porque, a sus ojos, éstas entorpecían la comunicación e impedían la asimilación del mensaje, sobretodo cuando dentro de las funciones del museo se incluía la docencia. Presentar en las salas del museo, sin cuidado y sin una investigación previa, objetos diversos, podía convertirse en un problema, porque los objetos tienen siempre múltiples significados, y el público también es múltiple. El museo se transformaba entonces en una Torre de Babel para el visitante que salía del edificio frustrado, sin haber entendido nada y con los mismos mitos con los que había entrado. Por tal motivo, durante su administración, Lacouture apoyó el trabajo interdisciplinario y, como prueba de ello, trabajó con un equipo de historiadores, encabezados por Sonia Lombardo y dirigidos por Gastón García Cantú. Este grupo se encargó de elaborar guiones históricos para cada sala. De esta manera, explicó Lacouture, se estableció una periodización y una temática común a todos los períodos estudiados, que comprendían desde la Colonia hasta la época posrevolucionaria inmediata. Se partía de la economía hasta llegar a la alta producción cultural, pasando por la industria, el comercio, las artes y la vida intelectual. Concretamente, se hablaba de la explotación del medio y sus recursos, después se trataba la vida material de la sociedad; enseguida el comercio, la industria, la educación, la vida intelectual. La temática, organizada a partir de un criterio histórico estructural, resultó, a juicio de Lacouture, muy clara y didáctica. Al terminar el guión histórico, los museógrafos se abocaron a expresar visualmente los conceptos expuestos por los historiadores. Fue así que los investigadores del museo se responsabilizaron de traducir a objetos el guión histórico, para convertirlo en un guión museográfico. Esta etapa favoreció a las colecciones, pues fomentó su catalogación y conservación. Se puede decir entonces que se hizo una

museografía en serio, porque la verdadera museografía, en opinión de Lacouture, empieza desde la investigación y la documentación y termina con las prácticas del conocimiento y el contacto con el público. La presentación de las colecciones es la base, según este exdirector, porque el museo no es museo si no presenta colecciones u objetos, pero hay unas prácticas anteriores a la presentación, desde la documentación hasta la restauración y la conservación, y una práctica posterior que es la educación, la difusión y la comunicación con el público.

Para el arquitecto Lacouture, el guión museográfico implica un gran reto y principalmente el diseño museográfico. En esta etapa, explica el maestro, la dificultad estriba en transitar del lenguaje escrito al lenguaje visual o museográfico. El artista plástico museógrafo se expresa a través de una colección de objetos: va a jugar con espacios y con luces, colores, texturas y una serie de elementos para dar mayor énfasis y expresión a ciertas cosas, para distinguirlas de otras. Va a hablar, dice Lacouture, "con elementos en el espacio". Se abandona el lenguaje lineal, secuencial, para usar un lenguaje de tipo plástico, de tipo mosaico, donde lo que cuenta, comenta Lacouture, no es leer de izquierda a derecha, sino ver las cosas en el espacio, y unas cosas se pueden ver en un momento dado, antes que otras, a selección. De aquí que lo conceptual y lo estético sean para Lacouture puntos esenciales de una buena museografía. Para el entrevistado, la museografía lineal, descriptiva y didáctica, con un celo de demostración científica, no tiene sentido por rígida; además, no se trata de arrancarle las páginas a un libro y pegarlas en una pared; en su lugar recomienda la museografía escenográfica-esteticista, más flexible y creativa, procedente de Bellas Artes e iniciada por Julio Prieto en 1934, con la instalación del primer museo, de la primera colección de carácter integral dentro del arte mexicano desde el prehispánico hasta el moderno de aquella época.

Otro enfoque interesante para Lacouture son los ecomuseos. Para el especialista, cualquier exhibición de una colección descontextualiza al objeto por el simple hecho de presentarlo en un museo y sacarlo de su contexto original. Uno de los postulados de la nueva museología, dice el entrevistado, consiste, hasta donde sea posible, en dejar a los objetos en su propio contexto; claro, esto no quiere decir no mover las cosas de su sitio. El ecomuseo busca mantener al objeto dentro de su contexto, tratar de reproducir ese ambiente que define la época que lo acompañó. Estos trabajos no soslayan lo cotidiano y lo ordinario, porque de acuerdo con esta tendencia museográfica, la historia y la cultura están integradas por las élites y por el pueblo. Todo es importante porque todo es historia, desde el acta de la Constitución mexicana hasta las instrumentarias y enseres que las gentes usaron en esos períodos.

Los comentarios de Lacouture son muy ricos y, a mi juicio, representan una lectura muy recomendable para los que se interesan por la museografía y por las experiencias interdisciplinarias, una tendencia muy aplaudida por las ciencias sociales contemporáneas. Las experiencias de Lacouture resumen parte de su carrera como maestro de la Escuela de Restauración de Churubusco, pero, en el caso de esta entrevista, además de ser valiosas por la información proporcionada, son particularmente estimulantes porque transmiten ese conocimiento que sólo se adquiere con el tiempo y con los años de oficio y que, por cierto, tanto interesa a la historia oral de las élites, la *élitelore*.

Como extranjero, Miguel Ángel Fernández visualizó la importancia de las exposiciones temporales e internacionales e insistió en su organización para atraer al público joven, siempre ausente del Museo Nacional, pero susceptible de ser introducido al conocimiento de lo extraño, de lo ajeno, y capaz de descubrir relaciones, diferencias y comparaciones entre el otro y lo propio. Además, a juicio de este entrevistado, las exposiciones temporales son importantes en un gran museo porque le inyectan vida, representan ese elemento nuevo que expresa el cambio y la diferencia, ya que las colecciones permanentes reflejan lo estático, la posición conservadora. Fernández puso entonces especial énfasis en el diseño visual, comprendió la importancia de la tecnología, concretamente de la comunicación audiovisual, para lograr un contacto más dinámico, más moderno y más directo con el joven, representante de la población mayoritaria del país.

Fernández, como Lacouture, es un partidario ferviente de la interdisciplina. Se interesó en ésta como una herramienta indispensable para la difusión, compromiso impostergable del museo. Congruente con esta posición, procuró, cuando le fue posible, apoyarse en grupos de especialistas, de los que carecía el museo, es decir, de historiadores que se encargaran de la investigación, de museógrafos, de arquitectos respetuosos del edificio adaptado para museo, pero siempre necesitado de remodelaciones, y de expertos en diseño, el discurso propio de los jóvenes.

Al pensar en los jóvenes, Fernández rechaza las cédulas académicas, digeridas e impuestas desde arriba; propone en cambio una presentación interesante cuyo marco no exceda el valor de la pieza pero que atraiga la mirada del visitante y estimule su curiosidad para observar la detenidamente, analizarla y comprenderla. En este sentido, sugiere que las colecciones no giren en torno a la vieja historia que se escribía alrededor de los héroes y los grandes hechos. La adquisición de nuevos objetos debe delinear esa historia que hace el hombre de todos los días, de

tal manera que lo invite a reflexionar sobre su propia vida y la forma de vivir de otros hombres en otros tiempos.

Considerando los problemas de presupuesto y los desequilibrios que presentaba el museo en cuanto a las áreas de especialización y técnicas, Fernández concluyó que si a algo había que darle prioridad, era a la difusión. En efecto, el museo necesitaba muchas cosas, pero, a sus ojos, la primera era conseguir transmitir un mensaje accesible al público de varios sectores. Por tanto, para llevar a cabo esta empresa, la participación de investigadores y difusores era imprescindible. De hecho, explicó el director Miguel Ángel Fernández, lo que hace el Museo Nacional de Historia es una gran interpretación de la historia oficial, de la historia nacional, a fin de bajarla —bajarla entre comillas— a los niveles de los que escasamente saben leer y escribir, de los más jóvenes. Ésta era la responsabilidad que, en opinión de Miguel Ángel Fernández, no debía perder de vista el museo. Otros museos estaban en la posibilidad de hacerlo, pero éste no tenía alternativa. Fernández aún vivía esa mística, heredada del 68, que buscaba hacer de la cultura algo popular, patrimonio de todos. Escribir la historia “desde abajo” recomendaba el historiador inglés E. P. Thompson, estudioso de las clases trabajadoras y crítico del marxismo mecánico. Por otra parte, en ese momento el Estado benefactor aún se sentía el único responsable de transmitir la cultura, pero como no contaba con los recursos para hacerlo, ni permitía la entrada de la iniciativa privada, exigía a sus funcionarios proyectos más amplios que incluyeran a todos los sectores sociales.

En la década de los setenta, cuando se registró una crisis financiera mundial que, como explica Manuel Castells, impuso una reestructuración económica internacional, las economías locales sufrieron grandes cambios. En el caso de México, el *boom* del petróleo y su desplome fue particularmente grave.

Así, en 1983, al asumir la dirección del Museo Nacional de Historia, Amelia Lara diseñó nuevas estrategias económicas para continuar su tarea de comunicadora, pero sin el presupuesto necesario, porque el Estado se retiraba de sus labores promocionales y transfería a los directores del museo la responsabilidad de solicitar el apoyo de la iniciativa privada, instancia antes rechazada por considerarla contraria a la posición del Estado como rector único de la cultura nacional. En estas circunstancias, las exposiciones temporales reanimaron al museo y hasta salvaron su arquitectura de los enemigos ambientales, que amenazan a este tipo de centros cuando se pierden los más elementales recursos para su mantenimiento.

Amelia Lara, como buena publicista y con conocimientos de arte, eligió aquel lo que dominaba: la difusión. Esta actividad se convirtió en la meta de su administración, porque para ella los museos son "vitri-
nas hacia el exterior", en donde están puestos los ojos del público, a diferencia de los centros de investigación, de los institutos y de las bibliotecas, cuyas actividades principales se vuelcan al interior. Por eso, dice la exdirectora, los museos centran sus actividades en la exhibición de colecciones, exposiciones y piezas temporales.

Así, Amelia Lara organizó la campaña de difusión más importante emprendida hasta entonces, de tal forma que el museo y el castillo estuvieran en todos los ámbitos culturales. Para la directora, el museo era más que un recinto con piezas que mostrar, era un espacio cultural, vivo, abierto a todas las posibilidades que la misma cultura podía ofrecer.

Como el programa de difusión propuesto era enorme y las necesidades de remodelación del inmueble numerosas y muy costosas, Amelia Lara formó una Sociedad de Amigos del Museo con la intención de recibir un gran apoyo por parte de particulares y de instituciones de otro tipo. Fue así que la ICA (Ingenieros Civiles Asociados) hizo un diagnóstico del estado material del edificio.

Después de ese balance se cambiaron las ruinosas instalaciones eléctricas ante el inminente peligro de incendio. De este modo, como explica la exdirectora, se trabajó hacia el interior, hacia las tripas, hacia toda esa parte que todo museo debe cuidar, como depositario de las colecciones que representan el pasado de una nación.

En cuanto a la falta de un grupo de historiadores dedicados a la investigación, Amelia Lara requirió el apoyo de otras instituciones y concentró todos los esfuerzos y recursos del mismo museo para la difusión, cuya arma principal son las exposiciones temporales. Esta tarea la reforzó estimulando la realización de otros eventos culturales, como la obra de teatro "Noticias del imperio", producida por Susana Alexander. El evento dejó recursos al museo por prestar un espacio atractivo, que de entrada garantizaría el éxito de la función. Con la promoción de estas actividades, Amelia Lara aspiró a hacer del museo, algún día, un espacio económicamente autosuficiente. Las reglas del juego habían cambiado y su directora en aquel entonces había modernizado las estrategias de acuerdo con los nuevos tiempos.

En los primeros años de la década de los noventa, Salvador Rueda, como historiador tradicional, según él se autopresenta, interesado exclusivamente en los documentos, descubrió el valor comunicativo de

los objetos. Las colecciones y sus exposiciones adquirieron otro significado. Inspirado entonces en las nuevas corrientes historiográficas que apuntaban la importancia de los pequeños indicios como vetas inagotables de conocimiento y criticaban los paradigmas duros, los dogmas y las verdades acabadas, Salvador Rueda reconoció la historia política, sin descuidar la historia social que tanto respeta. Fue así que apostó a la imaginación, insumo invaluable que recomendó Edmundo O'Gorman a los verdaderos historiadores. De esta manera, Salvador Rueda se propuso, en su breve administración de apenas dos años, buscar lo que ya otros historiadores habían advertido en las narraciones históricas, es decir, cómo el hecho histórico cobra sentido en función de la trama. Una buena trama es una buena historia. De ahí el *leitmotiv* del relato de este entrevistado lo definen constantes preocupaciones por explicar que el hecho histórico se construye: es una interpretación provisional, cuyo sentido depende de ser incluido dentro de una trama, dentro de una narración. Desde esta perspectiva, para Salvador Rueda lo importante consistía en presentar al visitante un relato sobre lo pasado, sobre las maneras de ver un pasado, ya fuera por un artista, por un político o por el conjunto de la sociedad. Congruente con esta forma de mirar las cosas, Salvador Rueda decía que una pieza aislada de museo, guardada en la bodega, abría la imaginación del investigador, pero cuando éste la introducía en un contexto, en una narración, en una trama, le daba sentido, y el aparente sinsentido que le imponía su aislamiento adquiría el sentido de toda una vida. Por tanto, su propuesta de quitar ese aspecto fúnebre que había percibido en el Castillo de Chapultepec al momento de su ingreso como director del museo, se puede decir que la cumplió no sólo modificando los colores de los muros del histórico recinto, sino desarrollando algunas exposiciones y adquiriendo colecciones que recuperaron el lado cotidiano y anónimo de la historia. Por esta vía buscó mostrar la historia desde abajo y lo hizo a través de los objetos desconcertantes que la historia tradicional tiende a excluir por no acomodarse a sus criterios de valor histórico y estético. La idea de un pasado esencialista, inmodificable, cedía el paso de las lecturas plurales y provisionales de la historia. El hecho es que las perspectivas y los valores, en orden de importancia, habían cambiado, porque se había reconocido que la historia también la hace el hombre ordinario que a diario visita los museos de la ciudad de México y del mundo entero.

Para concluir, quisiera agregar que el esfuerzo de historia oral llevado al cabo por Carlos Vázquez Olvera dio a los entrevistados la oportunidad de contar su propia versión de la historia y a los interesados

en conocerla, de apreciar las variadas, diversas y originales estrategias que la gente diseña, construye y utiliza para enfrentar y resistir el cambio, para defender posiciones, introducir nuevas prácticas, así como para mantener y promover una idea de cultura y de historia.

Por otra parte, fue de gran interés advertir cómo desde distintas formaciones, especialidades, perspectivas, vivencias e intereses, los exdirectores del museo mencionaron la comunicación y la interdisciplina como las dos fórmulas o vías más importantes para cumplir con los propósitos del museo contemporáneo. Parecería que los exdirectores del museo, desde su experiencia y práctica cotidiana, concluyeran aquello que los científicos sociales, a partir de argumentos teóricos, persiguen, defienden y propagan, desde fines de los años setenta, con las metas de la nueva historia.

Pero lo más importante, desde la perspectiva de la historia oral, es ver cómo a través de las experiencias y las prácticas individuales de los exdirectores, se manifiestan los diversos y contradictorios momentos de las políticas culturales, de cuyas tendencias latentes y siempre ambiguas, sólo percibimos los efectos. Ciertamente, las decisiones y las elecciones individuales, aunque ceñidas por una normatividad institucional, una época, una sociedad, muestran las aportaciones creativas de una persona que vive, transgrede, renueva y negocia las reglas y las expectativas de su contexto.

Bibliografía citada:

Florescano, Enrique

1995 *Memoria mexicana*. México: FCE (2a. reimpr.)

Malraux, André

1978 *The Voices of Silence* (trad. por Stuart Gilbert). Princeton: Princeton University Press (Bollingen Series XXIV) (1a. ed. en francés 1951/1953).

Villoro, Luis

1992 "La cultura mexicana de 1919 a 1960", En: Solange Alberro, comp., *Cultura, ideas y mentalidades*: 239-262. México: CEH-COLMEX (Lecturas de Historia Mexicana, n.6).

Graciela de Garay
Instituto Mora